El escándalo del padre Brown

G. K. Chesterton



Lectulandia

El célebre clérigo pequeño y rechoncho, con un amplio sombrero y una amplia cara, apoyado casi siempre en un raído paraguas, creado por aquel —un tanto regordete también— que sabía demasiado, vuelve a recorrer mundo y a codearse con comunistas y delincuentes para resolver cuanto enigma se le presente para gozo de sus finos lectores.

Lectulandia

G. K. Chesterton

El escándalo del padre Brown

ePub r1.0
IbnKhaldun 26.06.13

Título original: *The Escandal of Father Brown*
G. K. Chesterton, 1935
Traducción: F. González Taujis
Ilustración de portada Cristina Belmonte Paccini
Retoque de portada: IbnKhaldun

Editor digital: IbnKhaldun
ePub base r1.0

El escándalo del Padre Brown

No sería honesto contar las aventuras del padre Brown sin admitir que una vez estuvo envuelto en un gran escándalo. Todavía existen personas, quizás entre las de su propia condición, que dirán que fue una mancha sobre su nombre. Sucedió en una pintoresca venta mexicana de bastante mala reputación, como se verá más adelante. Y para algunos pareció que por una vez el sacerdote había sido iluminado por un rayo de romanticismo y que su simpatía por la debilidad humana le llevó a una acción disoluta y no ortodoxa. La historia, en sí misma, era una historia simple, y tal vez lo sorprendente de ella consistió en su propia simplicidad.

Si Troya ardió por causa de Helena, esta desgraciada historia empezó con la belleza de Hypatia Potter. Los americanos tienen un gran poder, que los europeos nunca han sabido apreciar, en la creación de instituciones desde abajo, esto es, por iniciativa popular. Como todas las cosas buenas, posee los más brillantes aspectos. Uno de ellos, como ha sido observado por Mr. Welles y otros, es que una persona puede llegar a ser una institución pública sin ser a la vez una institución oficial. Una chica de gran belleza o brillantez será una especie de reina sin corona, aun cuando no sea una estrella de cine o el original de una Gibson Girl. Entre aquellas que tienen la suerte o la desgracia de vivir así, abiertamente en público, había una tal Hypatia Hard, que había pasado, de la etapa preliminar de recibir floridos cumplimientos en las notas de sociedad de la Prensa local, a la posición del que es interrogado por un verdadero periodista. Sobre la Guerra y la Paz, el Patriotismo, la Prohibición, la Evolución y la Biblia se había pronunciado con una sonrisa encantadora; y si ninguno de sus juicios aparecían muy cerca de los fundamentos reales de su reputación, era al menos igualmente difícil decir cuáles eran en realidad los fundamentos de dicha fama. Ser una belleza y, al mismo tiempo, la hija de un hombre rico, no son cosas raras en aquel país; pero a esto unía todo aquello que atrae el ojo errante del periodista. Ninguno de sus admiradores la había visto siquiera, ni tenía esperanza de conseguirlo. Y ninguno de ellos podía sacar ni un mezquino beneficio de la riqueza de su padre. Era simplemente una especie de romance popular, el moderno sustituto de la Mitología. Y en él se basaban los primeros fundamentos de la más tempestuosa novela en la cual ella debía figurar más tarde, en la que, según muchos sostuvieron, la reputación del padre Brown, como la de otros, quedó hecha jirones. Era cosa aceptada, unas veces románticamente y otras con resignación por aquellas a quienes la sátira americana ha llamado las Hermanas del Sollozo, que ella se había casado con un rico y respetable hombre de negocios apellidado Potter. Y hasta era posible considerarla como la señora Potter en el universal sobreentendido de que su marido era solamente el marido de la señora Potter.

Entonces se produjo el Gran Escándalo, por el cual sus amigos y enemigos

quedaron horrorizados más allá de sus más profundos y encendidos deseos. Su nombre fue aparejado (según la singular frase corriente) con el de un hombre de letras que vivía en México, norteamericano por la nacionalidad, pero verdadero hispano-americano en espíritu. Desgraciadamente los vicios de él se parecían a las virtudes de ella, de las cuales eran una buena copia. Era nada menos que el famoso e infame Rudel Romanes, el poeta cuyas obras habían sido universalmente popularizadas por el veto de las bibliotecas y la persecución de la Policía. Sea lo que fuere, Hypatia, estrella pura y plácida, fue vista en conjunción con este cometa. Él era a propósito para ser comparado a un cometa: melenudo y ardiente; lo primero por su aspecto; lo segundo, por su poesía. Era, asimismo, destructor; la cola del cometa consistía en un rastro de divorcios, los cuales eran considerados, por unos, como sus éxitos de amante, y, por otros, como sus continuos fracasos como esposo. Fue difícil para Hypatia; es tan difícil llevar en público una perfecta vida privada como un interior doméstico en un escaparate. Los periodistas refirieron algunas cosas oscuras que los paganos aplaudieron. Las Hermanas del Sollozo se permitieron una nota de romántico pesar. Algunos hasta tuvieron la cruel audacia de citar la frase «Debía de haber sido» del poema de Mand Mueller, consignando que, de todas las palabras habladas o escritas, las más tristes eran éstas. Mr. Agar P. Rock, que odiaba a la Hermandad del Sollozo con una total y recta aversión, dijo que en este caso se sentía enteramente de acuerdo con la enmienda del famoso poema de Bret Harte: «Más tristes están los que nosotros vemos diariamente; ello es así y no debiera ser».

Mr. Rock estaba firme y honestamente convencido de que un gran número de cosas no debieran existir. Era un mordaz y salvaje crítico de la degeneración nacional en el *Meteor* de Minneapolis, y un hombre intrépido y honesto. Es muy posible que se hubiera especializado excesivamente como el espíritu de la indignación, pero su reacción contra los cenagosos intentos de confundir lo recto y lo falso en el periodismo moderno y en la charlatanería era de origen suficientemente saludable. La expresaba primeramente en forma de protesta contra el impío halo romance que rodea al pistolero y al gángster. Quizá se inclinaba demasiado a pretender, con sana impaciencia, que todos los gángsters eran *dagos*[1] y todos los *dagos* eran gángsters. Pero sus prejuicios, aunque fueran un poco provincianos, eran más bien sedantes después de cierta clase de heroísmo estúpido y vil propicio a mirar al asesino profesional como la figura de moda en tanto que los periodistas pudieran referir que su sonrisa era irresistible y que su atuendo era impecable.

Sin embargo, sus prejuicios no se agitaban menos en el seno de Mr. Rock porque estuviera actualmente en el país de los *dagos*, que es cuando esta historia comienza. Trepando furiosamente un cerro, más allá de la frontera mexicana, se llegaba al blanco hotel orillado por palmeras ornamentales, donde se suponía que los Potter vivían y donde aquella misteriosa Hypatia había establecido su corte. Agar Rock era

un buen ejemplo de puritano, digno de ser contemplado. Hubiese sido un viril puritano del siglo XVII mejor que un blanco y sofístico puritano del XX. Si le hubieran dicho que su anticuado sombrero negro, su habitual ceño y su duro semblante nublaban la tierra soleada de las palmeras y los viñedos se habría mostrado muy satisfecho. Miraba a derecha e izquierda con ojos iluminados por sospechas infinitas.

Y, en efecto, vio en la cumbre a dos figuras dibujadas sobre la clara y subtropical puesta de sol. Figuras en una momentánea actitud, que aun al menos suspicaz de los hombres le hubieran hecho sospechar algo.

Una de las figuras era notable por sí misma. Estaba situada precisamente en el ángulo de la vuelta del camino, por encima del valle, como si poseyera cierto instinto para situarse, así como una actitud estatuaria. Iba envuelta en una gran capa negra, a la manera byroniana, y su cabeza erguida, de una belleza morena, era notablemente parecida a la de Byron. Este hombre tenía también el cabello rizado y las ventanas de la nariz curvadas; parecía murmurar algo contra el mundo con gran indignación y desprecio. Empuñaba un largo bastón de montaña, que tenía una contera en punta, como el usado por los alpinistas, y lo manejaba en ese momento con una caprichosa sugestión de lanza. Y la hacía parecer más caprichosa el cómico contraste con la otra figura, que llevaba un paraguas nuevo, cuidadosamente arrollado, muy distinto, por cierto, del paraguas del padre Brown. Iba pulcramente vestido con un elegante traje de fiesta. Era un hombre regordete con una recia y poblada barba; pero el prosaico paraguas era alzado y hasta blandido como si fuera un arma.

El hombre más alto se dirigió hacia él en forma apresuradamente defensiva y entonces la escena degeneró en comedia. El paraguas se abrió solo —al menos su propietario pareció hundirse tras él—, mientras el otro hombre tenía el aire de acometer con su lanza aquel gran escudo grotesco. Pero el otro no llevó muy lejos el ataque ni la riña. Cogió la lanza y se volvió impaciente y a grandes zancadas hacia el camino. Entretanto, el otro, levantando su paraguas, recogiendo cuidadosamente sus pliegues, encaminóse en dirección opuesta, hasta el hotel. Rock no había oído ninguna de las palabras de la riña que debían de haber precedido inmediatamente a este breve y más bien absurdo conflicto cuerpo a cuerpo. Pero siguiendo por el camino los pasos del hombre bajito de la barba, meditó muchas cosas. La capa romántica y el buen aspecto de personaje de ópera del uno, combinado con la firme resolución del otro, delineaban toda la historia que empezaba a investigar. Observó que podían haber sido señalados estos personajes por sus propios nombres: Romanes y Potter.

Su aparición fue plenamente confirmada cuando entró en el pórtico y oyó que la voz del hombre barbudo se alzaba dando órdenes. Evidentemente, estaba hablando al director o empleado del hotel y Rock escuchó lo suficiente para percatarse de que estaba previniéndolos contra un salvaje y peligroso individuo de la vecindad.

—Si realmente ha estado ya en el hotel —decía el hombre pequeño, contestando a cierto murmullo—, todo lo que he de decirles es que hubiera obrado mejor no permitiéndole la entrada otra vez. Su norma debe ser vigilar a un sujeto de esa clase, pero de cualquier modo, no quiero que la señora sea importunada por él.

Rock escuchó con ceñudo silencio y creciente convicción; entonces cruzó el vestíbulo hacia un gabinete donde vio el registro del hotel. Y al volver la última página vio que el *sujeto* había estado allí. Aparecía el nombre de «Rudel Romanes», aquel romántico y público personaje, en una ancha y florida escritura extranjera; y a continuación, a renglón seguido, uno junto al otro, los nombres de Hypatia Potter y Ellis T. Potter, escrito con correctos y clásicos caracteres americanos.

Agar Rock miró en tomo suyo y vio en los alrededores, y hasta en los pequeños detalles de la decoración del hotel, todo lo que odiaba más.

No es quizá razonable quejarse de que las naranjas crezcan en los naranjos, aun cuando sea en pequeños tiestos; además, muchas de ellas crecían sólo en las raídas cortinas o se marchitaban en el papel de la pared como un formal esquema de ornamento. Pero para él, estas rojas y doradas lunas, alternando decorativamente con otras plateadas, constituían un singular modo de ver la quintaesencia de la claridad lunar. Vio en todo ello ese sentimental deterioro que sus principios deploraban en las costumbres modernas y que sus prejuicios conectaban vagamente con el ardor y la blandura del Sur. Le molestaban hasta el punto de desviar la mirada de un oscuro tapiz que mostraba a medias un pastor de Watteau con la guitarra, o de un azulejo con el dibujo trivial de un Cupido sobre un delfín.

Su propio sentido común podía haberle dicho que todas esas cosas podían ser vistas en cualquier escaparate de la Quinta Avenida, pero, estuvieran donde estuvieran, eran como la burlesca voz de la sirena del Paganismo o del Mediterráneo. Y entonces, repentinamente, la vista de todas estas cosas parecía alterarle, como la tranquilidad de un espejo se alteraría con el paso, breve y fugaz, de una figura; se dio cuenta de que toda la sala estaba llena de presencias desafiadoras. Volvióse rápidamente y con cierta resistencia, percatándose de que estaba frente a la famosa Hypatia, acerca de la cual había leído y oído tanto durante muchos años.

Hypatia Potter, de soltera Hard, era una de esas personas a las cuales la palabra *radiante* debe serles aplicada definitiva y a la vez derivadamente. Esto es, ella consentía en irradiar lo que los periodistas llamaban «su personalidad». Hubiera sido igualmente bella y algo más atractiva si se hubiese reprimido. Pero ella había sido educada en la creencia de que contenerse era solamente egoísmo. Hubiera dicho que era perderse a sí misma para el Servicio: quizá fuera verdad decir que ella se había sostenido a sí misma para el Servicio.

Sus estelares ojos azules herían realmente, en el sentido en que la vieja metáfora hace de las miradas verdaderos dardos de Cupido, que matan a distancia. Pero con

una abstracta concepción de conquista, más allá de la mera coquetería. Su cabello rubio pálido, arreglado como el nimbo de un santo, tenía un brillo de radiación eléctrica. Y cuando ella supo que el desconocido que tenía delante era Mr. Agar Rock, del *Meteor* de Minneapolis, sus ojos tomaron el aspecto de reflectores de largo alcance, barriendo el horizonte de los Estados.

Pero ahora la dama estaba equivocada, como algunas veces lo estaba. Porque Agar Rock no era Agar Rock, del *Meteor* de Minneapolis. En este momento era meramente Agar Rock; había surgido en él un grande y sincero impulso moral por encima de su tosco coraje de periodista. Un sentimiento profundamente mezclado de una caballerosa y nacional sensibilidad hacia la belleza, y una instantánea comezón de acción moral, de una especie cualquiera, lo cual también era nacional, le dio fuerza y nervio para afrontar una gran escena. Y para librarse de un enorme insulto. Recordó la Hypatia original, el bello neoplatonismo y cómo se había sentido impresionado, como un muchacho, por la historia de Kingsley, en la cual un joven monje la acusa de prostitución e idolatría. Con férrea gravedad la confrontó con la presente historia y su protagonista, y dijo:

—Perdóneme, señora; desearía hablar con usted privadamente.

—Bien —repuso ella recorriendo la sala con su espléndida mirada—. No sé si considera usted esta sala como privada.

Rock miró también alrededor del salón y no pudo ver otro signo de ser viviente que los naranjos, si se exceptúa algo parecido a una seta negra y que él reconoció como el sombrero de algún cura indígena que fumaba estúpidamente un cigarro negro del país; inactivo como un vegetal. Miró por un momento aquel semblante pesado e inexpresivo, sin otra cosa que la rudeza de campesinos que tan a menudo tienen los sacerdotes en los países latinos y especialmente en la América española. Y bajó la voz, riendo levemente.

—Me imagino que este padre mexicano no conoce nuestro idioma —dijo—. Me sorprendería que ese símbolo de la holgazanería supiese otro idioma que no fuera el suyo. ¡Oh!, yo no juraría que es mexicano; debe de ser cualquier cosa, un indio mestizo o un negro, supongo. Pero respondo de que no es americano.

—Soy inglés y mi nombre es Brown —dijo el sacerdote levantándose—. Pero permítame dejarles a ustedes si desean estar solos.

—Si usted es inglés —dijo Rock acaloradamente—, debe de tener un cierto instinto nórdico para protestar contra este desatino. Bien, baste con decir que me encuentro en situación de testimoniar que hay aquí un sujeto completamente peligroso rondando por estos lugares; un sujeto alto, con una capa, como en los viejos retratos de poetas locos.

—Bueno, no adelantamos gran cosa con esto —dijo el sacerdote suavemente—. Muchas gentes de por aquí usan esas capas a causa de que a menudo, después de la

puesta del sol, se enfría la temperatura.

Rock le lanzó una oscura mirada repleta de duda. Sus sospechas de lo que simbolizaban los sombreros con forma de seta y los claros de luna habían desaparecido.

—No era solamente la capa —gruñó—, sino que era, en parte, la manera de llevarla puesta. Todo el aspecto del sujeto era teatral, bajo su maldita y teatral buena apariencia. Si usted, señora, me permite, le aconsejaría decididamente que no tuviera tratos con él, si viene aquí a molestarla. Su esposo ha ordenado ya al personal del hotel que evite su presencia.

Hypatia dio un paso y con un desusado ademán cubrióse la cara con las manos, introduciendo los dedos entre sus cabellos. Pareció que temblaba a causa de los sollozos, pero se repuso a tiempo y éstos cambiaron en una especie de risa salvaje.

—¡Oh!, son todos ustedes muy graciosos —dijo de una manera desacostumbrada en ella.

Cabizbaja y precipitándose hacia la puerta, desapareció.

—Un poco histérica cuando ríe así —dijo Rock, incomodado. Entonces, volviéndose hacia el pequeño sacerdote, añadió—: Si, como dice, es usted inglés, debe estar de mi parte contra esos *dagos*. ¡Oh!, no soy uno de esos que hablan con desdén acerca de los no anglosajones. Pero existe algo que es la historia.

—En efecto —repuso el padre Brown—. Así usted sabrá que, gracias a estos *dagos*, el pueblo anglosajón es un pueblo civilizado.

Otra vez se despertó en la mente del otro la exasperante sensación de que su interlocutor estaba jugando con él de un modo desleal, secreto y evasivo. Y rápidamente se confesó su fracaso en contenerle.

—Bien, existió un *dago* y posiblemente un Wop llamado Julio César —dijo el padre Brown—. Fue más tarde muerto a puñaladas. Y hubo otro llamado Agustín, el cual trajo el cristianismo a nuestra pequeña isla; y realmente yo no creo que hubiéramos tenido una gran civilización sin esos otros dos.

—Sin embargo, todo eso es historia antigua —dijo un poco irritado el periodista—, y estoy mucho más interesado por la historia moderna. Lo que yo veo es que esos bergantes traen el paganismo a nuestro país y destruyen todo lo que hay en él de cristianismo, destruyendo también todo el buen sentido que poseemos y todas las estables costumbres, el sólido orden social, todas esas maneras con las cuales los hombres del campo que fueron nuestros padres y nuestros abuelos se arreglaban para vivir en el mundo. Fundido todo en un saliente amasijo de sensaciones y sensualidades a propósito de estrellas del cine, que se divorcian todos los meses. Y haciendo creer a cada muchacha tonta que el matrimonio es el camino para llegar a divorciarse.

—Tiene usted razón —dijo el padre Brown—. Naturalmente, estoy en todo de

acuerdo con usted. Pero debe usted hacer algunas concesiones. Tal vez estas gentes del Sur son un poco propensas a esa clase de faltas. Debe recordar que los del Norte tienen otra clase de pecados. Puede ser muy bien que estos devaneos animen a las gentes a dar demasiado valor e importancia a la simple novela…

Toda la íntegra indignación de la vida de Agar Rock se alzó en su interior al oír aquella palabra.

—Odio la novela —afirmó, golpeando en la mesita que tenía delante—. He combatido en los periódicos, para los cuales he trabajado durante cuarenta años, contra esa droga infernal. El hecho de que un pillo cualquiera huya precipitadamente con una moza de mostrador es presentado como una escapatoria romántica o algo así. Y ahora mismo, nuestra Hypatia Hard, hija de una familia decente, puede verse hundida en un desdichado caso de divorcio romántico, que sería trompeteado por todo el mundo como algo tan feliz como una boda de reyes. Ese loco de Romanes está rondándola, y adivine el resplandor que le seguiría, como si fuera cualquier *dago* corrompido llamado «gran amante» en las películas. Lo vi ahí fuera y tiene las facciones regulares de un héroe de la pantalla. Mis simpatías están ahora con la decencia y el sentido común. Están por el pobre Potter, un sencillo y honrado comisionista de Pittsburgh, que cree tener derecho a poseer su propio hogar. Y por ello lucha. Le he oído amonestando a la Dirección y ordenando impidan la entrada de ese granuja, y con razón. La gente de aquí parece una partida de astutos y escurridizos; pero me figuro que ya les ha metido el temor de Dios en el cuerpo.

—Realmente —dijo el padre Brown—, ¡estoy de acuerdo con usted acerca de la dirección y del personal de este hotel! Pero usted no debe juzgar del mismo modo a todos los mexicanos. Me imagino que el caballero de quien me habla no sólo los habrá amonestado, sino que les habrá repartido una cantidad suficiente para tener a su lado a todo el personal. Los he visto vigilando en las puertas y hablándose en voz baja con gran excitación. A propósito: su sencillo y honrado amigo parece tener mucho dinero.

—No dudo que sus negocios marchen muy bien —dijo Rock—. Indudablemente posee un gran talento para los negocios. ¿Qué quiere usted decir?

—Me imaginé que le sugeriría otra idea —dijo el padre Brown, y, levantándose con una cortesía un poco pesada, salió de la sala.

Aquella tarde, durante el almuerzo, Rock observó a Potter muy cuidadosamente y adquirió algunas nuevas impresiones, aunque ninguna que perturbara su profundo sentido del peligro que probablemente amenazaba la paz del hogar de Potter. Potter evaluaba (por sí mismo) cualquier estudio hecho de cerca. Aunque en principio, el periodista le había calificado de hombre prosaico y sencillo, era un placer ir reconociendo líneas refinadas en aquel que consideraba como héroe o víctima de una tragedia. Potter tenía en realidad una cara más bien pensativa y distinguida aunque

preocupada y en ocasiones petulante. Rock tuvo la impresión de que aquel hombre estaba recobrándose después de una enfermedad; su cabello marchito era claro y largo, como si últimamente lo hubiese descuidado, y su barba, un poco rala, producía la misma impresión. Ciertamente, habló sólo una o dos veces a su esposa en un tono mordaz y cortante, conversando a propósito de algunos productos de farmacia y diversos detalles relacionados con la digestión; pero su real preocupación concernía, indudablemente, al peligro de fuera. Su esposa jugaba con él, de una manera espléndida y algo condescendiente, el papel de paciente Griselda; pero sus ojos miraban también continuamente hacia las puertas y cerraduras, con cierto temor a una invasión. Rock tenía buenas razones para creer, después de las palabras de Hypatia, que su miedo había desaparecido, dejando en ella sólo una sombra de temor.

Fue a medianoche cuando el extraordinario suceso ocurrió. Rock, creyendo que era el último en ir a acostarse, quedó sorprendido al encontrar al padre Brown levantado, leyendo plácidamente un libro bajo un naranjo del salón. Le devolvió el saludo sin más palabras; ya tenía el periodista el pie en el primer peldaño de la escalera, cuando de pronto, la puerta del exterior saltó de sus goznes, bamboleándose y rechinando bajo los golpes desde fuera; y se oyó una fuerte voz, más ruidosa que los mismos golpes, pidiendo entrar. Desde luego, el periodista estaba seguro de que aquellos golpes habían sido dados con el mango de un bastón de montaña. Miró hacia la oscura planta baja, vio a los criados del hotel deslizarse para comprobar si todas las puertas estaban cerradas y cuidando de no abrir ninguna. Entonces, lentamente, subió a su habitación y sentóse, furioso a escribir su reportaje.

Describió el sitio del hotel, su ambiente demoníaco, su lujo miserable, las alusivas evasiones del sacerdote y, por encima de todo esto, la terrible voz, semejante a la de un lobo que vagara alrededor de la casa. Mientras escribía oyó un nuevo sonido y se puso de pie de un salto. Era un largo y repetido silbido, al que odió doblemente, porque era como la señal del conspirador y la llamada amorosa de un pájaro. Después siguió un profundo silencio, durante el cual permaneció sentado y rígido; de pronto se levantó bruscamente, porque acababa de escuchar un nuevo ruido. Era un débil zumbido seguido de un golpe seco. Estaba casi seguro de que habían tirado algo contra la ventana. Bajó las escaleras sofocado, hacia la sala, que ahora se encontraba oscura y desierta, o casi desierta, ya que el pequeño sacerdote permanecía aún allí, sentado al pie del pequeño naranjo. Continuaba leyendo su libro, iluminado por la luz mortecina de una lámpara baja.

—Parece que se acuesta usted tarde —dijo ásperamente Rock.

—Me he vuelto muy disipado —repuso el padre Brown con una ancha sonrisa—, leyendo *Economistas de la usura* a altas horas de la noche.

—Todo está cerrado —dijo Rock.

—Verdaderamente, todo cerrado —replicó el padre Brown—. Su amigo, el de la

barba, parece haber tomado todas las precauciones. A propósito: su amigo es un poco impetuoso; pensé que estaba algo enojado a la hora del almuerzo.

—Naturalmente —gruñó el otro—. Sí, él piensa que los salvajes, en este país salvaje, están aquí para destruir la vida de su hogar.

—Sería mucho mejor —dijo el padre Brown— que un hombre procurara hacer amable por dentro la vida de su hogar mientras la protege de las cosas de fuera.

—¡Oh!, ya se inventará usted toda clase de excusas casuísticas —dijo el otro—. Puede que él sea más bien rudo con su esposa, pero tiene el derecho de su parte. Oiga, usted me parece un perro sagaz. Me figuro que sabe un poco más de lo que dice acerca de ese hombre. ¿Qué demonios pasa en este lugar infernal? ¿Por qué está usted toda la noche levantado, observando?

—Bien —dijo el padre Brown pacientemente—; pensé que mi dormitorio podría necesitarse.

—¿Necesitarle quién?

—A decir verdad, la señora Potter necesitaba mi dormitorio —explicó el padre Brown, con claridad—. Le di el mío porque se puede abrir la ventana. Vaya a verlo si así lo desea.

—Veré otra cosa antes —dijo Rock, rechinando los dientes—. Puede usted seguir con sus jugarretas de mono en esta jaula, pero yo aún estoy en contacto con la civilización.

Se precipitó dentro de la cabina del teléfono y sacó sus papeles refiriendo toda la historia del malvado sacerdote que ayudaba al malvado poeta. Después, corrió al dormitorio del sacerdote, donde aquél acababa de encender una candela, mostrando a los de afuera las ventanas abiertas de par en par.

Llegó justamente a tiempo para ver descolgar una especie de tosca escala de cuerda del antepecho de la ventana, recogida desde abajo por un caballero que reía, acompañado de una rubia y también risueña dama. Esta vez Agar Rock no pudo ni siquiera confortarse llamando histérica su risa. Era perfectamente natural y resonaba allí abajo, en los errantes caminos del jardín. Ella y su trovador desaparecieron entre los oscuros matorrales.

Agar Rock se volvió hacia su compañero con expresión furibunda y terrible:

—Bien, toda América se enterará de esto —dijo—. Hablando sin ambages, usted le ayudó a que se fugase con su amante, ese individuo del cabello rizado.

—Sí —dijo el padre Brown—, la he ayudado a escapar con ese individuo del cabello rizado.

—¿Y usted se llama así mismo un ministro de Jesucristo? —gritó Rock—. ¡Y se jacta de un crimen!

—Felizmente por una vez ésta es una historia sin crimen. Es —dijo el sacerdote con amabilidad— un sencillo idilio al amor de la lumbre. Y que acaba con un

calorcillo doméstico.

—Acaba con una escala de cuerda en vez de una cuerda de ahorcado —dijo Rock.

—¡Oh, sí! —contestó el padre Brown.

—¿No debiera estar al lado de su esposo? —preguntó Rock.

—Ella está con su esposo —repuso el sacerdote.

—Miente usted —dijo Rock con rabia—. El pobre hombre está aún roncando en la cama.

—Parece usted saber mucho acerca de sus costumbres privadas —dijo el padre Brown de un modo dolorido—. Debiera escribir la vida de *Un hombre con una barba*. La única cosa que no parece haber averiguado acerca de él es su nombre.

—¡Qué tontería! —repuso Rock—. Su nombre está en el registro del hotel.

—Ya sé que está —contestó el sacerdote moviendo la cabeza gravemente—, con una ancha escritura, el nombre de Rudel Romanes. Hypatia Potter, que se encontró con él aquí, escribió atrevidamente su nombre debajo cuando ella se proponía fugarse con él. Y el marido, al llegar hasta aquí persiguiéndolos, escribió el suyo junto al de ella, a modo de protesta.

»Entonces Romanes (que tiene el dinero a montones y como un popular misántropo desdeña a los hombres) sobornó a esos brutos del hotel para atrancar las puertas, correr los cerrojos y dejar fuera al legítimo esposo, Y yo, como ciertamente usted sabe, le ayudé a entrar.

Cuando a un hombre le dicen algo que vuelve el mundo de arriba abajo —que el rabo menea al perro, que el pez coge al pescador o que la tierra gira alrededor de la luna—, duda algún tiempo antes de decidirse a preguntar seriamente si es verdad. Y aún se contenta con su conocimiento interior, opuesto a la verdad. Rock dijo:

—¿Alude usted a que ese pequeño sujeto es el romántico Rudel, de quien tanto se ha leído, y que el sujeto del cabello ondulado es Mr. Potter, de Pittsburgh?

—Sí —dijo el padre Brown—, lo sospeché en cuanto les eché la vista encima. Pero lo comprobé después.

—Es posible que tenga usted razón. Pero ¿cómo pudo llegar a esa noción ante el aspecto de los hechos?

El padre Brown parecía un tanto confuso; se hundió en la silla, mirando fijamente al vacío, hasta que una débil sonrisa fue apareciendo en su cara redonda y un poco boba.

—Bueno —dijo—. ¿Ve usted? La verdad es que yo no soy romántico.

—No sé qué diablos es usted —repuso Rock ásperamente.

—Ahora es usted romántico —añadió el padre Brown, servicial—. Por ejemplo: ve a alguien con un aspecto poético y usted enseguida presume que es un poeta. ¿Es que sabe qué aspecto tienen la mayoría de los poetas? Una extravagante confusión crea, a principios del siglo diecinueve, la coincidencia de tres aristócratas muy bien

parecidos: Byron, Goethe y Shelley. Créame, ordinariamente, un hombre puede muy bien escribir: «La belleza ha posado sus bellos labios en los míos», o cualquier otra cosa por el estilo, sin ser él mismo particularmente bello. Además, ¿ha reparado cuán envejecido está generalmente un hombre cuando su fama ha llenado el mundo? Watt pintó a Swinburne con la cabellera como un nimbo, pero Swinburne era calvo antes de que la mayoría de sus admiradores de América o de Australia hubieran oído hablar de sus ojos color de jacinto. Lo mismo ocurre con D’Annunzio. Es un hecho que Romanes posee aún una bella cabeza, como usted puede comprobar si lo mira atentamente. Parece un intelectual y lo es. Desgraciadamente, como otros muchos intelectuales, es un loco. Ha llegado a la madurez con egoísmo y alborotando a propósito de su digestión. Por eso, esta ambiciosa dama americana, que pensaba que fugarse con un poeta era algo así como subir al Olimpo con las nueve Musas, se encontró un día con que era demasiado para ella. Así, cuando su esposo llegó en su busca y asaltó la plaza, ella estaba encantada de volver a su lado.

—Pero su marido… —inquirió Rock—. Estoy todavía un poco perplejo acerca de su marido.

—¡Oh! Usted ha leído demasiadas novelas eróticas modernas —dijo el padre Brown. Y bajó la vista contestando a la mirada de protestas del otro—. Conozco muchas historias que empiezan con una bella impetuosa que se casa con un porquero mayor de edad. Pero ¿por qué la apresó el pecado de la ambición intelectual? No tiene ningún intelecto notable, pero no hace falta intelecto para ser un intelectual.

—He de decirle de ella que, en un aspecto, es bastante inteligente —observó Rock con gravedad.

—Sí, en un sólo aspecto: en el de los negocios. No en ningún aspecto que tenga nada que ver con estos holgazanes, los *dagos* de aquí. Usted maldice a las estrellas de cine y afirma que odia la novela. ¿Supone acaso que la estrella de cine que se casa por quinta vez ha sido desencaminada por alguna novela? Esa gente es muy práctica, mucho más práctica que usted. Dice que admira al sencillo y sólido hombre de negocios. ¿Cree usted que Rudel Romanes no es un hombre de negocios? ¿No puede usted ver que él conocía, tan bien como ella, las ventajas de la publicidad de su último gran asunto con la famosa belleza? También sabía lo insegura que era su presa; de aquí su alboroto y el soborno de los criados para cerrar las puertas. Pero lo que pretendo decir, desde el principio hasta el fin, es que hubiera habido menos escándalo si las gentes no idealizaran el pecado y no confundieran a los pecadores. Estos pobres mexicanos puede parecer a veces que viven como bestias o más bien que pecan como hombres, pero no buscan ideales. Usted debe concederles esto por lo menos —se sentó otra vez, tan bruscamente como se había levantado, riendo de modo aplopético—. Bien, Mr. Rock —dijo—, ésta es mi confesión completa. Toda la horrible historia de cómo yo contribuí a la romántica fuga. Puede hacer de ella el uso

que quiera.

—En ese caso —repuso Rock, levantándose—, iré a mi cuarto para hacer algunas modificaciones en mi reportaje. Pero, ante todo, debo telefonear a mi periódico y decirles que les he estado explicando una sarta de mentiras.

No había transcurrido mucho más de media hora desde que telefoneó para decir que el sacerdote estaba ayudando al poeta a escapar con la dama cuando volvió a telefonear para decir que el sacerdote había impedido al poeta hacer precisamente aquello. Mas, en este corto intervalo de tiempo, nació, creció y se esparció a todos los vientos el escándalo del padre Brown. La verdad está todavía a media hora detrás de la calumnia, y nadie puede estar cierto de cuándo y dónde la alcanzará. La locuacidad de los periódicos y la ansiedad de los enemigos propagó la primera historia, incluso antes de imprimirse la versión. Fue instantáneamente corregida y desmentida por el mismo Rock en el segundo mensaje, estableciendo cómo acabó realmente la historia; pero no creo de ningún modo cierto que la primera historia hubiese muerto. Positivamente un increíble número de gentes parecía haber leído la primera edición del periódico y no la segunda. Una y otra vez en cada esquina del mundo, como una llama surgiendo de las ennegrecidas cenizas, aparecía la vieja historia del escándalo del padre Brown. «Un sacerdote arruina el hogar de Potter.» Incansables apologistas del bando del sacerdote velaban por él, ordenando pacientemente contradicciones, manifiestos y cartas de protesta. Algunas veces las cartas se publicaban en los periódicos y otras no. Pero nadie supo cuántas personas leyeron o escucharon la primera versión de la historia sin enterarse de la segunda, que la desmentía. Hubiera sido posible encontrar una gran masa de cándidas gentes que pensaron que el escándalo mexicano era el reportaje corriente de un incidente histórico como el Gran Complot de la Pólvora. Entonces, alguien ilustraría a estas gentes sencillas solamente para descubrir que la historia empezaba de nuevo entre aquellas pocas personas bien educadas, que parecía habían de ser las últimas en dejarse engañar por ello. Y así los dos padres Brown continuaron para siempre, dándose caza uno al otro alrededor del mundo; el primero, un vergonzoso criminal que huía de la justicia; el segundo, un mártir abatido por la calumnia con un halo de rehabilitación. Pero ninguno de ellos se parece al auténtico padre Brown, que no está nada abatido, que va renqueando con su sólido paraguas a través de la vida, deleitando a la mayoría de las gentes con ella, aceptando el mundo como un compañero, pero nunca como un juez.

El Rápido

La extraña historia de los dos incongruentes desconocidos es recordada todavía a lo largo de la costa de Sussex, donde, mirando desde el mar, aparece entre sus jardines el amplio y tranquilo hotel llamado «Maypole y Garland». Uno de ellos, visible a la luz del sol desde toda la costa, llevaba un turbante de un verde lustroso, rodeando un semblante moreno y una barba negra; el otro habría parecido a cualquiera aún más extravagante y extraordinario por llevar un sombrero de clérigo, blando y negro, un bigote amarillo y una cabellera del mismo color, larga como la de un león. Este último había sido visto a menudo predicando en los arenales y dirigiendo los servicios de la Banda de la Esperanza con una pequeña pala de madera; sin embargo, jamás se le vio entrar en el bar de un hotel. La llegada de estos singulares compañeros constituye el clima de la historia, pero no su comienzo. Y, en la intención de esclarecer esta misteriosa historia, creemos que lo mejor es empezar por el principio. Media hora antes de entrar en el hotel aquellas dos vistosas figuras —lo que vio todo el mundo—, otras dos figuras nada conspicuas habían entrado, sin que nadie lo advirtiera. Una de éstas era un hombre grueso, apuesto y recio, que tenía la habilidad de ocupar poco espacio. Sólo un suspicaz examen de sus botas hubiera advertido a todos que era un inspector de Policía; vestía con extremada sencillez. El otro era un común e insignificante hombrecillo, también vestido sencillamente, sólo que daba la casualidad de que aquellos vestidos eran clericales; pero nadie le había visto predicando en la arena.

Estos viajeros se encontraron, por una razón que determinó los sucesos de aquella tarde trágica, en una especie de ancho fumador: en un bar. La verdad es que este respetable hotel llamado «Maypole y Garland» lo estaban rehaciendo. Aquellos a quienes les había gustado en otros tiempos se inclinaban a decir que estaba siendo deshecho o posiblemente hecho de nuevo. Ésta era la opinión del gruñón local, Mr. Raggley, el viejo caballero excéntrico que bebía coñac en un rincón mientras maldecía. El caso es que el local estaba siendo cuidadosamente saqueado de todas sus características de otros tiempos, cuando era una posada inglesa, y se convertía rápidamente, patio por patio y habitación por habitación, en algo parecido a un simulacro de palacio de un usurero levantado en una película americana. En una palabra, estaba siendo decorado, pero la sola parte donde la decoración era completa y donde los clientes podían estar cómodos era esta amplia habitación, la principal después del salón de entrada. En un tiempo había sido honradamente conocido por «Bar de la Conversación», y ahora era misteriosamente conocido por «Salón de Descanso». Había sido decorado de nuevo a la manera de un diván asiático. Porque el ornamento oriental entraba en el nuevo plan, y donde habían estado escopetas colgando de un garfio, estampas deportivas y un disecado pez en una caja de vidrio,

había ahora festones de ropajes del Este, trofeos orientales, cimitarras, *tulwars* y yataganes, como una inconsciente preparación de la llegada del personaje del turbante. Lo evidente, no obstante, es que los pocos clientes que llegaban tenían que ser conducidos a este salón de descanso, barrido y adornado, porque las más regulares y refinadas partes del hotel estaban todavía en estado de transición. Ésta era quizá la razón por la cual aquellos pocos clientes se veían desatendidos, estando el director y los demás ocupados en dar órdenes y explicaciones por todos los rincones. En fin, los dos primeros viajeros que llegaron tuvieron que esperar algún tiempo antes de que los atendiesen. En este momento el bar estaba enteramente vacío, y el inspector llamó golpeando impaciente en el mostrador; pero el sacerdote se había dejado caer en un sillón y parecía no tener prisa alguna.

Su amigo, el policía, volvióse hacia él y vio que el redondo semblante del pequeño clérigo se había turbado como si estuviera a punto de hacer algo. Contemplaba absorto a través de sus lentes, semejantes a la luna, la pared recién decorada.

—Puedo ofrecerle un penique por sus pensamientos —dijo el inspector Greenwood, volviendo del mostrador y exhalando un suspiro—, ya que nadie parece querer mis peniques. Por lo visto, ésta es la única habitación que no está llena de escalas de cuerda ni de yeso y está tan desierta que no hay siquiera un camarero para servirme un vaso de cerveza.

—¡Oh…!, mis pensamientos no valen un penique, y no se preocupe por su vaso de cerveza —respondió el clérigo, limpiando sus anteojos—. No sé por qué…, pero estaba pensando lo fácil que sería cometer un crimen aquí…

—Todo está a punto para usted, padre Brown —contestó el inspector, bromeando —. Usted ha tenido la suerte de tropezar con muchos asesinatos en su vida. Nosotros, en cambio, pobres policías, andamos toda la vida afanándonos tras uno. ¡Oh, ya comprendo! Estaba usted mirando esas dagas turcas. Lo que quiso usted decir es que hay muchas cosas aquí con qué cometer un crimen. Pero no hay más que en cualquier cocina, con sus cuchillos para trinchar, las tenazas, etcétera, porque, ¿qué no sirve para ello? ¿Qué cosa deja de utilizarse cuando el deseo del crimen aparece?

El padre Brown pareció concentrar sus dispersos pensamientos en un punto y asintió a lo dicho por su amigo, que continuó diciendo:

—Asesinar es siempre fácil. No es posible que se encuentre nada más fácil que cometer un crimen. En este mismo momento me sería más fácil asesinarle a usted que lograr un vaso de este maldito bar. La única cosa difícil es cometer un crimen sin convertirse uno mismo en un criminal. Es la timidez de poseer un crimen, es esa tonta modestia de los asesinos a propósito de sus obras maestras lo que lo hace difícil. Se adhieren a la idea de matar a las gentes sin ser descubiertos; y eso es lo que les contiene hasta en un lugar lleno de dagas. De otra manera, cualquier cuchillería

podría ser un montón de cadáveres. Y esto, precisamente, explica una clase de crímenes que no pueden ser previstos. Por lo cual, nosotros, pobres «polis», somos censurados por no evitarlos.

Antes de que el sacerdote pudiera replicar, un alegre tropel de hombres con maletas se lanzó dentro de la sala como una bandada de marsopas, y el magnífico bramido de un grueso y radiante personaje, con un igualmente grueso y radiante alfiler de corbata, atrajo al vehemente y obsequioso director, sonriendo, como el perro al silbido, con una rapidez que el policía, con su sencillo traje, no lograra inspirar nunca.

—Realmente lo siento mucho, Mr. Jukes —dijo el director con una extraña sonrisa, mientras un rizo de pelo brillantísimo caía sobre su frente—. Estamos algo desorganizados ahora, y he de atender a cada cosa, Mr. Jukes.

Mr. Jukes era magnánimo, pero de un modo ruidoso ordenó que sirvieran de beber a todos, hasta al casi vil director. Mr. Jukes era viajante de una firma de vinos y licores famosísima y muy de moda. Y pudo haberse concebido a sí mismo como legalmente jefe y guía en aquel sitio. Como quiera que sea, empezó un violento monólogo, tendiendo más bien a explicar al director la forma de llenar un hotel; los otros parecían aceptarlo como una autoridad. El policía y el clérigo se retiraron al fondo, donde había un banco bajo y una mesa pequeña, y desde allí observaron los sucesos hasta el notable momento en que el policía tuvo que intervenir decididamente.

La primera cosa que aconteció, y que ha sido ya narrada, fue la asombrosa aparición del hombre asiático de tez morena, cubierto con un turbante verde y acompañado de la no menos asombrosa aparición del pastor no conformista, tal como aparece el presagio antes del siniestro. En este caso no había duda sobre la evidencia del portento. Desde el taciturno pero observador muchacho que fregaba la escalera hacía ya una hora, hasta el oscuro, grasiento y voluminoso encargado del bar y el diplomático y distraído director, todos testificaron el milagro.

Las apariciones como dicen los escépticos, se deben a causas naturales. El hombre de la crin amarilla y del traje semiclerical no era sólo conocido como predicador en los arenales, sino también como protagonista a través del mundo moderno. Era nada menos que el reverendo David Pryce Jones, cuyo más resonante tópico era «Prohibición y purificación para nuestro país y para los británicos de más allá de los mares». Era un excelente orador y organizador público, y se le había ocurrido una idea que debía habérsele ocurrido a los prohibicionistas desde mucho tiempo antes. Era la simple idea de que, si la prohibición es justa, se le debe algún honor al profeta que había sido tal vez el primer prohibicionista. Había coincidido con los rectores del pensamiento religioso mahometano, y finalmente indujo a un distinguido musulmán (uno de cuyos nombres era Akbar y el resto un intraducible

aullido de Allah con atributos) a venir y profesar en Inglaterra acerca del antiguo veto musulmán al vino. Ciertamente, ninguno de ellos había estado antes en una taberna. Habían venido ahora, por el proceso ya descrito, traídos desde la amable sala de té y guiados hasta el recién decorado salón. Probablemente todo hubiera marchado bien si el gran prohibicionista, en su inocencia, no se hubiese adelantado hacia el mostrador y pedido un vaso de leche.

Los viajantes, aunque de raza benigna, emitieron involuntarios gemidos de dolor. Se oyó un murmullo ahogado de chanzas, como: «Ojo al tazón», o «Mejor sacar la vaca». Pero el magnífico Mr. Jukes, sintiendo que debía, por su opulencia y su alfiler de corbata, producir un humor más refinado, se abanicó como si fuera a desvanecerse y dijo patéticamente: «Saben que pueden rematarme de un plumazo, y saben que un ligero soplo puede tumbarme; saben que el doctor me ha dicho que no estoy para estos choques. Y vienen y beben así, a sangre fría, leche fría ante mis propios ojos».

El reverendo David Pryce Jones, acostumbrado a tratar con los controversistas de las asambleas públicas, era tan imprudente como para aventurarse a censurar y recriminar en un sitio tan distinto, de ambiente más popular.

El abstemio oriental se abstuvo de hablar de los licores; y, ciertamente, haciéndolo así, ganaba en dignidad. En cierto modo la cultura musulmana se apuntó una victoria silenciosa. Era evidentemente más caballeroso que el caballero comerciante, en el que se evidenciaba una débil irritación contra el aristocrático distanciamiento. Y cuando Mr. Pryce Jones empezó a argumentar a propósito, la tensión se agudizó mucho.

—Os pregunto, amigos míos —dijo Mr. Pryce Jones, accionando como si estuviese en un escenario—, por qué nuestro amigo nos encajó, a nosotros, cristianos, un ejemplo de verdadero autodominio y hermandad cristiana. ¿Por qué permanece aquí como modelo de verdadera cristiandad del real refinamiento, de genuinamente caballerosa conducta, aquí, en medio de las pendencias y tumultos propios de lugares como éstos? Porque cualquiera que sean las diferencias doctrinales que hayan entre nosotros, al menos en el fondo, la planta del mal, la maldita cerveza o vino, nunca…

En este momento crucial de la controversia, John Raggley, el borrascoso adalid de cientos de borrascosas controversias, el del semblante enrojecido, cabello canoso y anticuado sombrero alto echado hacia atrás entró en la casa, semejante a un ejército invasor.

John Raggley, considerado por todos como un chiflado, era de la especie de los que escriben cartas a los periódicos, cartas que generalmente no se publican. Pero que después aparecen como panfletos, impresos a costa suya, y circulan a través de cientos de papeleras. De este modo había combatido a los señores *tories* y al municipio radical; odiaba a los judíos y recelaba de casi todo lo que se vende en las tiendas y hoteles. Pero las chifladuras se apoyan en los hechos. Conocía todos los

detalles curiosos del distrito, y además era un observador agudo. Hasta el mismo director, un tal Mr. Willis, sentía un oscuro respeto por Mr. Raggley, porque tenía buen olfato para esta suerte de lunatismo, consentido entre la gente bien. Desde luego, este respeto no era la postrada reverencia que manifestaba por la jovial magnificencia de Mr. Jukes, que era muy apreciable para el negocio, sino, por lo menos, una disposición para evitar disputas con el viejo gruñón, debida, tal vez, al miedo a su lengua.

—¿Desea lo de costumbre, señor? —dijo Mr. Willis inclinándose y mirando de soslayo por encima del mostrador.

—Es ésta la única droga decente que tiene —comentó bufando Mr. Raggley, y sobre el mostrador golpeaba con su singular y anticuado sombrero—. ¡Maldito sea! A veces pienso que lo único inglés que queda en Inglaterra es el aguardiente de cerezas. Este licor tiene gusto a cerezas. ¿Pueden encontrarme alguna cerveza que sepa a lúpulo, o alguna sidra a manzanas, o algún vino que tenga ni la más remota indicación de que fue hecho con uvas? Prosigue en todas las tabernas del país una infernal estafa que en otro sitio cualquiera hubiese promovido una revolución. He descubierto más de dos cosas acerca de esto; puedo decírselo. Espere que pueda imprimirlo y las gentes se pondrán de pie. Si pudiera evitar que nuestros compatriotas dejaran de envenenarse con todas estas malas bebidas…

El reverendo David Pryce Jones mostró de nuevo cierta falta de tacto, aunque era una virtud que él casi adoraba. Fue tan poco juicioso que intentó establecer una alianza con Mr. Raggley, por una sutil confusión entre la idea de las malas bebidas y la de que beber es malo. Una vez más se esforzó en arrastrar a su inflexible e imponente amigo oriental a la argumentación, como extranjero refinadamente superior a nuestras rudas maneras inglesas. Era, además, tan loco como para hablar de una vasta previsión teologal y mencionar por último el nombre de Mahoma, cuyo eco originó una especie de explosión.

—¡Dios maldiga su alma! —rugió Mr. Raggley, con más reducida previsión teologal—. Pretende usted que los ingleses no deben beber cerveza inglesa porque el vino está prohibido en el maldito desierto por ese sucio, viejo y embaucador Mahoma.

En este instante el inspector de Policía alcanzó el centro de la sala de una zancada. Porque un momento antes había tenido lugar un notable cambio en el porte del caballero oriental, el cual se había mantenido hasta entonces, perfectamente tranquilo, con la mirada inmóvil y brillante. Y ahora procedía a dar un ejemplo de verdadero autodominio y hermandad cristianos, como su amigo los había descrito. Llegó hasta la pared con un salto de tigre, arrebatando uno de los pesados puñales que había colgados y lo lanzó con el chasquido de una piedra disparada de la honda.

El arma quedó oscilando clavada en la pared, exactamente a media pulgada de la

oreja de Mr. Raggley. Indudablemente hubiera oscilado clavada en Mr. Raggley si el inspector Greenwood no hubiera llegado a tiempo de empujarlo por el brazo y desviar la puntería. El padre Brown continuó en su sitio, contemplando la escena con ojos penetrantes y una mueca o algo parecido a una sonrisa en los ángulos de su boca, como si adivinara algo más allá de la simple violencia momentánea de la riña.

Y entonces la contienda experimentó un curioso cambio, el cual no podía ser comprendido por todo el mundo hasta que hombres como Mr. John Raggley sean mejor comprendidos de lo que son. El viejo fanático de semblante enrojecido estaba de pie, riendo ruidosamente, como si se tratara del mejor chiste que hubiera oído en su vida. Toda su mordiente vituperación y mordacidad parecían haber desaparecido en él, y, miraba al otro fanático, que acababa de intentar asesinarle, con una especie de curiosa benevolencia.

—Que se sequen mis ojos —exclamó— si no eres el primer hombre que encuentro en veinte años.

—¿Denuncia usted a este hombre, señor? —preguntó dudoso, el inspector.

—¿Denunciarlo? De ninguna manera —dijo Raggley—. Bebería con él si a él le estuviera permitido beber. No tenía interés en insultar a su religión; y pido a Dios que todos vosotros, perniciosos exaltados, tuvierais entrañas para matar a un hombre; y no porque hubiera insultado a vuestra religión, ya que no tenéis ninguna, sino al menos porque hubieran insultado algo, vuestra cerveza, por ejemplo.

—Ahora nos ha llamado a todos exaltados perniciosos —dijo el padre Brown a Greenwood—. La paz y la armonía han sido restauradas. Desearía que esta conferencia de abstemio la pudiera grabar en la hoja de su cuchillo. Todo el daño viene de esto.

Mientras hablaba fueron dispersándose los grupos; la sala comercial pudo ser arreglada para los viajantes y éstos se retiraron a ella, llevándose consigo la ronda de vasos en una bandeja. El padre Brown permaneció un momento mirando los vasos dejados en el mostrador. Reconoció en seguida el que había contenido leche, o sea el de mal agüero, y también otro que olía a whisky. Y se volvió a tiempo para ver la despedida de los dos singulares personajes, fanáticos del Este y del Oeste. Raggley aparecía aún soberbiamente genial, mientras en el musulmán descubríase un no sé qué sombrío y siniestro, que tal vez, le era natural; se inclinaba con graves gestos de digna reconciliación y todo indicaba que la agitación había pasado realmente.

Sin embargo, algo de importancia continuaba ligando el pensamiento del padre Brown al recuerdo e interpretación de aquellos últimos y ceremoniosos saludos entre los dos combatientes. Porque —bastante curioso— cuando a la mañana siguiente muy temprano el padre Brown bajó para ir a cumplir sus deberes religiosos en la vecindad, encontró la sala del bar, con su fantástica decoración asiática, llena de la luz blanca y mortecina del amanecer, en la cual cada detalle era distinto. Y uno de los

detalles era el cadáver de Sir John Raggley, tendido y magullado en un rincón de la sala, con la daga profusamente adornada, hundida en su corazón.

El padre Brown subió quedamente las escaleras y se lo comunicó a su amigo el inspector. Los dos permanecieron al lado del muerto, en una casa donde no había nadie levantado aún.

—No podemos ni presumir ni evitar lo ya evidente —dijo Greenwood después de un silencio—, pero no estará de más recordar, creo yo, lo que le decía ayer tarde. Es raro, por ejemplo, que se lo dijera precisamente ayer tarde.

—Ya lo sé —dijo el sacerdote moviendo la cabeza, con la mirada abierta como la de un búho.

—Dije —observó Greenwood— que una de las clases de crimen imposible de evitar es la del crimen cometido por alguien impelido por un fanatismo religioso. Este sujeto moreno cree probablemente que si le cuelgan irá recto al Paraíso por defender el honor del Profeta.

—Esto es natural —dijo el padre Brown—. Sería muy razonable, por decirlo así, que nuestro musulmán lo hubiese apuñalado. Y puede decirse que nosotros no conocemos a nadie más todavía que razonablemente pueda haberlo apuñalado. Pero… estaba pensando… —Y su redondo semblante palideció de pronto y el discurso murió en sus labios.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el otro.

—Bueno, sé que esto le parecerá extraño —dijo el padre Brown con voz apagada —, pero pensaba… pensaba que no importaba mucho quién lo apuñaló.

—¿Es ésta una nueva moralidad —preguntó su amigo— o es la vieja casuística tal vez? ¿Están los jesuitas poniéndose del lado del crimen?

—No dije que no me importara quién lo asesinó —repuso el padre Brown—. Naturalmente el hombre que lo apuñaló pudo muy bien ser el hombre que lo asesinó. Pero puede ser otro hombre. Sea como quiera, fue hecho, a distinta hora. Supongo que usted querrá trabajar con las huellas que haya en la empuñadura, pero no haga demasiado caso de ellas. Puedo imaginar otras razones en otras gentes para clavar el cuchillo al pobre muchacho. No muy edificantes razones, claro está, pero completamente distintas a las del crimen. Tendrán que clavársele algunos cuchillos más antes de que lo descubra todo.

—Quiere usted decir… —insinuó el otro, mirándole agudamente.

—Quiero decir la autopsia —dijo el sacerdote— para encontrar la causa real de la muerte.

—Creo que tiene usted razón —contestó el inspector—, debemos aguardar al médico; pero estoy casi seguro de que estará de acuerdo con usted. No hay bastante sangre. Este cuchillo ha sido hundido en el cadáver cuando ya hacía horas que estaba frío. Pero ¿por qué?

—Posiblemente para que se culpara al mahometano —contestó el padre Brown —. Admito que sea bastante vil, pero eso no quiere decir que haya de ser necesariamente un asesino. Me imagino que hay gentes, en este lugar, tratando de guardar secretos, que no son necesariamente asesinos.

—No he especulado sobre este punto de vista —dijo Greenwood—. ¿Qué es lo que le muevo a pensar así?

—Lo dije ayer tarde así que entré en esta sala. Dije que sería muy fácil cometer un crimen aquí. Pero no pensaba en esas estúpidas armas, aunque usted lo creía así. Pensaba en algo totalmente distinto.

Durante algunas horas el inspector y su amigo llevaron a cabo una ajustada y completa investigación de las idas y venidas de todos los habitantes del hotel durante las veinticuatro horas anteriores; también habían sido distribuidas las bebidas, los vasos que fueron lavados o dejados sin lavar y cada uno de los detalles relacionados con cada complicado o aparentemente no complicado en el hecho. Se hubiera podido suponer que ellos pensaban que, lo mismo que una persona, podían haber sido envenenadas treinta.

Lo que parecía fuera de duda es que nadie había entrado en el edificio por otra puerta que no fuera por la de la gran entrada junto al bar; todas las demás estaban obstruidas de un modo u otro por los que trabajaban en la reparación del umbral de esta casa, pero no tuvieron nada muy claro que referir. Hasta la pasmosa entrada del turco del turbante con su predicador de la Templanza, excepto los viajantes de comercio, quienes entraron para tomar lo que ellos llamaban «Un rápido»; después, al parecer, se fueron todos juntos, como la nube de Wordsworth. Existía una leve diferencia de opiniones entre el chico que estaba fuera y los hombres de dentro acerca de si uno de éstos había obtenido un «Rápido» con una rapidez que pudiéramos llamar anormal, regresando acto seguido a la puerta. Pero el director y el encargado del bar conocían muy bien a todos los viajantes y no había duda alguna en lo que se refería a sus movimientos como conjunto. Habían estado en el bar bromeando y bebiendo, habían sido envueltos a través de su señorial jefe, Mr. Jukes, en un serio altercado con Mr. Pryce Jones y habían sido testigos del brusco y muy serio altercado entre Mr. Akbar y Mr. Raggley. Entonces se les anunció que podían retirarse a la Sala Comercial. Así lo hicieron, llevándose tras ellos sus vasos como un trofeo.

—Hay poquísimas cosas para proseguir —dijo el inspector Greenwood—. Claro está, un gran número de servidores debieron trabajar como siempre y lavar bien todos los vasos, incluyendo el de Mr. Raggley. Si no fuera por la eficacia de los demás, nosotros, los detectives, podríamos ser bastante eficientes.

—Ya sé —dijo el padre Brown, y su boca se torció ligeramente en una sonrisa—. A veces pienso que los criminales inventaron la higiene. O tal vez los higienistas reformadores inventaron el crimen. Algunos de ellos tienen ese aspecto. Todo el

mundo habla de antros impuros y cuevas sucias en las cuales el crimen puede desenfrenarse. Pero es precisamente lo contrario. Se los llama impuros no porque en ellos se cometan crímenes, sino porque los crímenes son descubiertos. En cambio, yo recuerdo un vaso que fue indudablemente muy bien lavado, a propósito del cual desearía saber algo.

—¿Se refiere al vaso de Raggley? —preguntó Greenwood.

—No; me refiero a un vaso misterioso —replicó el sacerdote—. Ese vaso permaneció junto al vaso de leche y todavía contenía una pulgada o dos de whisky. Se da el caso que yo recuerdo que el director, invitado por el jovial Jukes, tomó un trago de ginebra. Espero que no sugerirá usted que nuestro musulmán era un bebedor de whisky disfrazado con un turbante verde, o que el reverendo David Pryce Jones se arreglaba para beber whisky y leche mezclado sin que lo advirtieran.

—Muchos viajantes de comercio toman whisky —dijo el inspector—. Es su costumbre.

—Sí, y generalmente toman demasiado —contestó el padre Brown—. En este caso tuvieron buen cuidado en llevárselo consigo hacia su propia sala. Pero aquel vaso quedó en el mostrador.

—Una casualidad, supongo —dijo Greenwood dudoso—. El hombre pudo obtener otro en la Sala Comercial.

El padre Brown meneó la cabeza.

—Usted ha aprendido a ver a las gentes tal como ellas son. Esa especie de hombres… Bien, algunos los llaman vulgares y algo comunes, pero ellos son así o de otra manera. Me complacería mucho decir que son, en su mayoría, hombres sencillos. Muchos de ellos, buenos hombres, muy alegres, que les gusta recordar su juventud y hacen chiquilladas; algunos pueden ser unos pillos, puede que tengan varias chicas y hasta hayan matado a varias de ellas. Pero muchos son hombres sencillos y, fíjese usted, la más escasa porción borrachos. Y no mucho; además, hay muchos duques o títulos de Oxford que se emborrachan. Pero cuando esa clase de hombres están en ese estado de convivencia, son una ayuda, porque se dan cuenta de las cosas, pero se dan cuenta de ellas muy estrepitosamente. ¿No ha observado que el más pequeño incidente los lanza a discursear? Si la cerveza se va en espuma, ellos se van en espuma con ella y han de decir: «¡Oh, Emma! Hazme feliz, ¿quieres?». Ahora bien, es sencillamente imposible para cinco de estos cinco seres festivos sentarse alrededor de la mesa en la Sala del Comercio, donde no hay más que cuatro vasos, quedando uno sin él, y sin alborotar por ello. Probablemente todos hubieran armado un escándalo. No esperaría, como un inglés de otra clase, hasta que pudieran obtener otro vaso más tarde. El aire hubiera resonado con expresiones «¿Y qué hay para este pequeñito?» o «¡Eh, Jorge! ¿Es que me he juntado con la Banda de la Esperanza?» o «¿Se ve algo verde en mi turbante?». Pero el encargado del bar no oyó tales

exclamaciones. Tengo por cierto que el vaso de whisky dejado en el mostrador casi vacío fue por algún otro, acerca de quien no hemos pensado aún.

—Pero ¿puede usted pensar en alguna «otra persona»? —preguntó el otro.

—El caso es que ni el director ni el barman oyeron a tal persona, por lo que se ha perdido usted una pieza de verdadera y extraordinaria importancia; la evidencia de aquel muchacho que fregaba afuera, en el umbral. Dijo que un hombre, que pudo muy bien ser un viajante de comercio con una maleta, entró y salió casi inmediatamente. Pero lo que no hizo, en realidad, fue quedarse con los otros viajantes de comercio con su maleta. El director y el encargado del bar nunca lo vieron, o mejor, ellos lo habían visto. Y, sin embargo, él obtuvo un vaso de whisky, «El Rápido». Ahora…, usted sabe bien que no me inmiscuyo a menudo en sus asuntos, los cuales lleva usted mejor que yo lo haría. Nunca he tenido nada que ver con la puesta en marcha de la máquina policíaca, ni con perseguir criminales u otra cosa cualquiera de esta índole. Pero, por primera vez en mi vida, quiero hacerlo. Necesito que usted encuentre a «El Rápido», sígalo hasta los confines de la tierra, ponga en marcha toda la infernal maquinaria oficial como una draga a través de las naciones y capture alegremente a «El Rápido»: es el hombre que necesitamos.

Greenwood hizo un gesto de desesperación.

—¿Es que tiene semblante, forma o alguna visible cualidad excepto la rapidez?

—Llevaba una capa de Inverness —repuso el padre Brown— y dijo al muchacho de ahí fuera que había de llegar a Edimburgo a la mañana siguiente. Esto es todo lo que recuerda el muchacho. Pero yo sé que vuestra organización ha perseguido gentes contando con muchos menos datos.

—Parece que usted está muy apasionado en ello —comentó el inspector un poco perplejo.

El sacerdote parecía perplejo también como sus propios pensamientos. Se sentó con la frente arrugada y de pronto dijo:

—Ve usted, ¡es tan fácil equivocarse! Todos los hombres tienen importancia. Usted la tiene. Yo la tengo. Es la cosa más dura de creer en teología.

El inspector lo miró sin comprender; él añadió:

—Le importamos a Dios… Dios sólo sabe por qué. Pero ésta es la única justificación posible de la existencia de los policías.

El policía no pareció quedar muy ilustrado acerca de su propia y cósmica justificación.

—Pero…

Pronunció está última palabra sutilmente, como si adelantara un paso en su decisión.

—Pero una vez salido de ese nivel de igualdad, no descubro por parte alguna que los más de nuestros importantes asesinos sean particularmente importantes. Usted me

dice siempre que tal o cual caso es importante, y yo lo pongo en duda.

Se puso de pie, dando un pequeño golpe en la mesa; una de sus raras acciones. Y su voz cambió otra vez.

—Pero Raggley sí importa. Era uno de esa gran fila de media docena de hombres que debían haber salvado a Inglaterra. Están de pie, alineados como fuertes y oscuros postes olvidados a lo largo de la pendiente suave que ha acabado en ese desastre, de marca meramente comercial. Dean Swift, el doctor Johnson y el viejo William Cobbet tuvieron todos, sin excepción, fama de ser ariscos y salvajes. Eran amados por sus amigos y todos ellos merecían serlo. ¿No vio usted cómo el viejo, con el corazón de un león, se mantuvo de pie y perdonó a su enemigo como sólo los luchadores pueden perdonar? Hizo bellamente lo que el predicador de la Templanza dijo: nos dio un ejemplo a nosotros, cristianos y su gesto fue un modelo de cristiandad. Y cuando existe un vil y oculto asesino de un hombre como éste… entonces creo que sí importa, importa tanto, que hasta la moderna máquina policíaca debe ser algo que cualquier persona respetable puede usar… ¡Oh!, no vale la pena. Así es que, por una vez y en cierto sentido, le necesito realmente. Haré uso de usted.

Y de esta manera, por una especial tensión de estos extraños días y noches, podríamos casi decir que la pequeña figura del padre Brown conducía en la acción todas las armas y máquinas de las fuerzas de Policía de la Corona, como la pequeña figura de Napoleón conducía las baterías y frente de batalla de la vasta estrategia que cubría Europa. Los puestos de Policía y las oficinas de Correos trabajaban toda la noche, se detenía el tráfico, la correspondencia era interceptada, se hacían investigaciones en ciertos lugares, al efecto de seguir la fugitiva pista de esa espectral figura, sin rostro ni nombre, pero con una capa de Inverness y un billete para Edimburgo.

Mientras tanto, los otros caminos de la investigación no fueron naturalmente, abandonados. El informe completo de *post mortem* no había llegado todavía, pero todos parecían estar seguros de que se trataba de un caso de envenenamiento. Naturalmente, esto hacía recaer la primera sospecha sobre el aguardiente de cerezas y, naturalmente también, sobre el hotel donde murió.

—Probablemente es el director del hotel —dijo Greenwood ásperamente—. Me hace el efecto de un gusano asqueroso. Claro que algo debe de haber con algún sirviente, como el encargado del bar, por ejemplo. Me parece más bien de una especie gruñona, y Raggley, que tenía un genio explosivo, debió de censurarle un poco. Aunque, después de todo, era habitualmente generoso. Pero todo esto aparte, la primera sospecha sigue sobre el director.

—¡Oh! Sabía que la primera sospecha recaería sobre el director —repuso el padre Brown—. Es por lo que yo sospechaba de él. Vea usted, me imaginé que alguien más creyó que la primera sospecha recaería sobre el director o sobre los criados del hotel.

Ésta es la razón por la cual yo dije que sería fácil matar a cualquiera en el hotel. Pero será mejor que vaya usted e intente sonsacarle algo.

El inspector se fue, pero volvió otra vez después de una sorprendente y corta entrevista. Encontró a su sacerdotal amigo removiendo algunos papeles que eran una especie de expediente sobre la carrera de John Raggley.

—Extraño proceder —dijo el inspector—. Pensé que gastaría horas y horas en un enrevesado interrogatorio con ese escurridizo sapo, ya que no había, legalmente, nada contra él. Pues bien, en lugar de esto, se me descompone a las primeras de cambio y creo sinceramente que me ha contado todo lo que sabe con visible cobardía.

—Ya sé —dijo el padre Brown—. De ese mismo modo es como se descompuso cuando encontró el cadáver de Raggley en su hotel, aparentemente envenenado. Por esto fue el perder la cabeza y hacer algo tan inhábil como decorarlo con un puñal turco, para que se culpara al negro, como él le llamaría. En él no hay otra cosa digna de mención que la cobardía; es el último que clavaría un puñal en una persona viviente. Adivino que tuvo que usar de todo su coraje para clavarlo en un muerto. Pero es la primera persona que se aterrorizó ante el temor de ser culpado de lo que no hizo, lo que le llevó a perder el juicio de ese modo.

—Supongo que he de ver al encargado del bar también —observó Greenwood.

—Supongo que sí —contestó el otro—. Yo no creo que fuera ninguno de los del hotel…, aunque estaba hecho para que lo pareciese así…, pero, fíjese: ¿ha visto todo lo que entre todos han recogido acerca de Raggley? Tuvo una vida muy interesante; me gustaría que alguien escribiera su biografía.

—Tomé nota de todo lo que parecía tener relación con este asunto —respondió el policía—. Era viudo y en una ocasión, a propósito de su esposa, tuvo una discusión con un hombre, un agente de negocios escocés que por aquel entonces andaba por aquí. Parece que Raggley estuvo bastante violento. Decía que detestaba a los escoceses; tal vez fuera por aquello… ¡Oh! Ya sé por qué sonríe usted ahora con ese aire feroz. Un escocés…, tal vez un hombre de Edimburgo.

—Tal vez —repuso el padre Brown—. Es muy probable que no le gustaran los escoceses por razones privadas, pero observé una cosa bastante extraña: toda esa tribu de *tories* radicales, o como se los llame, que resistieron el movimiento mercantil de los *whigs*, todos ellos detestaban a los escoceses. Cobbet, el doctor Johnson y hasta Swift describen su acento en uno de sus más implacables pasajes. Y Shakespeare mismo ha sido acusado de este prejuicio. Pero los prejuicios de estos grandes hombres generalmente tienen algo que ver con sus principios. Y había una razón, me imagino, para que los odiaran. El escocés venía de una pobre tierra de campesinos que se convirtió en un rico país industrial. Era activo y hábil. Pensó que traía del Norte la civilización industrial; ignoraba en realidad que había existido, desde siglos, una civilización rural en el Sur. Su propio abuelo era elevadamente rural, pero no

civilizado… Bien, bien; supongo que lo único que podemos hacer es aguardar más noticias.

—Apenas puedo creer que las últimas noticias las obtenga de Shakespeare y del doctor Johnson —masculló el oficial de Policía—. Lo que Shakespeare pensase de los escoceses no es de exacta evidencia.

El padre Brown se acariciaba la ceja como si un nuevo pensamiento acabara de sorprenderle.

—¿Por qué pienso yo ahora esto? —dijo—. Creo que allí podemos encontrar algo más evidente sin necesidad de recurrir a Shakespeare.

Él no mencionaba a menudo a los escoceses. Y era más aficionado a burlarse de los galeses.

El inspector escrutaba el rostro de su amigo. Había creído descubrir en él, tras de su grave expresión, una nueva idea.

—Por Júpiter —repuso—. Nadie pensó en dirigir las sospechas en esa dirección.

—Bien —dijo el padre Brown con absoluta calma—, usted empezó hablando de fanáticos y de cómo un fanático puede hacer cualquier cosa. Bueno, supongo que tuvimos el honor de conversar en el bar de la sala de reuniones ayer por la tarde, acerca de la mayor, más ruidosa, más aplanada y fanática cabezota del mundo moderno. Sin ser un idiota cabeza de cerdo con una sola idea, es el camino para asesinar, yo pido que traigan a mi reverendo hermano Pryce Jones, el prohibicionista, con preferencia a todos los faquires de Asia, pues es por completo cierto, como ya le conté que su horrible vaso de leche estaba en el mostrador junto al misterioso vaso de whisky.

—Vaso que, según usted, está relacionado con el asesinato —añadió Greenwood mirándolo fijamente—. Veamos. No sé si realmente está usted hablando en serio o no.

Miraba insistentemente el semblante de su amigo, encontrando algo todavía inescrutable en su expresión, cuando el teléfono sonó estridente, detrás del bar; levantando la tabla del mostrador, el inspector Greenwood pasó rápidamente al otro lado, descolgó el auricular, escuchó un instante y lanzó una exclamación, no dirigida a su interlocutor, sino al universo en general. Entonces se puso a escuchar con más atención, repitiendo, explosivamente y a intervalos:

—Sí, sí… Ven acá en seguida, tráetelo si es posible. Buen trabajo…, te felicito.

El inspector Greenwood volvió a la sala de descanso como un hombre a quien ha devuelto la juventud, se sentó erguido en su silla con las palmas de las manos sobre las rodillas, miró abiertamente a su amigo y dijo:

—Padre Brown. No sé cómo se las ha arreglado usted. Parece como si usted supiera quién era el asesino antes de que los demás supieran que él era un hombre. Él era nadie; él era nada, una ligera confusión en la evidencia. Nadie en el hotel lo vio.

El chico de la puerta apenas si podría atestiguar su presencia: apenas si era una leve sombra de duda fundida en la suciedad de un vaso sobrante. Pero lo hemos encontrado y es el hombre que necesitamos.

El padre Brown se puso de pie dando la impresión de estar preocupado mientras recogía mecánicamente los papeles destinados a ser de tanto valor para el biógrafo de Mr. Raggley, y permaneció después mirando fijamente a su amigo. Quizá su gesto movió a éste a nuevas confirmaciones.

—Sí, hemos capturado a «El Rápido», tan ligero como el azogue en huir. Lo acabamos de detener lejos, en una partida de pesca en Orkney, según él mismo dijo. Pero es, desde luego, nuestro hombre; es el agente de negocios escocés que hizo el amor a la esposa de Raggley. Es el hombre que bebió whisky escocés en este bar y después tomó el tren para Edimburgo. Y nadie sino usted pudo reconocerlo.

—Lo que quise decir… —empezó el padre Brown con voz opaca.

Y en aquel instante se produjo un gran estruendo, como si acabaran de llegar ante el edificio del hotel algunos vehículos. A poco, dos o tres subordinados de la Policía bloquearon el bar con su presencia. Uno de ellos, invitado a sentarse por su superior, lo hizo de una manera expansiva como alguien feliz y fatigado a la vez, mientras miraba al padre Brown con ojos admirados.

—Cogimos al asesino —exclamó—. Comprendo que se trata de un asesino, porque casi me asesina a mí. He capturado algunos muy duros de carácter, pero nunca uno como éste; me dio un golpe en el estómago semejante a la coz de un caballo y casi se les escapa a cinco hombres. ¡Oh, esta vez he atrapado a un verdadero asesino!

—¿Dónde está? —preguntó el padre Brown.

—Afuera, en el furgón y con las esposas puestas —replicó el policía—, y si usted es prudente, debe dejarlo allí…, por ahora.

El padre Brown se desplomó en la silla con una especie de colapso, y los papeles que había estado apretando nerviosamente cayeron al suelo, a su alrededor, desparramados. No sólo su rostro, sino todo su cuerpo daba la sensación de un balón pinchado.

—¡Oh…! ¡Oh! —repetía, como si alguna otra ultraexclamación fuera inadecuada —. ¡Oh…! ¡Ya la ha vuelto a hacer otra vez!

—Si usted quiere dar a entender que ha cazado al criminal nuevamente… — empezó Greenwood.

Pero su amigo lo contuvo con una débil explosión parecida a la del gas de la soda.

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que siempre pasa esto. Y realmente no sé por qué. Siempre procuro decir lo que quiero decir. ¡Pero los demás pretenden que digo muchas más cosas!

—¿Qué es lo que pasa ahora? —gritó Greenwood repentinamente exasperado.

—Bien. Digo cosas —dijo el padre Brown con voz tan débil que parecía llevar

consigo la idea de la debilidad de las palabras—. Digo cosas, pero al parecer todo el mundo sabe que expresan mucho más de lo que dicen. En una ocasión vi un espejo roto y dije «Algo ha pasado» y los demás contestaron: «Sí, sí, como usted dice, dos hombres lucharon y uno de ellos huyó al jardín» y así otras veces. ¡No! ¡No lo entiendo! «Algo ha pasado» y «Dos hombres han luchado» no me parece lo mismo a mí. Pero me permito decir que he leído viejos libros de lógica. Bueno, pues, ahora nos sucede lo mismo. Parece que todos ustedes están seguros de que ese hombre es un asesino. Pero yo nunca dije que era el hombre que necesitábamos. Es él. Lo necesito mucho, lo necesito terriblemente. Lo necesito como la cosa que no hemos podido hallar en este terrible caso: un testigo.

Todos lo miraban con aire ceñudo, como hombres que tratan de seguir un agudo cambio de argumentación; y fue él quien resumió el argumento.

—Desde el primer momento, cuando entré en este desierto bar, creí que todo lo que se relacionaba con este asunto era vaciedad y soledad. Demasiadas oportunidades de estar solo para cualquiera. En una palabra, ausencia de testigos. Todos nosotros sabemos cómo era esto cuando llegamos: el director y el encargado del bar, ausentes. Pero ¿cuando estaban en el bar? ¿Qué mejor ocasión de entretenerse con uno de esos pensamientos en que se busca a alguien escondido en un dibujo? Todo el asunto aparecía confuso por falta de testigos. Me inclino a suponer que el encargado o algún otro estaban en el bar momentos antes de entrar nosotros, y así fue como el escocés obtuvo su vaso de whisky. Ciertamente no lo obtuvo después de llegar nosotros. Pero no podemos empezar a inquirir si alguien en el hotel envenenó el licor de cerezas del pobre Raggley hasta que conozcamos con seguridad quién estaba en el bar y cuándo. Ahora yo desearía de ustedes otro favor, a despecho de este embrollo estúpido del cual seguramente es mía la culpa. Desearía de usted que me reunieran toda la gente relacionada con esta sala. Creo que todos deben estar disponibles, a menos que el asiático se haya vuelto a Asia. Luego quítenle las esposas al pobre escocés y tráiganlo aquí, para que nos cuente quién más había en la sala y todo lo demás. Es el hombre cuya evidencia puede cubrir todo el período durante el cual se cometió el crimen. No existe ni la más leve razón para dudar de su palabra.

—Pero, veamos —dijo Greenwood—; esto nos trae de nuevo a las autoridades del hotel. Yo pensé que usted estaba de acuerdo en que el director no era el asesino. ¿Es el encargado del bar o quién?

—No sé —dijo el sacerdote confundido—. Con certidumbre no sé nada del director ni del hombre del bar. Me imagino que el director ha sido un poco a modo de conspirador, aunque no un asesino. Pero sé que existe un solo testimonio en la tierra que ha visto algo. Y por esto envié a todos sus perros policíacos en busca de él hasta los confines de la tierra.

El misterioso escocés era ciertamente una figura formidable: alto, balanceándose

como un pontón, con un rostro largo, perfil de hacha y tufos de cabello rojizo. Y llevaba no sólo capa de Inverness, sino también un casquete de Glengarry. Había que excusarlo por aquella agria actitud, pero cualquiera podía ver que era capaz de resistir arrestos aun hechos con violencia. No podía sorprender que hubiera chocado con un individuo tan peleador como Raggley. Y tampoco sorprendía que los oficiales, por los meros detalles de la captura, hubieran llegado al convencimiento de que era un duro y típico asesino. Pero él afirmaba ser un granjero perfectamente respetable de Aberdenhire, de nombre James Grant; y cualquiera, no sólo el padre Brown, sino incluso el inspector Greenwood, un hombre astuto, con gran cantidad de experiencia, quedaba pronto convencido de que la ferocidad del escocés era sólo la furia de la inocencia más que de la culpabilidad.

—Escúcheme… Todo lo que deseamos de usted, Mr. Grant —dijo el inspector, gravemente, avanzando a medida que hablaba y en tono de cortesía—, es su declaración en un hecho muy importante. Estoy apesadumbrado de veras por el error de que ha sido usted víctima, pero, no obstante, estoy seguro de que querrá usted servir a la justicia. Creo que usted entró en el bar inmediatamente después de ser abierto, a las cinco y media, y que le sirvieron un vaso de whisky. No estamos seguros de quién (sirviente del hotel, director, mozo de bar o algún ayudante) estaba en el bar a aquella hora. ¿Quiere mirar a su alrededor y decirme si el que le sirvió en el bar está presente aquí?

—¡Ah…!, sí está presente… —repuso Mr. Grant sonriendo con ferocidad, después de haber recorrido el grupo con mirada maligna—. Lo hubiera reconocido donde fuera, y todos ustedes deben estar de acuerdo en que es lo bastante grande para ser visto. ¿Todos sus sirvientes son como usted?

La mirada del inspector mantúvose dura y firme, y su voz apagada y monótona. El padre Brown estaba pálido, pero en muchos semblantes reflejábase como una nube. El encargado del bar no era extremadamente grueso ni tampoco alto, y el director era decididamente pequeño.

—Nosotros sólo queremos identificar al hombre del bar —dijo el inspector con calma—. Naturalmente nosotros le conocemos, pero desearíamos que usted lo identificara por su parte. ¿Quiere usted decirnos…?

Y se detuvo.

—Bien; está bastante claro —respondió el escocés con cansancio; hizo un ademán y al mismo tiempo el gigantesco Jukes, el príncipe de los viajantes de comercio, se levantó como un elefante furioso y en menos tiempo del que dura un relámpago tuvo a tres policías agarrados a él, como sabuesos contra una bestia salvaje.

—Bien, bien; todo era bastante sencillo —dijo el padre Brown a sus amigos—. Como ya les expliqué a ustedes en el instante en que entré en la vacía sala del bar, mi

primer pensamiento fue que, si el servidor del bar lo dejaba abandonado así, nada del mundo podía evitar que usted, yo o cualquiera otro, levantando la tabla del mostrador, entrara y pusiera veneno en cualquier botella de las que había allí esperando a los clientes. Naturalmente, un envenenador práctico lo haría probablemente como Jukes lo hizo, sustituyendo una botella corriente por una envenenada, y esto pudo estar hecho en un segundo. Para él, que es viajante en licores, era facilísimo llevar consigo preparada una botella de licor de cerezas y de la misma marca. Claro que esto requiere una condición, pero una condición perfectamente común. Difícilmente se hubiera lanzado a envenenar cerveza o whisky, porque muchas gentes lo beben y hubiese sido una carnicería. Pero cuando un hombre es conocido por beber solamente algo especial, como licor de cerezas, que no es profusamente bebido, es casi como envenenarlo en su propia casa. Sólo que es una visita menos comprometida, ya que poéticamente toda sospecha recaería en el acto en el hotel o en alguien que tuviera algo que ver con el mismo, y no existe argumento posible que pudiera mostrar que había sido hecho por uno de los clientes que habían entrado allí. Y esto en el mejor de los casos, el de que las gentes concibiesen que un cliente pudiera hacerlo. Era el más anónimo e irresponsable asesinato que un hombre pudiera cometer.

—¿Y cómo se cometió exactamente? —preguntó su amigo. El padre Brown levantóse y gravemente recogió todos los papeles que había dejado caer en un momento de distracción.

—¿Puedo solicitar la atención de ustedes —dijo sonriendo— sobre los materiales de los últimos quince días de vida y las cartas del último John Raggley? O, más importante, ¿sobre sus propias palabras? Dijo en este mismo bar que iba a publicar un escandaloso folleto referente a la Dirección de los hoteles, y el escándalo era de una índole muy común. Una de esas corruptelas de acuerdo entre los propietarios de hoteles y el vendedor, el cual percibía y daba secretas comisiones, de manera que su negocio tenía el monopolio de todas las bebidas vendidas en la plaza. No era una trata de esclavos. Era una estafa a expensas de alguien a quien el director parecía servir. Era un delito legal. Así, el ingenioso Jukes, aprovechando el primer momento en el cual el bar estaba vacío, como a menudo lo estaba, se introdujo e hizo el cambio de botellas. Desgraciadamente, en aquel preciso momento un escocés con capa de Inverness entró pidiendo con prisas un whisky. Jukes se dio cuenta de que su única salida era pretender ser el encargado del bar y servir al cliente. Estaba muy lejos de pensar que aquel parroquiano era «El Rápido».

—Yo creo que más bien es usted «El Rápido» —observó Greenwood—, si usted dice que olió algo al principio, en el simple aire de una sala vacía. ¿Sospechaba de Jukes al principio?

—Bien; sea como fuere, él sonaba a rico —contestó el padre Brown vagamente —. Se conoce cuando un hombre tiene voz de rico. Me pregunté: ¿cómo puede existir

esa voz de rico entre todos esos individuos honestamente pobres? Pero yo creo que descubrí que todo aquello era una superchería cuando vi el grueso y brillante alfiler de corbata.

—¿Quiere usted decir porque era falso? —preguntó Greenwood dudando.

—¡Oh!, no; porque no lo era —repuso el padre Brown.

La ráfaga del libro

El profesor Openshaw perdía siempre la calma con un fuerte puñetazo dado sobre cualquier parte, si alguien lo llamaba espiritista o creyente en espiritismo. Pero esto, sin embargo, no agotaba sus explosivas facultades; porque también perdía la calma si alguien lo llamaba incrédulo en espiritismo. Tenía el orgullo de haber dedicado toda su vida a la investigación de los fenómenos físicos. También se enorgullecía de no haber dado nunca a entender que fueran realmente físicos o meramente fenomenales. No había nada que le complaciese más que sentarse en un círculo de devotos espiritistas y hacer minuciosas descripciones de cómo él había puesto en evidencia médium tras médium y fraude tras fraude; porque, realmente, era un hombre de detectivesco talento y claridad de ideas una vez había fijado su vista en un objeto, y siempre la había fijado en un médium como en un objeto altamente sospechoso. Existía una historia de cómo él había reconocido a un mismo charlatán espiritista bajo tres disfraces distintos: con vestido de mujer, con barba blanca de anciano y como un brahmán de brillante color de chocolate. Estos relatos dejaban a los verdaderos creyentes más bien sin reposo, cuando en realidad era lo que intentaban alcanzar. Pero apenas podían quejarse, ya que los espiritistas no niegan la existencia de médiums fraudulentos; sólo que las desbordantes narraciones del profesor parecían indicar que todos los médiums eran fraudulentos.

El profesor Openshaw, de flaca figura, pálida y leonada cabellera e hipnóticos ojos azules, permaneció cambiando algunas palabras con su amigo el padre Brown en la escalera del hotel, donde se habían desayunado después de haber dormido aquella noche. El profesor había regresado algo tarde de uno de sus grandes experimentos con la consabida exasperación general. Y permanecía agitado aún por la lucha que sostenía solo contra ambos bandos.

—¡Oh! Usted no cuenta —dijo, riendo—. No creo en ello ni cuando es verdad. Pero todas esas gentes están preguntándome perpetuamente qué es lo que estoy tratando de probar. Parecen no comprender que yo soy un hombre de ciencia. Un hombre de ciencia no está tratando de probar nada; trata de descubrir lo que se pruebe a sí mismo.

—Pero no lo ha descubierto todavía —dijo el padre Brown.

—Bien; yo tengo mis propias ideas, que no son tan completamente negativas como la mayoría de las gentes creen —contestó el profesor después de un instante de ceñudo silencio—. Sea como fuere, he empezado a maliciar que si hay algo que descubrir, ellos lo buscan por un camino equivocado. Todo es demasiado teatral; exhibiendo el brillante ectoplasma con trompetas, voces y todo lo demás. Todo ello según el modelo de los viejos melodramas y cenagosas novelas históricas acerca de la Familia de los Espíritus. Si se hubieran dirigido a la historia en lugar de las novelas

históricas, empiezo a creer que hubieran encontrado algo. Pero no apariciones, desde luego.

—Después de todo —dijo el padre Brown—, apariciones son sólo apariencias. Supongo que ha dicho usted que la Familia de los Espíritus está adelantándonos sólo apariencias.

La mirada del profesor, que tenía comúnmente un fino y abstracto carácter, se fijó, concentrándose como si tuviera ante sí un médium dudoso. Tenía un poco el aire de un hombre atornillando una fuerte lente amplificadora ante sus ojos. No es que pensara que el sacerdote era, al fin y a la postre, un médium dudoso. Pero es que estaba alerta ante el pensamiento de su amigo, que parecía seguir tan de cerca al suyo.

—Apariencias —murmuró, sinuoso—, pero es extraordinario que usted lo haya dicho justamente ahora. Cuando más aprendo, más me doy cuenta de que pierden el tiempo yendo detrás de las apariencias. Ahora bien, si ellos se fijaran un poco en lo contrario…

—Sí —dijo el padre Brown—, después de todo, los verdaderos cuentos de hadas, ¿qué eran sino leyendas acerca de las apariciones de famosas hadas? Llamando a Titania o mostrando a Oberón a la luz de la luna. Pero no tenían final de leyendas, de gentes desapareciendo. Porque eran secuestradas por hadas. ¿Está usted siguiendo la pista de Kilmeny o de Tomás el Rimador?

—Estoy tras la pista de vulgares gentes modernas, de las que usted ha leído en los periódicos —contestó Openshaw—. Puede usted mirarme con asombro, pero éste es mi juego ahora. Y he estado tras él largo tiempo. Francamente, creo que un gran número de físicas apariencias pueden ser explicadas ya del todo. Son las desapariciones lo que no puedo explicar, a menos que sean físicas. Esas gentes citadas en los periódicos que desaparecen y nunca son encontradas… Si usted conociera los detalles como yo… Esta misma mañana tuve la confirmación. Una carta extraordinaria de un viejo misionero, un respetable anciano. Ahora va a venir a verme a mi despacho. Tal vez cuando comamos juntos le cuente el resultado confidencialmente.

—Gracias, con mucho gusto. A menos que las hadas me hayan secuestrado para entonces.

Con esto se separaron, y Openshaw dobló la esquina hacia la pequeña oficina que tenía alquilada en la vecindad. Principalmente para la publicación de un pequeño periódico de noticias físicas y psíquicas, de la más escueta y más agnóstica clase. Tenía un solo empleado, que se sentaba en el pupitre del despacho anterior, amontonando figuras y hechos para los propósitos de la relación impresa. El profesor se detuvo un momento para preguntar si Mr. Pringle había llegado. El empleado contestó mecánicamente que no y continuó ordenando grabados. Y el profesor siguió hacia el cuarto interior, que era el estudio.

—¡Oh! A propósito, Berridge —dijo sin volverse—, si Mr. Pringle viene, mándemelo en seguida. No es necesario que deje su trabajo. Desearía que esas notas estuvieran listas para esta noche, si es posible. Puede dejarlas en mi mesa, por la mañana, si me retraso.

Se fue a su despacho particular, pensando en el problema que Pringle había suscitado o que quizás había ratificado y confirmado en su inteligencia. Aun el más perfectamente equilibrado de los agnósticos es parcialmente humano y es muy posible que la carta del misionero tuviera el mayor valor, con la esperanza de ser el soporte de su particular tentativa de hipótesis. Se sentó en su ancho y cómodo sillón, frente a un grabado que representaba a Montaigne, y leyó una vez más la breve carta del reverendo Luke Pringle, anunciándose a él para aquella mañana. Nadie conocía mejor que el profesor Openshaw las señales de la carta de un chiflado: los detalles amontonados, el manuscrito como una tela de araña, la innecesaria extensión y las repeticiones. No había nada de esto en aquella carta. Sólo, sí, una breve y adecuada escritura a máquina mostrando que el escribiente había encontrado algunos casos oscuros de desapariciones, las cuales parecían caer dentro de la jurisdicción del profesor, como estudioso de problemas físicos. El profesor se sentía favorablemente impresionado. Ni una sola impresión desagradable, a pesar del ligero movimiento de sorpresa, cuando levantó la vista y vio que el reverendo Luke Pringle estaba ya en la habitación.

—Su empleado me dijo que podía entrar sin anunciarme —dijo Mr. Pringle, como excusándose, pero con una ancha y casi agradable mueca. Ésta quedaba parcialmente enmascarada por masas de barba y bigotes de un gris rojizo. Una perfecta selva de barba, como les crecen, a veces, a los hombres blancos que viven en las selvas. Pero los ojos, por encima de su chata nariz, no eran de ningún modo salvajes o rústicos. Openshaw había vuelto instantáneamente hacia ellos aquella concentrada mota de luz o cristal ardiente cargado de escrutador escepticismo y que solía dirigir contra muchos hombres, para ver si se trataba de charlatanes o de un maniático. Y en este caso tuvo la inusitada sensación de seguridad. La barba salvaje podía proceder de una chifladura, pero los ojos contradecían completamente la barba; estaban colmados de esa franca y amistosa risa que nunca se encuentra en los semblantes de los que son unos farsantes serios o unos serios lunáticos. Esperaba a un hombre con ojos de filisteo, de escéptico, de persona que se expresara sin recato, con un desprecio trivial, aunque sincero, hacia los fantasmas y los espíritus. Pero, desde luego, ningún embaucador no profesional podía lograr un aspecto tan trivial como aquél. El hombre llevaba una capa raída, abotonada hasta el cuello, y sólo su ancho sombrero flexible delataba al clérigo. Pero los misioneros procedentes de tierras salvajes no siempre se preocupan de vestir como clérigos.

—Probablemente piensa usted que todo esto es un engaño —dijo Mr. Pringle, con

una especie de abstracta complacencia— y espero que querrá perdonarme por mi risa ante su, después de todo, natural aire de desaprobación. Pero lo mismo da; necesito explicar la historia a alguien que la comprenda, toda vez que es verdad. Y, bromas aparte, es tan trágica como verdadera. Bien; resumiendo, yo era misionero en Nya-Nya, una estación de África occidental, en el seno de los bosques, donde el único blanco fuera de mí era el oficial que gobernaba el distrito, el capitán Wales. Él y yo intimamos. No es que a él le gustaran las misiones. Era uno de esos hombres de acción que apenas tienen necesidad de pensar. Esto es lo que le hacía más singular. Un día volvió a su tienda del bosque, después de una corta ausencia, y contó que había pasado por una extraña experiencia que no sabía cómo resolver. Y mostraba un libro rústico y viejo, encuadernado en cuero, que dejó sobre la mesa, al lado de su revólver y de una vieja espada árabe que probablemente guardaba como una curiosidad. Dijo que aquel libro pertenecía a un hombre del barco que acababa de dejar. El hombre juraba y perjuraba que nadie debía abrir el libro o mirar en él, porque sería arrebatado por el diablo, o desaparecería, o algo así. Wales contestó que todo aquello era un desatino, y, naturalmente, disputaron. Pero parece que al final el otro, tildado de cobarde o de supersticioso, miró dentro del libro e instantáneamente lo soltó. Se dirigió hacia la borda…

—Un momento —dijo el profesor, que había tomado una o dos notas—. Antes de seguir adelante contésteme a esto: ¿aquel hombre dijo a Wales dónde había encontrado el libro o a quién había pertenecido originariamente?

—Sí —replicó Pringle, con entera gravedad—. Parece que dijo que se lo llevaba al doctor Hankey, explorador oriental, en aquellos días en Inglaterra, a quien primeramente había pertenecido el libro, y quien le advirtió sus extrañas propiedades. Bien: Hankey es un hombre capaz, y más bien áspero y burlón, lo cual hace más extraño el caso. Pero el final de la historia de Wales es muy sencillo. Aquel hombre que había mirado en el libro desapareció por encima del costado del barco y no se le ha vuelto a ver más.

—¿Usted lo cree? —preguntó Openshaw después de una pausa.

—Sí, lo creo —replicó Pringle—. Lo creo por dos razones. Primera, porque Wales era enteramente un hombre sin imaginación. Y añadió un detalle que sólo un imaginativo podía añadir. Dijo que el hombre había salido por encima del costado del barco, en un día quieto y en calma. Pero que no se habían levantado salpicaduras.

El profesor miró sus notas en silencio durante algunos segundos. Y entonces dijo: ¿Y su otra razón?

—Mi otra razón —contestó el reverendo Luke Pringle— es que yo lo vi con mis propios ojos.

Hubo un silencio hasta que el reverendo continuó hablando de la misma manera realista que hasta entonces. Tuviera lo que tuviese, desde luego, carecía de la

vehemencia con la que el chiflado, y aun el incrédulo, tratan de convencer a los demás.

—Le expliqué ya que Wales había dejado el libro sobre la mesa, al lado de la espada. La tienda tenía una entrada solamente. Y sucedió estando yo en ella y en el momento en que, vuelto de espaldas a mi compañero, miraba al exterior. Él estaba junto a la mesa regañando y murmurando acerca de lo sucedido, diciendo que era una tontería en pleno siglo veinte asustarse de abrir un libro y preguntándose por qué diablos no lo podía abrir. Algo instintivo me movió a decirle que no lo hiciese y que aún sería mucho mejor devolvérselo al doctor Hankey.

»—¿Qué puede ocurrir? —dijo, inquieto—. ¿Qué puede pasar?

»—¿Qué le pasó a su amigo en el barco? —le contesté obstinado.

»No me respondió. Realmente, no sabía qué podía responderme y tomé mi ventaja, por mera vanidad.

»—Si a esto hemos llegado —dije—, ¿cuál es su versión de todo lo que realmente pasó en el barco? —No me respondió; miré a mi alrededor y vi que ya no estaba.

»La tienda, vacía. El libro, abierto sobre la mesa, como si al marcharse, él lo hubiera dejado así. Pero la espada estaba en el suelo, al otro lado de la tienda. Y la tela mostraba un gran corte, como si alguien se hubiese abierto camino a través de ella con aquella espada. La rasgadura sólo dejaba ver la negra oscuridad del bosque. Y cuando miré a través de la rotura no pude cerciorarme de si la maraña de altos tallos había sido separada ni el subsuelo hundido. Sólo descubrí algunas huellas de pisadas. Y desde aquel día no he vuelto a ver al capitán Wales ni he oído hablar de él.

»Envolví el libro en el papel marrón, teniendo cuidado de no mirar en él y me lo traje a Inglaterra con el propósito de devolvérselo al doctor Hankey tan pronto como pudiera. Entonces vi en su periódico algunas notas sugiriendo una hipótesis acerca de estos casos y decidí retrasar la devolución y poner el asunto bajo su competencia, ya que tiene usted fama de ser equilibrado y tener un criterio abierto.

El profesor Openshaw dejó la pluma y miró fijamente al misionero, a través de la mesa, concentrando en una sola mirada su larga experiencia de conocedor de aquellos tipos de embaucadores, enteramente distintos entre sí, y entre los que solía haber aún algunos excéntricos y otros extraordinariamente honestos. Corrientemente, el profesor hubiera empezado con la saludable hipótesis de que aquella historia era una sarta de mentiras. En el fondo, se inclinaba a asegurar que podía serlo. Y aun así, le era difícil ajustar el hombre a la historia. No podía ver a esta clase de mentirosos contando aquellas mentiras. El hombre no trataba de parecer honesto en la superficie, como muchos impostores suelen hacer. Más bien parecía una cosa distinta, ya que el hombre era honesto, a pesar de que algo estaba sencillamente en la superficie. Pensó que se trataba de un hombre con una inocente desilusión. Pero una vez más los síntomas no eran los mismos. Era una especie de viril indiferencia, como si no le

importara mucho la desilusión, si es que la tenía.

—Mr. Pringle —dijo secamente y como un funámbulo que da un ágil salto—, ¿dónde está su libro ahora?

La mueca reapareció en el barbudo semblante, que se había vuelto grave durante la narración.

—Lo dejé ahí fuera —dijo Mr. Pringle—. Quiero decir en el primer despacho. Tal vez era peligroso traerlo aquí. De este modo evito que los dos corramos un riesgo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el profesor—. ¿Por qué no lo trajo directamente aquí?

—Porque —contestó el misionero— sabía que tan pronto como usted lo viera lo abriría… antes de que hubiese oído la historia. Creí que sería posible que usted lo pensara dos veces antes de abrirlo después de haberla oído.

Entonces, luego de un silencio, añadió:

—No había nadie ahí fuera más que su empleado, y tenía un aspecto de estólida firmeza, sumergido en sus cuentas.

Openshaw dijo con naturalidad.

—¡Oh!, Babbage —dijo—: sus volúmenes mágicos están a salvo con él, se lo aseguro. Su nombre es Berridge, pero a menudo le llamo Babbage porque es tan exacto como una máquina de calcular. No hay ser humano, si él puede ser llamado ser humano, que sea menos capaz de abrir paquetes del prójimo, ni envueltos en papel pardo. Bien, podemos ir a buscarlo y traérnoslo, aunque le aseguro que consideraré muy seriamente el uso que debemos hacer de él. Francamente le digo —y miró al hombre otra vez— que no estoy del todo seguro de si debemos abrirlo aquí, ahora, o mandárselo al doctor Hankey.

Los dos habían salido del despacho interior y entraron en el otro. Al mismo tiempo que hacían esto, Mr. Pringle, dando un grito, corrió hacia el pupitre del empleado. Sobre el pupitre estaba el viejo libro con tapas de cuero, fuera de su envoltorio pardo, cerrado, pero como si acabara de ser abierto. La mesa del empleado estaba situada ante la ancha ventana que daba a la calle. Y la ventana destrozada con un enorme y desigual agujero en el vidrio, como si un cuerpo humano hubiese sido lanzado, a través de ella, al espacio. No quedaba otra señal de Mr. Berridge.

Los dos hombres permanecieron durante unos instantes como estatuas. Y fue el profesor el que poco a poco volvió a la vida. Hasta parecía más juicioso, como nunca en su vida lo había parecido. Se volvió lentamente y le tendió su mano al misionero.

—Mr. Pringle —dijo—, le pido perdón. Perdón no sólo por los pensamientos que he hecho, sino por los casi pensamientos. Pero nadie puede llamarse un hombre de ciencia si no sabe afrontar un hecho como éste.

—Supongo —repuso Pringle con aire de duda— que debiéramos hacer algunas pesquisas. ¿Puede usted llamar a su casa para saber si ha ido allí?

—No sé que tenga teléfono —contestó Openshaw algo ausente—. Vive en alguna parte, en dirección a Hampstead, creo. Pero es de suponer que si su familia o sus amigos le echan de menos, alguien preguntará aquí.

—¿Podemos dar una descripción del empleado —preguntó el otro— si la Policía la requiere?

—La Policía… —contestó el profesor, saliendo de sus sueños—. Una descripción… Bien, su fisonomía es terriblemente parecida a la de cualquier otro, excepto para uno de esos linces. Uno de esos sujetos bien rasurados. Pero la Policía… óigame…, ¿qué debemos hacer nosotros en este insensato asunto?

—Yo sí sé lo que debo hacer —dijo el reverendo Mr. Pringle con firmeza—. Voy a llevar este libro, ahora mismo, a su punto de origen, al doctor Hankey, y preguntarle qué diablos es todo esto. Vive no muy lejos de aquí. Luego volveré a darle cuenta de lo que él dice.

—¡Oh!, muy bien —dijo el profesor al tiempo que se sentaba con visible aspecto de preocupación, aunque quizás un poco aliviado, por el momento, de su responsabilidad.

Pero aun cuando mucho, después de que los pasos vigorosos y pesados del misionero se hubiesen perdido en el fondo de la calle, el profesor permanecía sentado en la misma posición, mirando al vacío como en éxtasis.

Estaba todavía en la misma actitud cuando los mismos pasos vigorosos se oyeron sobre el pavimento del exterior. Entonces entró el misionero. Esta vez, según se aseguró de una ojeada, con las manos vacías.

—El doctor Hankey —dijo Pringle, gravemente—, quiere tener el libro durante una hora y considerar el caso. Me ha pedido que después le visitemos los dos y nos comunicará su decisión. Especialmente desea, profesor, que se sirva usted acompañarme en esa segunda visita.

Openshaw continuaba mirando en silencio; después dijo bruscamente:

—¿Qué diablos es el doctor Hankey?

—Sus palabras suenan como si quisiera decir que él es un diablo —dijo Pringle, sonriendo—. Me figuro que algunas gentes lo han pensado así. Tiene una reputación en el mismo sentido que usted, pero la ganó principalmente en la India, estudiando la magia local y otras cosas por el estilo. Tal vez por esto no es tan conocido aquí. Es un amarillo y flaco diablo, con una pierna coja y un carácter incierto, pero parece que posee una ordinaria y respetable práctica en estas cosas, y no conozco nada definitivamente malo acerca de él…, a menos que sea malo ser la única persona que posiblemente puede saber algo referente a todo este asunto.

El profesor Openshaw se levantó pesadamente y fue al teléfono. Llamó al padre Brown, cambiando para la hora de la cena la cita que tenía para la del almuerzo. Necesitaba estar libre para la expedición a la casa del doctor angloindio. Después de

esto se sentó de nuevo, encendiendo un cigarro, y se sumió una vez más en sus insondables pensamientos.

El padre Brown fue al restaurante, donde estaba citado para la hora de la cena. Se paseó un rato por el vestíbulo lleno de espejos y tiestos con palmeras. Le habían informado de que Openshaw tenía un compromiso para aquella tarde, y como ésta se cerraba, oscura y tempestuosa, alrededor de los espejos y de las verdes plantas, adivinó que había sucedido algo imprevisto e indebidamente prolongado. Hasta llegó a temer por un momento que el profesor no apareciera. Pero cuando el profesor se presentó creyó descubrir que sus conjeturas habían sido justificadas. Porque era un profesor de mirada inquieta y desordenada cabellera aquel que, inesperadamente, regresó con Mr. Pringle de la expedición al norte de Londres, donde los suburbios están todavía orillados de baldíos de brezos y tierras comunales, apareciendo más sombrío bajo la tempestuosa puesta de sol. Sin embargo, aparentemente encontraron la casa entre las otras dispersas. Comprobaron la placa de cobre con la inscripción: J. I. Hankey. M. D. M. R. C. S. Pero no encontraron a J. I. Hankey, M. D. M. R. C. S. Encontraron tan sólo lo que el cuchicheo de la pesadilla había ya subconscientemente preparado: una corriente sala de recibir con el maldito volumen en la mesa, como si hubiese sido leído en aquel momento. Más allá, una puerta violentamente abierta y una débil traza de pasos que subía un pequeño trecho, hasta una calle del jardín que ningún hombre cojo podía subir con facilidad. Pero un hombre con la pierna lisiada era el que lo había recorrido, porque entre las huellas había algunas defectuosas y desiguales, con marcas de una especie de bota ortopédica; más lejos, sólo dos marcas de esta bota (como si aquella criatura se hubiese detenido). Después, nada. No cabía averiguar nada más allá referente al doctor J. I. Hankey.

Le sorprendió un poco encontrar al padre Brown hablando con el camarero que había servido los cócteles, aparentemente acerca de los asuntos privados de aquél, ya que oyó que mencionaban a un chiquillo que estaba fuera de peligro. El profesor comentó el hecho con alguna sorpresa, preguntándose cómo el sacerdote conocía a aquel hombre; pero aquél le contestó:

—¡Oh, yo como aquí cada dos o tres meses y he hablado con él cada vez!

El profesor, que comía alrededor de cinco veces por semana, estaba seguro de no haber cambiado nunca ni una sola palabra con él. Pero estas consideraciones fueron cortadas por la llamada del timbre y el requerimiento del teléfono. La voz dijo ser Pringle: era muy apagada, pero podía muy bien ser que resultara así debido a la maraña que formaban su barba y sus bigotes. El mensaje fue suficiente para establecer su identidad.

—Profesor —dijo la voz—: No puedo seguir así ni un momento más. Yo mismo voy a abrir el libro. Hablo desde su oficina y el libro está ante mí. Por si algo me sucede, le digo adiós. ¡No…! Es inútil tratar de detenerme. No llegaría a tiempo.

Estoy abriendo el libro ahora. Yo…

A Openshaw le pareció oír un escalofriante y sordo estallido. Entonces gritó el nombre de Pringle una y otra vez, pero ya no oyó nada más. Colgó el auricular, se irguió con soberbia calma académica —tal vez era la calma de la impotencia—, y volvióse a su sitio en la mesa. Y entonces con la misma frialdad que si estuviera describiendo el fracaso de algún pequeño truco insignificante, en una *séance*, le contó al sacerdote cada detalle de su monstruoso misterio.

—Cinco hombres han desaparecido por este increíble medio —dijo—. Cada uno de los casos es extraordinario, y uno de ellos, sobre todo, no puedo entenderlo; es el de mi empleado Berridge. Precisamente porque era la menos curiosa y más tranquila criatura, el caso se me hace raro.

—Sí —replicó el padre Brown— era una cosa muy extraña para hacerla Berridge. Era terriblemente concienzudo. Siempre tan atento en separar los asuntos de la oficina de usted y las bromas. Porque nadie supo nunca que era un gran humorista en su casa y…

—¡Berridge! —gritó el profesor—. Pero ¿de qué está usted hablando? ¿Lo conocía?

—¡Oh, no! —repuso el padre Brown—. Sólo como al camarero. Algunas veces tuve que esperar en la oficina a que usted volviera. Y, naturalmente, pasaba el rato con el pobre Berridge. Era un poco excéntrico. Recuerdo que una vez me dijo que le gustaría coleccionar cosas de valor, como los coleccionistas hacen con cosas tontas que ellos creen valiosas. Usted conoce la historia de la mujer que coleccionaba cosas de valor.

—No estoy seguro de entender de qué está usted hablando —contestó Openshaw —. Pero aunque mi empleado fuera un excéntrico (de todo el mundo lo hubiera pensado antes), no me explicaría lo sucedido a los demás.

—¿A quiénes? —preguntó el sacerdote.

El profesor lo miró fijamente y le habló recalcando cada palabra como si se lo dijera a un niño.

—Mi querido padre Brown, cinco hombres han desaparecido.

—Mi querido profesor Openshaw: ningún hombre ha desaparecido.

El padre Brown lo miró con la misma fijeza y le habló con la misma distinción. No obstante, el profesor requirió que le repitiera las palabras, y le fueron repetidas distintamente.

—Digo que ningún hombre ha desaparecido.

—Me imagino que la cosa más difícil es convencer a alguien de que 0 más 0 más 0 es igual a 0. Los hombres creen en las cosas más extrañas si se dan así en serie; por eso Macbeth creyó las tres palabras de las tres brujas, aunque la primera era algo que supo por sí mismo y la última algo que sólo él podía contar de sí mismo. Pero en su

caso el término medio es el más flojo de todos.

—¿Qué quiere usted decir?

—Usted no vio desaparecer a nadie. No vio desaparecer al hombre del barco ni tampoco al desaparecido de la tienda. Todo se apoya en la palabra de Mr. Pringle, a quien no quiero discutir por ahora. Pero usted va a admitirme esto: usted no hubiera aceptado su palabra si no la hubiese visto confirmada por la desaparición del empleado. Como Macbeth no hubiera creído nunca que sería rey si no se lo hubiese confirmado la predicción de que sería señor de Cawdor.

—Esto puede ser verdad —dijo el profesor, moviendo lentamente la cabeza—. Pero cuando fue confirmado, supo que era verdad. Dice que no vi nada por mí mismo. Pero algo vi; vi a mi propio empleado desaparecer. Berridge desapareció.

—Berridge no desapareció —dijo el padre Brown—, sino todo lo contrario.

—¿Qué diablos quiere dar a entender con «sino todo lo contrario»?

—Quiero decir —dijo el padre Brown— que nunca desapareció. Apareció.

Openshaw miró con insistencia a su amigo, pero su mirada se había alterado, como pasaba siempre que se encontraba con una nueva complicación del problema. El sacerdote prosiguió:

—Apareció en su estudio, disfrazado con una greñuda barba roja y abotonado hasta el cuello con una burda capa y anunciándose como el reverendo Luke Pringle. Usted no se había fijado nunca bastante en él para poder reconocerlo ni aun estando tan burda y apresuradamente disfrazado.

—Cierto —convino el profesor.

—¿Podría describirlo a la Policía? —preguntó el padre Brown—. No. Probablemente sabía que iba pulcramente rasurado y llevaba lentes de color. Y quitándose los lentes quedaba mejor disfrazado que poniéndose cualquier cosa. Usted no había visto mejor sus ojos que su alma; ¡sus risueños ojos! Guardó su libro y todas sus propiedades; después rompió el cristal con calma, se puso la barba y la capa y entró en su despacho, sabiendo que usted no le había mirado nunca.

—Pero ¿por qué me jugaría esa insensata broma? —preguntó Openshaw.

—Porque…, porque no le había mirado en su vida —contestó el padre Brown, y agitó su mano ligeramente, como si trazara ondas con ella. Después la cerró, como si fuera a golpear la mesa, si él hubiese sido dado a hacer esto—. Le llamaba la máquina de calcular porque era en eso en lo que le empleó siempre. No supo descubrir en él lo que cualquier extraño, pasando por su despacho y en cinco minutos de charla, hubiera descubierto: que tenía un carácter, que era un gran bromista, que tenía toda clase de puntos de vista acerca de usted, de sus teorías y de su reputación en poner en «evidencia» a las gentes. Puede comprender su excitación probando que no podía hacerlo con su propio empleado. Tenía toda clase de ideas insensatas. Coleccionar cosas inútiles, por ejemplo. ¿No conoce la historia de la mujer que

encontró las dos cosas más inútiles: la placa de cobre de un viejo doctor y una pierna de palo? Con esas dos cosas, su ingenioso empleado creó al extraordinario doctor Hankey, con tanta facilidad como al capitán Wales. Introduciéndolos en su propia casa…

—¿Quiere usted decir que el lugar que visitamos más acá de Hampstead era la propia casa de Berridge? —preguntó Openshaw.

—¿Conocía usted su casa o aun su propia dirección? —replicó el sacerdote—. Óigame, no creo que esté hablando irrespetuosamente de usted o de su trabajo. Es usted un gran servidor de la verdad y sabe que no podría ser irrespetuoso con eso. Ha descubierto a muchos mentirosos cuando puso su inteligencia en ello.

Pero no mire exclusivamente a los embusteros. Hágalo aunque ocasionalmente, con los hombres honrados… como el camarero.

—¿Dónde está Berridge ahora? —preguntó el profesor, después de un largo silencio.

—No tengo la más pequeña duda —dijo el padre Brown— de que ha vuelto a la cocina. En realidad, estaba allí en el preciso momento en que el reverendo Luke Pringle leía el terrible volumen y desaparecía en el vacío.

Openshaw rió, con la risa de un gran hombre que es bastante grande para parecer pequeño. Dijo de pronto:

—Creo que me lo merezco, por desconocer al más próximo ayudante que tengo. Pero debo admitir que la acumulación de incidentes era formidable. ¿Nunca se sintió amedrentado, ni por un momento, por el imponente tomo?

—¡Oh…! —dijo el padre Brown—. Lo abrí tan pronto como lo tuve a mi alcance. Estaba en blanco. Vea usted, yo no soy supersticioso.

El hombre verde

Un hombre con los pantalones abombados y un vehemente y sanguíneo perfil estaba jugando al golf, contra él mismo, en los campos tendidos paralelamente a la playa y al mar, el cual se agrisaba con la luz del crepúsculo. No es que hiciese rodar la pelota cuidadosamente, sino más bien ejecutando golpes especiales con una especie de furia microscópica: como un ordenado y pulido torbellino. Había aprendido muchos juegos con rapidez, pero tenía disposición para aprenderlos un poco más de prisa de lo que pueden ser aprendidos. Era propenso a ser víctima de esas notables invitaciones por las cuales un hombre puede aprender a tocar el violín en seis lecciones… o adquirir un perfecto acento francés en cursos por correspondencia. Vivía en la ventilada atmósfera de tales esperanzadores anuncios y aventuras. Actualmente era secretario particular del almirante Sir Michael Graven, que poseía una gran casa detrás del parque lindante con los campos. Era ambicioso y no tenía intención de continuar indefinidamente siendo secretario particular de alguien. Pero era también razonable y sabía que lo mejor para dejar de ser secretario particular era ser un buen secretario. Despachaba la siempre acumulada y retrasada correspondencia del almirante con la misma pronta concentración centrípeta con que dirigía la pelota de golf. Al presente y sólo con su propia discreción había de luchar con la correspondencia. El almirante había permanecido ausente con su barco durante seis meses. Aunque ya de vuelta, no era esperado hasta después de unas horas, o posiblemente más.

Con un salto atlético, el joven, cuyo nombre era Harold Harker, salvó el repecho cubierto de césped que formaba la meseta del campo de golf y, mirando a través de la playa, hacia el mar, vio un extraño espectáculo. No lo distinguía del todo bien, porque oscurecía de minuto en minuto bajo las nubes tempestuosas. Le pareció aquello como una especie de momentánea ilusión, como el sueño de los lejanos días del pasado o tal vez un drama representado por espectros, lejos de toda época histórica.

La puesta de sol, en sus últimos momentos, no era más que un haz de largas rayas de cobre y oro sobre la lejana franja oscura del mar, más negro que azul. Pero más oscuros aún, contra esa luz de poniente, pasaron con un agudo contorno, como figuras en una pantomima de sombras, dos hombres con sombrero de tres picos y espada. Como si acabaran de desembarcar de uno de los barcos de madera de Nelson. No era la especie de alucinación que hubiera sufrido Mr. Harker si hubiese sido propenso a ellas. Pertenecía a un tipo a la vez sanguíneo y científico, y más bien habría imaginado los barcos voladores del futuro que los navíos del pasado. Gracias a ser muy juicioso llegó a la conclusión de que hasta un futurista puede creer en sus ojos.

Su ilusión no duró más que un momento. Lo que vio después no era usual, pero

tampoco increíble. Los dos hombres que avanzaban en fila por la arena, unas quince yardas uno detrás del otro, eran modernos oficiales de Marina. Pero oficiales navales llevando el más extravagante uniforme de gala que se ha visto, pero que aquéllos, por poco que puedan, no llevan nunca. Sólo se lo ponen en ocasiones de gran ceremonial; por ejemplo, cuando han de ser recibidos en audiencia por los reyes.

En el hombre que iba delante, que parecía más o menos inconsciente que el hombre que iba detrás, Harker reconoció en seguida la nariz de puente y la barba puntiaguda de su jefe el almirante. Al otro hombre, el que le seguía los pasos, no lo conoció. Pero, en cambio, sabía algo acerca de las circunstancias relacionadas con la ocasión del ceremonial. Sabía que cuando el barco del almirante anclaba en el puerto contiguo, es que iba a ser visitado por un gran personaje, todo lo cual era suficiente para explicar el uniforme de gala de los oficiales. Pero él conocía a los oficiales. Y, desde luego, al almirante. Y lo que pudo obligar al almirante a venir a la playa con este atavío, cuando se podía jurar que no hubiera invertido ni cinco minutos en embutirse en un muftí o al menos en un uniforme de a diario, era más de lo que el secretario podía concebir. De todas maneras, esto parecía lo último que quería hacer. Realmente, por unas semanas todo aquello iba a ser el principal misterio de este asunto misterioso. Así, como aparecía, la silueta de este fantástico desfile de uniformes, en el escenario vacío, con rayas de oscuro mar y arena, tenía algo sugestivo de ópera cómica. Al espectador le recuerda «Pinafore».

La segunda figura era mucho más singular, singular en apariencia, a pesar del correcto uniforme de teniente. Y de todavía más singular conducta. Andaba de extremada e incómoda manera. Unas veces de prisa y otras despacio. Como si no lograra ponerse de acuerdo consigo mismo acerca de si debía alcanzar o no al almirante. Éste era algo gordo y ciertamente no oía los pasos de detrás, sobre la blanda arena. Pero aquellos pasos, trazados en forma detectivesca, podían haber promovido veinte conjeturas, desde la cojera a la danza. El rostro del hombre era atezado, oscurecido por la sombra, y sus ojos brillaban a cada momento más alterados, como acentuando su agitación. Una vez empezó a correr, e inmediatamente recayó en una exagerada lentitud y descuido. Después hizo algo que Mr. Harker nunca hubiera concebido, que ningún normal oficial de Marina, en estado normal y al servicio de Su Majestad británica, hiciera ni aun en un asilo de lunáticos. Desenvainó su espada…

Y en el momento culminante del prodigio desaparecieron las dos figuras detrás de un promontorio de la playa. El asombrado secretario tuvo el tiempo preciso para ver cómo el atezado desconocido, recobrándose de su abandono, cortaba la cabeza de un acebo marítimo con su reluciente espada. Parecía haber abandonado toda idea de alcanzar al otro hombre, Pero Mr. Harold Harker adquirió una expresión muy pensativa. Y permaneció allí durante algún tiempo, meditando antes de encaminarse,

gravemente, tierra adentro, hacia el camino que corre más allá de las vallas de la casa grande, trazando una larga curva para bajar hasta el mar.

Por esta curva del camino se esperaba ver llegar al almirante, teniendo en cuenta la dirección en la cual caminaba, y haciendo la natural suposición de que su objetivo era su propia puerta. El sendero a lo largo de la playa, por debajo de los campos de césped, entraba en la tierra, justamente más allá del promontorio, y, solidificándose en carretera, volvía hacia Craven House.

Descendiendo por este camino fue hacia donde se lanzó el secretario, con su característica impetuosidad, para encontrar a su patrón de vuelta a casa. Pero —lo que fue aún más peculiar— el secretario tampoco volvió a casa. Por lo menos hasta muchas horas más tarde. Con el retraso suficiente para producir alarma y confusión en Graven House.

Tras los pilares y las palmas de la casi demasiado palatina casa de campo, la expectación se cambiaba gradualmente en inquietud. Gryce, el criado, un hombre grueso y bilioso, guardando anormalmente silencio en la planta baja como en los pisos (escalera arriba como escalera abajo), mostraba cierto desasosiego pasando y volviendo a pasar ante el zaguán de la casa. De vez en cuando miraba hacia fuera, al otro lado del pórtico, hacia la blanca carretera que se deslizaba hasta el mar. La hermana del almirante. Marion, que cuidaba la casa, tenía la nariz de su hermano, pero con una más ruidosa expresión. Era voluble y algo gruñona, no sin humor, capaz de repentinos énfasis y tan chillona como una cacatúa. Olive, la hija del almirante, era morena soñadora y, por lo general, silenciosa y quizás un tanto melancólica. Así es que, generalmente, su tía llevaba la mayor parte de la conversación y de buena gana por parte de ambas. Pero la muchacha hacía el regalo de su pronta risa, que era muy seductora.

—No puedo comprender por qué no están aquí aún —dijo la señora mayor—. El cartero me dijo que había visto al almirante viniendo a lo largo de la costa, con esa horrorosa criatura, ese Rook. ¿Por qué le llamará teniente Rook?

—Tal vez —sugirió la joven melancólica en un momento de agudeza—, tal vez le llaman teniente porque sea teniente.

—No puedo comprender por qué el almirante lo conserva a su lado —gruñó su tía como si estuviera hablando a su camarera.

Estaba muy orgullosa de su hermano y lo llamaba siempre el almirante. Pero su noción del servicio de los jóvenes era inexacta.

—Bien; Roger Rook es aburrido, insociable y no sé cuántas cosas más —replicó Olive—, pero eso no impide que sea un marino capaz.

—¡Marino! —gritó la tía con una de sus más estridentes notas de cacatúa—. No es mi tipo de marino. La doncella que amaba a un marino, como se contaba en mis tiempos de joven… ¡Pensar en aquello! No es alegre ni generoso… No puede cantar

ni danzar al son de la cornamusa.

—Bueno —observó la sobrina—. El almirante no baila a menudo la danza de la cornamusa.

—¡Oh, ya sabes lo que quiero decir…! No es ni brillante, ni airoso, ni nada —replicó la anciana señora—. ¿Por qué ese sujeto, el secretario, puede hacerlo mejor?

La casi trágica cara de Olive se transfiguró bajo la influencia de una de sus deliciosas y rejuvenecedoras olas de risa.

—Estoy segura de que a Mr. Harker le gustaría danzar al son de la cornamusa para ti —dijo— y que la ha aprendido en media hora en el libro de instrucciones. Siempre está aprendiendo cosas así.

Dejó de reír y miró la estirada cara de su tía.

—No sé por qué no viene Mr. Harker —añadió Olive intranquila.

—No me preocupa Mr. Harker —respondió la tía, levantándose para mirar por la ventana.

La luz de la tarde hacía tiempo que de amarilla se había convertido en gris, y ahora era ya blanca bajo el amplio claro de luna, sobre el dilatado plano del paisaje. Había un grupo de árboles marítimos inclinados alrededor de un pantano. Y más allá, en la costa, descarnada y oscura contra el horizonte, la miserable taberna de los pescadores que ostentaba el nombre de «El hombre verde». Carretera y paisaje aparecían desiertos. Nadie había visto la figura con sombrero de tres picos que había sido observada por la tarde, paseando por la orilla del mar. Ni tampoco a la extraña figura que la seguía. Nadie había visto al secretario que las había visto.

Era después de medianoche cuando el secretario entró, impetuoso y excitando a toda la familia; y su rostro, lívido como un espectro, parecía aún más pálido contra el fondo que formaban el semblante y la figura estólidos del grueso inspector de Policía. Sin embargo, esta colorada, pesada o poco deferente cara parecía, más que aquella otra blanca y desolada, una máscara de juicio.

La noticia les fue dada a las dos mujeres con toda la consideración y suavidad posibles. Las noticias eran que el cuerpo del almirante Craven había sido pescado entre las sucias hierbas y las algas del lago, bajo los árboles. Y que se había ahogado y que estaba muerto.

Cualquiera relacionado con Mr. Harold Harker, el secretario, comprendería que a pesar de su agitación estaba desde hacía tiempo al cabo de la calle en lo que concernía a aquel asunto. En una sala reservada sostenía una escaramuza con el inspector, a quien había encontrado la noche antes en la carretera, cerca de «El hombre verde». Interrogaba al inspector como éste hubiera interrogado a un rapazuelo. Pero el inspector Burns era un carácter estólido y al mismo tiempo demasiado estúpido, o demasiado listo, para ofenderse por estas naderías. Dio la impresión de como si no fuese tan estúpido como parecía. Disponía los vehementes

interrogatorios de Harker de forma más lenta y racional.

—Bueno —dijo Harker (su cabeza estaba lleno de manuales con títulos como: «Sea usted detective en diez días»)—, bueno, se trata de un antiguo triángulo, supongo: accidente, suicidio o asesinato.

—No veo cómo puede ser un accidente —contestó el policía—. No había oscuridad y el pantano está a quince yardas de la carretera, que se conocía tan bien como la entrada de su casa. Habría sido algo así como tenderse cuidadosamente en un charco de la calle. Como suicidio, es casi una irresponsabilidad sugerirlo y, además, bastante improbable. Era un hombre activo y afortunado. Era inmensamente rico, casi millonario, en realidad. Claro está que esto no lo prueba todo. Parecía completamente normal y tratable en su vida privada. Es el último hombre de quien sospecharía que se hubiera tirado al agua.

—Nos acercamos —dijo el secretario bajando la voz con un estremecimiento—, nos acercamos a la tercera posibilidad.

—No debemos precipitamos —repuso el inspector, disgustando a Harker, que tenía prisa a propósito de no importa qué—. Pero, naturalmente, hay una o dos cosas que uno quisiera saber. Acerca de su fortuna, por ejemplo, ¿sabe usted a quién pasará? Usted es su secretario particular; ¿conoce algo acerca de su testamento?

—*No* soy tan particular como secretario —contestó el joven—. Sus procuradores son los señores Willy, Hardman y Dyke, en Suttfor, Hight Street, y creo que su testamento está bajo su custodia.

—Bien, me parece mejor que vaya a verlos en seguida —dijo el inspector.

—Vamos allá, veámoslos inmediatamente —afirmó el impaciente secretario.

Dio, agitado, una o dos vueltas por la sala y después preguntó:

—¿Qué ha hecho usted con el cadáver, inspector?

—El doctor Straker lo está examinando en el puesto de policía. Su informe estará listo dentro de una hora aproximadamente.

—No puede estar listo tan pronto —repuso Harker—. Hay que ganar tiempo si queremos encontrarlo en casa de los abogados. —Entonces se calló y su impetuoso tono cambió de pronto con cierto embarazo—. Óigame —dijo—. Quiero…, debemos tener todas las consideraciones posibles con la joven dama, la pobre hija del almirante. Tuvo una idea que puede que sea un desatino, pero no quisiera disgustarla. Existe un amigo suyo a quien quiere consultar y que se encuentra actualmente en la ciudad. Un hombre apellidado Brown, sacerdote o pastor, no lo sé a ciencia cierta. Ella me dio su dirección. No hago mucho caso de sacerdotes ni de pastores, pero…

El inspector movió la cabeza.

—No hago mucho caso de sacerdotes ni de pastores tampoco, pero sí lo hago en gran manera del padre Brown —repuso—. Tuve que trabajar con él en un asunto de una extraña sociedad de joyería. Debía haber sido policía en vez de cura.

—Está bien —dijo el desalentado secretario al tiempo que desaparecía de la habitación—. Que venga también al despacho de los abogados.

Así sucedió que cuando ellos corrían a la vecina ciudad, a tiempo de encontrar al doctor Straker en la oficina de los procuradores, ya el padre Brown estaba sentado allí, con sus manos cruzadas sobre el pesado paraguas y charlando plácidamente con el único miembro disponible de la firma. El doctor Straker había llegado también, pero aparentemente en aquel mismo momento, ya que estaba todavía poniendo cuidadosamente sus guantes sobre la chistera y la chistera sobre la mesa. Y la expresión suave y el brillo del rostro alunado y de los lentes del sacerdote, junto con la silenciosa risa ahogada del festivo abogado, viejo y gris con el que conversaba, eran suficientes para mostrar que el médico no había despegado los labios para dar la noticia de la defunción del almirante Craven.

—Bonita mañana, después de todo —decía el padre Brown—. Esta tormenta parece haber pasado ya. Había grandes nubes negras, pero me han dicho que no ha caído ni una sola gota de lluvia.

—Ni una gota —agregó el procurador jugando con la pluma; era Mr. Dyke, el tercer socio de la firma—. No hay una sola nube ahora. Es una especie de día de fiesta.

Entonces, al alzar la vista, se dio cuenta de los recién llegados. Dejó la pluma y levantándose, dijo:

—¡Ah, Mr. Harker! ¿Cómo sigue usted? Oí que el almirante es esperado pronto.

Entonces habló Harker, y su voz resonó cavernosa en la habitación.

—Siento mucho decir que somos portadores de malas nuevas. El almirante Graven se ahogó antes de llegar a casa.

Hubo un cambio en el aspecto del tranquilo despacho, aunque no en las actitudes de las inmóviles figuras; ambos miraban fijamente al que hablaba como si una chanza se hubiera helado en sus labios. Ambos repitieron la palabra ahogado, se miraron el uno al otro y después al informador. Entonces las preguntas se sucedieron rápidamente.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó el sacerdote.

—¿Dónde fue hallado? —preguntó el abogado.

—Fue encontrado —repuso el inspector— en el pantano, junto a la costa, no lejos de «El hombre verde». Lo sacaron cubierto de algas y hierbas, casi irreconocible. Pero el doctor Straker ha… ¿Qué le pasa, padre Brown? ¿Se siente enfermo?

—«El hombre verde» —contestó el padre Brown—. Lo siento… Ruego que perdonen este trastorno mío.

—¿Trastornado por qué? —preguntó el sólido policía.

—Por lo de «cubierto de algas verdes», supongo —dijo el sacerdote, con risa rota. Entonces añadió, con más firmeza—: Pensé que pudo haber sido vestido de algas.

Todos miraron al sacerdote con la sospecha, muy natural, de que estaba loco; pero la próxima y decisiva sorpresa no vino de él. Después de un silencio mortal habló el médico.

El doctor Straker era un hombre notable, digno de ser contemplado. Era alto y anguloso, muy serio y profesional en sus vestidos. Conservaba aún una moda que apenas si se veía desde los tiempos victorianos. Aunque relativamente joven, llevaba una barba negra muy larga derramándose sobre su chaleco. En contraste con ella, su semblante, a la vez duro y hermoso, era singularmente pálido. Sus bellas miradas quedaban aminoradas por algo en sus ojos profundos que no era estrabismo pero sí como una sombra de desviación. Todos advirtieron estas cosas, porque mientras hablaba exteriorizaba un indescriptible aire de autoridad. Todo lo que dijo fue:

—Hay algo más que añadir, si se consideran los detalles, acerca del almirante Graven —después añadió—: el almirante Graven no se ahogó.

El inspector le disparó entonces una pregunta:

—¿De qué murió?

—Acabo de examinar el cadáver —repuso el doctor Straker—; la causa de su muerte fue una herida en el corazón con algo puntiagudo como un estilete. Después de su muerte, horas después, el cadáver fue escondido en el pantano.

El padre Brown miraba al doctor Straker vivamente, como rara vez lo hacía con alguien. Y cuando el grupo empezó a dispersarse, se arregló de manera que pudo juntarse al médico para una ulterior conversación mientras salían a la calle. No había gran cosa que los retuviera allí, a no ser la cuestión formal del testamento. La impaciencia del joven secretario había sido puesta a prueba por la etiqueta profesional del viejo abogado, pero aquél fue inducido últimamente, más por el tacto del sacerdote que por la autoridad del policía, a abstenerse de investigar misterios donde no había misterio alguno. Mr. Dyke admitía, con una sonrisa, que el testamento del almirante era un documento normal y ordinario: se lo dejaba todo a su única hija. Olive, y realmente no había razón particular para ocultar el hecho.

El médico y el sacerdote descendieron despacio por la calle que salía de la ciudad en dirección a Craven House. Harker se precipitó delante, con su innata vehemencia por llegar a cualquier parte, pero los otros dos quedaron detrás, más interesados en su conversación que en la dirección del otro. El alto doctor se dirigió en un tono casi enigmático al pequeño sacerdote que caminaba a su lado.

—Bien, padre Brown. ¿Qué piensa usted de esto?

El padre Brown lo miró ansiosamente por un instante y después dijo:

—He empezado a pensar dos o tres cosas, pero mi principal dificultad proviene de que sólo conocía al almirante superficialmente, aunque conozco algo a su hija.

—El almirante —dijo el médico, con una torva inmovilidad en su semblante— era de esa especie de hombres de quienes se puede decir que no tienen un solo

enemigo en el mundo.

—Supongo que quiere usted decir —contestó el sacerdote— que hay algo más en este asunto.

—¡Oh, no es asunto mío! —repuso el médico de un modo precipitado y algo áspero—. Tenía sus cosas, supongo. Una vez me amenazó con proceder legalmente contra mí a propósito de una operación, pero creo que lo pensó mejor. Debía de ser brusco con sus subordinados.

Los ojos del padre Brown estaban fijos en la figura del secretario, que andaba a zancadas lejos, delante de ellos. Al mirarlo, encontró la causa que motivaba aquella prisa. A más de quince yardas de donde se encontraban, la hija del almirante paseaba por la carretera, en dirección a la casa de su padre. El secretario llegó pronto a su lado. Todo el rato el padre Brown estuvo mirando el silencioso drama de las dos espaldas humanas y cómo disminuía la distancia que las separaba. El secretario estaba evidentemente muy excitado por algo, y si el cura lo adivinó, se lo guardó para sí. Cuando llegó a la esquina de la casa del médico dijo brevemente:

—No sé si tiene algo más que decirnos.

—¿Por qué había de tener? —contestó el doctor bruscamente y se fue, dejando la duda de si lo que preguntaba era si debía tener algo que decir o si debía decirlo.

El padre Brown se fue renqueando, solo, tras de los jóvenes; pero cuando llegó a la entrada del parque del almirante le detuvo la acción de la muchacha, que se volvió de pronto y se dirigió directamente hacia él. Pálida, como de costumbre, sus ojos brillaban con alguna nueva y aún innominada emoción.

—Padre Brown —dijo en voz baja—, he de hablarle tan pronto como sea posible. No me queda otro camino.

—Cuando quiera —replicó él tan fríamente como si un golfillo le preguntara la hora—. ¿Dónde podemos ir para hablar?

La joven lo condujo al azar a una glorieta medio derruida y se sentaron detrás de un manzano de anchas hojas. Ella empezó inmediatamente, como si tuviera que aliviar sus sentimientos o temiera desmayarse.

—Harold Harker —dijo— me ha hablado de cosas, de cosas terribles —el sacerdote asintió, y continuó apresurada—: a propósito de Roger Rook. ¿Lo conoce?

—Me han hablado de él —contestó—. Sus camaradas lo llaman el alegre Roger porque nunca lo está, y tiene un aire de cráneo y fémur cruzados, de pirata.

—No fue siempre así —dijo Olive en voz baja—. Algo muy raro debe de haberle sucedido. Lo conozco bien, desde que éramos niños. Jugábamos juntos en la arena de la playa. Era atolondrado y siempre hablaba de ser un pirata. Osaría decir que era de esa clase de hombres que afirman que podrían llegar al crimen leyendo cosas espantosas. Pero había algo de poético en su manera de ser. Entonces era realmente un alegre muchacho. Creo que Roger fue el último que sostuvo la vieja leyenda de

recorrer el mar, y a la postre su familia tuvo que ceder y enrolarle en la Armada. Bien…

—Sí —dijo el padre Brown, calmoso.

—Bien —admitió ella, sorprendida en uno de sus raros momentos de alegría—; supongo que aquello le desilusionó. Los oficiales de la Armada raramente llevan cuchillos entre los dientes ni blanden sangrientos machetes ni agitan banderas negras. Pero esto tampoco explica el cambio operado en él. Se endureció; cada vez parecía más triste y silencioso, como si fuera un muerto rondando por el mundo. Siempre me esquivó; pero eso no importa. Supongo que alguna desgracia, que a mí no me atañe, lo ha abatido. Y ahora, desde luego, si lo que cuenta Harold es verdad, su desgracia no es ni más ni menos que haber enloquecido o estar poseído por el demonio.

—Y ¿qué es lo que cuenta Harold? —preguntó el sacerdote.

—Es tan horrible que apenas puedo repetirlo —contestó ella—. Jura haber visto a Roger arrastrándose detrás de mi padre aquella tarde; vacilaba y después desenvainó la espada… Y el doctor dice que mi padre fue asesinado con un acero puntiagudo… Yo no puedo creer que Roger Rook tenga algo que ver con el crimen. Su mal humor y el genio de mi padre los llevaba a regañar algunas veces; pero ¿eran aquello riñas? No puedo decir exactamente que me ponga de parte de un amigo, porque él no se mostraba ya como tal. Pero no se puede evitar que una se sienta segura de algo, aunque sea de una antigua amistad. Y es más: Harold jura que él…

—Al parecer, Harold jura mucho —repuso el padre Brown.

Hubo un repentino silencio, después del cual ella dijo en un tono distinto:

—Bueno; él también jura a propósito otra clase de cosas. Harold Harker me acaba de pedir que sea su novia…

—¿Debo felicitar a usted o a él? —inquirió su interlocutor.

—Le dije que debía esperar. Él no es a propósito para esperar —fue sorprendida otra vez en un cabrilleo de su incongruente sentido de lo cómico—; dijo que era su ideal, su ambición y otras cosas por el estilo. Ha vivido en Estados Unidos; sin embargo, no recuerdo haberle oído hablar de dólares, excepto cuando habla de ideales.

—Y supongo —dijo el padre Brown, en un tono muy suave— que porque se ha decidido por Harold desea saber la verdad acerca de Roger.

Ella se irguió, frunció el ceño, y después, con igual tono, sonrió diciendo: Quisiera saberla.

—Sé muy poco sobre todo este asunto —dijo el sacerdote con gravedad—; sólo sé quién asesinó a su padre.

Ella se estremeció y quedó mirándolo afligida y pálida. El padre Brown torció el gesto y prosiguió:

—Me creí un insensato cuando di con ello. Cuando preguntaron dónde había sido

encontrado el cadáver, hablaron de algas verdes y de «El hombre verde».

Entonces él también se puso de pie, empuñando su pesado paraguas con una nueva resolución. Se dirigió a la joven con una gravedad distinta de la que había empleado hasta aquel momento.

—Hay algo más que yo conozco, que es la llave de todos esos enigmas suyos. Pero no puedo decírselo todavía. Supongo que son nuevos, pero no hay nada tan malo como las cosas que ha estado usted imaginando.

Acabó de abotonar su sotana y se dirigió hacia la puerta de la cerca.

—Voy a visitar a Mr. Rook. Hay un tejadillo junto a la playa, cerca de donde Mr. Harker le vio paseando. Creo que vive allí.

Y se fue apresurado en dirección a la playa.

Olive era una persona imaginativa, quizá demasiado imaginativa para dejarla, sin peligro, trabajar sobre medias palabras o alusiones, como las que dejó caer su amigo. Tenía prisa por encontrar la mejor ayuda para sus enigmas. La misteriosa relación entre el primer vislumbre del padre Brown y las fortuitas palabras acerca del pantano y la taberna atormentaban su fantasía con cientos de formas de extraño simbolismo. «El hombre verde» se convirtió en un espectro que arrastrara repugnantes hierbas y recorriera la campiña bajo la luna. El signo de «El hombre verde» era ya una figura humana colgando de una horca. Y el mismo pantano vino a ser una taberna, una oscura y subterránea taberna para marinos muertos. El medio rápido de ahuyentar estas pesadillas que había usado su amigo era un estallido de cegadora luz de día que parecía más misteriosa que la nocturna.

Porque antes de la puesta del sol algo volvió a entrar en su vida, trastornando su ser y revolviendo una vez más el mundo de arriba abajo. Algo que apenas sabía que lo deseaba hasta que le fue concedido repentinamente. Algo que era como un sueño antiguo y familiar, aun permaneciendo incomprensible e increíble. Roger Rook había llegado cruzando la arena, y cuando todavía no era más que un punto en la lejanía, ella advirtió que estaba transfigurado. Y cuando se acercaba vio que su rostro sombrío aparecía animado por la risa y el júbilo. Fue hacia ella como si nunca se hubieran separado, puso sus manos sobre los hombros de la joven y dijo:

—Ahora, gracias a Dios, puedo dedicarme a ti.

Ella apenas supo lo que había contestado. Pero se oyó a sí misma preguntándole por qué parecía tan cambiado y tan feliz.

—¡Porque soy feliz! Sé las malas noticias.

Todas las partes interesadas, incluyendo algunas que más bien parecían no interesadas, se encontraron reunidas en el pasillo del jardín que conducía a Craven House para oír la formalidad, ahora verdaderamente formal, de la lectura del testamento por el abogado y la probable y más práctica consecuencia del consejo de abogados sobre aquel crítico momento, Al lado del abogado del cabello gris, armado

de un documento testamentario, estaba el inspector, armado con la más directa autoridad sobre el crimen, y el teniente Rook asistiendo sin afectación a la dama. Algunos aparecían algo confundidos ante la alta figura del médico; otros sonreían un poco viendo la rechoncha figura del sacerdote. Mr. Harker, aquel mercurio volador, se había lanzado fuera de las puertas del alojamiento para recibirlos, dejarlos atrás en el prado y después adelantarse otra vez para preparar la recepción. Dijo que volvería en un santiamén, y cualquiera, viendo su energía, podía creerlo. Pero, por el momento, los había dejado encallados en el prado, fuera de la casa.

—Me recuerda a alguien dando carrerillas en el cricket —dijo el teniente.

—Este joven —comenzó el abogado— está disgustado de que la ley no pueda moverse tan de prisa como él. Afortunadamente, Miss Craven comprende nuestras dificultades y demoras profesionales. Ella ha tenido la bondad de confirmarme que todavía tiene confianza en mi lentitud.

—Desearía —dijo el médico, de pronto—, tener más confianza en su rapidez.

—¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir? —preguntó Rook, frunciendo las cejas—. ¿Quiere usted decir que Harker es demasiado rápido?

—Demasiado rápido y demasiado lento —repuso el doctor Straker en tono ambiguo—. Sé de una ocasión al menos en que no fue tan veloz. ¿Por qué estaba rondando hacia medianoche cerca del lago y de «El hombre verde» antes de que el inspector llegara y encontrase el cadáver? ¿Por qué encontró al inspector? ¿Por qué esperaba encontrarlo cerca de «El hombre verde»?

—No le entiendo —dijo Rook—. ¿Quiere usted dar a entender que Harker no dijo la verdad?

El doctor Straker permaneció callado. El abogado del pelo gris reía con su torvo buen humor.

—No tengo otra cosa que decir contra ese joven —manifestó— que el haber hecho un vivo y loable intento de enseñarme mi propio trabajo.

—En cuanto a eso, también ha intentado enseñarme el mío —dijo el inspector, que acababa de reunirse con el grupo—. Pero eso no importa; lo que sí importaría es saber si el doctor Straker quiere damos a entender algo con sus alusiones. Debo rogarle, doctor, que hable llanamente. Puede ser un deber mío interrogar a ese joven en seguida.

—Pues aquí viene —dijo Rook al ver que la avispada figura del secretario aparecía una vez más en el umbral.

En este momento el padre Brown, que había permanecido callado y como ausente, el último de todos, los asombró, especialmente a aquellos que le conocían. No sólo se precipitó a ponerse delante de todos los demás, sino que se enfrentó con el grupo con una amenazadora expresión de detenerlos, como un sargento ordenando el alto a sus soldados.

—¡Alto! —dijo suavemente—. Pido perdón a todos, pero es absolutamente necesario que yo hable el primero a Mr. Harker; debo decirle algo que yo sé y que no creo que nadie más conozca; algo que debe oír. Puedo salvar más tarde a alguien de un trágico error.

—Pero ¿qué significa todo esto? —preguntó el viejo abogado Dyke.

—Malas noticias —repuso enérgicamente el padre Brown.

—Escúcheme, le digo… —empezó el inspector con indignación, y súbitamente miró a los ojos del padre Brown, recordando las extrañas cosas que había visto en días lejanos—; si se tratara de otro, vería cómo ese infernal atrevimiento…

Pero el padre Brown estaba ya lejos para oírle, y un momento después se encontraba en el pórtico, sumergido en una seria conversación con Harker. Dieron algunos pasos de un lado a otro, y después desaparecieron en el oscuro interior. Habían transcurrido unos doce minutos cuando el padre Brown apareció solo.

Ante el asombro de los demás, no mostró intención alguna de volver a entrar en la casa ahora que todo el acompañamiento iba al fin a hacerlo. Se dejó caer en un rústico banco de la frondosa arboleda mientras la comparsa desaparecía por el umbral. Encendió la pipa y se dispuso a descansar bajo las largas ramas, escuchando a los pájaros. No había seguramente un hombre que sintiera más que él un deseo tan fuerte y constante de no hacer nada.

Estaba aparentemente perdido dentro de una nube de humo y abstraído por uno de sus sueños cuando la puerta principal fue abierta con violencia y dos o tres personas salieron atropelladamente, corriendo hacia él, siendo los fáciles ganadores de la carrera la hija de la casa y su joven admirador, Mr. Rook. Sus semblantes aparecían llenos de asombro, y el inspector Burns avanzaba pesadamente detrás, haciendo temblar el jardín como un elefante inflamado de indignación.

—¿Qué puede significar todo esto? —gritó Olive, sofocada—. ¡Se ha ido!

—¡Escapado! —exclamó el teniente, explosivamente—. ¡Harker se arregló para hacer la maleta y escapó! Se fue lindamente por la puerta trasera, saltó la valla del jardín, y sabe Dios dónde estará ya. ¿Qué es lo que le dijo?

—¡No seas tonto! —dijo Olive con una expresión más preocupada—. Claro; le dijo lo que había descubierto de él, y ahora se ha ido. ¡Nunca hubiera creído que fuese tan ruin!

—¡Bien! —exclamó el inspector, dominándose—. ¿Qué es lo que ha hecho usted ahora? ¿Con qué fin me ha dejado en una situación como ésta?

—Bien —repitió el padre Brown—. ¿Qué es lo que hice?

—Ha dejado escapar al asesino —gritó Burns con una decisión que fue como un trueno en el tranquilo jardín—; ha ayudado a escapar a un criminal. Como un estúpido le dejé que le avisara, y ahora está a cientos de millas de aquí.

—He ayudado a algunos asesinos en mi vida —repuso el padre Brown, y añadió,

recalcando las palabras—, pero no a cometer asesinatos.

—Pero usted supo siempre —insistió Olive—, adivinó desde el primer momento que había de ser él. Es lo que quiso decir usted a propósito de estar trastornado por el asunto del lugar donde se encontró el cadáver. Y eso es lo que el doctor insinuaba al decir que mi padre podía ser desagradable a algún subordinado.

—De esto es de lo que me quejo —dijo el policía, furiosamente indignado—. Usted sabía incluso que él era el…

—Usted sabía entonces —insistió Olive— que el asesino era…

El padre Brown movió la cabeza con gravedad.

—Sí —dijo—; yo sabía entonces que el asesino era el viejo Dyke.

—¿Era quién? —repitió el inspector, y se calló en medio de un silencio de muerte, roto de vez en cuando por el trino de los pájaros.

—Me refiero a Mr. Dyke, el procurador —explicó el padre Brown, como si explicara algo muy elemental en una clase de niños—. Ese caballero con la cabeza gris que se supone había de estar leyendo el testamento.

Todos permanecieron como estatuas, con la mirada fija en él, mientras llenó cuidadosamente su pipa y encendió una cerilla. Por fin, Burns hizo uso de su potencia vocal para romper el silencio abrumador con un esfuerzo muy parecido a la violencia.

—¡Pero en el nombre del cielo! ¿Por qué?

—¿Que por qué? —dijo el sacerdote, y levantóse pensativo encendiendo su pipa —. El porqué lo hizo… Bueno; supongo que ha llegado el momento de contarles a los que no lo sepan el hecho que es la llave de todo el asunto. Es una gran calamidad y un gran crimen, pero no el del asesinato del almirante Graven.

Miró a Olive insistentemente y dijo con mucha seriedad:

—Os diré estas malas nuevas lisamente, con pocas palabras, porque creo que sois bastante valientes y tal vez bastante felices para soportarlo bien. Tiene usted la suerte, y creo el poder, de ser una gran mujer, pero no una gran heredera.

En medio del silencio que siguió resumió la situación:

—La mayor parte del dinero de su padre, siento decírselo, ha desaparecido. Se fue por obra de la destreza financiera del caballero del pelo gris llamado Dyke, quien (me aflige decirlo) es un estafador. El almirante Graven fue asesinado para que no dijera la manera cómo había sido estafado. El hecho de que él fuera arruinado y usted desheredada es la única y sencilla razón no sólo del asesinato, sino de todos los otros misterios de este asunto.

Dio una o dos chupadas y continuó:

—Le dije a Mr. Rook que estaba usted desheredada, y él corrió a ayudarla. Mr. Rook es una persona notable.

—¡Oh, cacaréelo! —dijo Mr. Rook, con aire hostil.

—Mr. Rook es un monstruo —dijo el padre Brown con pedante calma—. Es un

anacronismo, un atavismo, una brutal supervivencia de la Edad de Piedra. Existía una vieja superstición, que todos nosotros suponíamos definitivamente extinguida y muerta en estos días, que era la noción del honor y de la independencia. Y entonces me encontré con muchas extinguidas supersticiones. Mr. Rook es un animal extinguido. Es un plesiosauro. No quiso vivir de la fortuna de su esposa o tener una esposa que pudiera llamarle un cazador de dotes. Por eso se ensombreció de una manera grotesca y sólo volvió a la vida cuando le llevé la buena nueva de que usted estaba arruinada. Quería trabajar para su mujer y no ser mantenido por ella. Desagradable, ¿no? Volvamos al brillante estilo de Mr. Harker.

»Conté a Mr. Harker que estaba usted desheredada, y se escapó con una especie de pánico. No sea demasiado dura con Mr. Harker. Tenía tantos entusiasmos buenos como malos, pero los tenía mezclados. No hay ningún mal en tener ambiciones, pero tenía ambiciones y las llamaba ideales. El viejo sentido del honor enseñó a los hombres a sospechar de los éxitos y a decir: «Esto es un bien, pero puede ser un anzuelo». Las modernas, nueve veces malditas insensateces acerca del bien enseñan a los hombres a identificar el hacer el bien con el hacer dinero. Eso es lo que le pasaba a él; era, en realidad, un buen muchacho, parecido a otros muchos que andan mirando a las estrellas y recorriendo el mundo con todas sus exaltaciones. Casarse con una buena esposa o casarse con una esposa rica es para ellos hacer el bien. Pero no era un granuja ni un cínico. Él quería simplemente volver y coquetear con usted o hacerla pedazos, según el caso. Él no podía enfrentarse con usted, con la mitad de su ideal roto, desaparecido.

»Yo no se lo dije al almirante, pero alguien se lo comunicó. Llegó a sus oídos, no importa cómo, durante la última gran revista a bordo, que su amigo, el abogado de la familia, le había traicionado. Estaba tan furioso e indignado que hizo lo que nunca debió hacer: vino directamente a la playa con sombrero de tres picos y su cordón de oro a coger al criminal; telefoneó al puesto de Policía y por esto el inspector rondaba por los alrededores de «El hombre verde». El teniente Rook le siguió a la playa porque sospechaba algún disgusto de familia y tenía cierta esperanza de poder ayudarlo y quedar por ello en buen lugar. De ahí su excitada conducta. Y referente a desenvainar la espada cuando caminaba detrás creyendo que estaba solo, eso es que había soñado con recorrer el mar blandiendo una espada, y se encontró en un servicio donde ni siquiera se le permitía llevar espada excepto una vez cada tres años. Pensó que estaba solo en la arena donde había jugado como un chico. Si no comprenden ustedes lo que hacía, la sola cosa que puedo hacer es decirles con Stevenson: «No será nunca un pirata». Además, tú no serás nunca un poeta, como nunca has sido un chico.

—No soy nada —contestó Olive gravemente—. Y, sin embargo, creo entenderle.

—Al menos, todo hombre jugará con cualquier cosa en forma de espada o puñal,

incluso si es un cortapapeles. Por esto lo encontré tan extraño cuando el abogado no lo hizo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Burns—. ¿No hizo qué?

—Pero ¿es posible que no advirtiera usted? —contestó Brown—. En la primera entrevista, en la oficina, el abogado jugaba con una pluma y no con un cortapapeles, aunque él tenía uno de acero hermosísimo en forma de estilete. La pluma estaba sucia y salpicada de tinta; pero el cuchillo acababa de ser limpiado. Pero no jugaba con él. Hay un límite en la ironía de los asesinos.

Después de un silencio, el inspector dijo, como uno que despierta de un sueño:

—Mire usted…, no sé si estoy sobre mi cabeza o sobre mis talones. No sé si usted piensa que ha llegado al fin, pero en cuanto a mí, no he alcanzado el principio. ¿De dónde sacó todo eso acerca del abogado? ¿Cómo encontró usted la pista?

El padre Brown dejó escapar una breve y mustia sonrisa.

—El asesinato tuvo un desliz —explicó—, y no puedo entender cómo nadie lo advirtió. Cuando llevó usted las primeras noticias de la muerte al despacho del procurador se suponía que nadie sabía nada, excepto que el almirante era esperado en la casa. Cuando usted dijo que se había ahogado, yo le pregunté cuándo había sucedido y Mr. Dike preguntó dónde se había encontrado el cadáver.

Hizo una pausa para sacudir su pipa y resumió:

—Ahora bien, si a usted le dicen que cuando un marino regresaba del mar se ha ahogado, es natural que presuma que ha sido en el mar. O, de cualquier manera que fuera, concedería que se había ahogado en el mar. Si hubiese sido tirado por la borda o ido a pique con su barco, o tuviera su cuerpo confiado a las profundidades, no habría una razón para esperar que su cuerpo fuera encontrado. Desde el momento en que aquel hombre preguntó si lo habían encontrado, yo estaba seguro de que él sabía dónde lo habían de encontrar, porque él lo había puesto allí. Nadie, sino un asesino, tenía que haber pensado algo tan poco adecuado como que un marino se ahogara en un pantano cercado de tierra, a algunos cientos de yardas del mar. Por esto me sentí enfermo de pronto y me volví verde, si puede decirse así, tan verde como «El hombre verde». No me puedo acostumbrar a expresarme en parábolas, pero, después de todo, una parábola significa algo. Dije que el cuerpo estaba cubierto de algas verdes, pero podía también decir que había sido vestido con algas.

Es una suerte que la tragedia no pueda nunca matar a la comedia y que las dos puedan marchar una al lado de la otra. Por eso el único miembro activo de la firma Willis, Hardman y Dyke se saltó los sesos cuando el inspector entró en su casa para arrestarlo. Por la tarde, Olive y Roger se llamaban el uno al otro a través de los arenales, como hacían cuando niños.

La persecución de Mr. Blue

A lo largo del paseo marítimo caminaba, en una tarde soleada, una persona con el deprimente nombre de Muggleton, llevando marcado su rostro por una acentuada tristeza. Tenía una huella de preocupación en su frente. Y los numerosos grupos e hileras de faranduleros, situados en toda la longitud de la playa, en vano se dirigían hacia él para arrancarle un aplauso. Los pierrots alzaban sus pálidos rostros de luna, como blancas panzas de peces muertos, sin conseguir levantar su espíritu. Negros, con la cara tiznada de gris, tampoco lograban llenar su fantasía de imágenes alegres. Se trataba de un hombre triste y desilusionado. Sus facciones, además de la desnuda y surcada frente, aparecían medio hundidas. Y cierto refinamiento deslucido en aquéllas hacía más incongruente un agresivo ornamento de su cara: un extraordinario y alargado mostacho, cerdoso y militar. Pero su aspecto era sospechoso, como si se tratase de un falso mostacho, es muy posible que lo fuera. Por otro lado, era posible que, si no falso, fuera postizo. Como si hubiera crecido de prisa, por un mero acto de voluntad. Es decir, como si formara parte de su trabajo más que de su personalidad.

La verdad es que Mr. Muggleton era detective particular de vía estrecha, y la nube que oscurecía su frente era debida a un gran embrollo en su carrera profesional. Estaba relacionado con algo más oscuro que la mera posesión de su apodo. Podía, al menos, por alguna oscura razón, estar orgulloso de él. Porque descendía de pobres, pero decentes no conformistas que reivindicaban cierto parentesco con el fundador de los Muggletianos; el solo hombre, hasta ahora, que tuvo el coraje de aparecer con ese nombre en la historia humana.

La causa auténtica de su pena (al menos como él lo explica) era que había estado presente en el sangriento asesinato de un millonario de fama mundial. Había fracasado en prevenirlo, aunque fue contratado para ello, con un salario de cinco libras por semana. Así nos explicamos el hecho de que hasta la lánguida melodía de la canción titulada *Won't you be muy loodah Doodah Day*, no consiguió llenarle de gozo de vivir.

Pero había otros en la playa que podían haber sentido más simpatía por su tema de asesinatos y por la tradición muggletoniana. Los entretenimientos de la playa son para todos los gustos. No solamente pierrots que solicitan emociones amorosas, sino también predicadores, quienes a menudo parecen especializados en un sombrío y sulfuroso estilo de predicación. Había un anciano declamador, que apenas servía para nada, que hablaba con unos gritos tan penetrantes, por no decir chillidos, de profecías religiosas, que resonaban por encima de banjos y castañuelas. Era un hombre largo, flojo y viejo que arrastraba los pies, vestido con algo parecido a la camiseta de un pescador. Pero equipado, inapropiadamente, con unos largos y caídos bigotes, nunca

vistos desde que desaparecieron cierta clase de petimetres deportistas de la época media victoriana. Como era costumbre entre los charlatanes de la playa mostrar algo como si fueran a venderlo, el anciano desplegó una pobre red de pescador que extendía en la arena como si fuera una alfombra para reinas. Pero, en ocasiones, la hacía girar alrededor de su cabeza con un gesto tan terrorífico como el del rotarlo romano, pronto a ensartar a las gentes con su tridente. En realidad, hubiese ensartado a las gentes si hubiera tenido un tridente. Sus palabras se referían siempre al castigo y sus oyentes sólo oían amenazas para el cuerpo y para el alma. Iba tan lejos en el humor de Mr. Muggleton que pudiera haber sido como un verdugo loco dirigiéndose a una multitud de asesinos. Los chicos le llamaban el viejo Azufre. Ahora bien, tenía otras excentricidades además de las puramente teológicas. Una de estas otras excentricidades era el de subirse al cruce de los cuartones de hierro del muelle y tirar la red alguna vez, pescando un pez de cuando en cuando. Sin embargo, los paseantes se detenían al oír su voz, con la que amenazaba como si se encontrara encima de una nube tormentosa, con el juicio final. En realidad lo hacía desde un saliente, bajo el tejado de hierro, donde el viejo maniático se sentaba con descaro, con sus fantásticos bigotes colgando como un alga gris. No obstante, el detective hubiera tolerado mucho mejor al viejo Azufre que a otra persona con la cual tenía que encontrarse.

Para explicar el segundo y más inseguro encuentro, debe ponerse en claro que Muggleton, después de su notable experiencia en materia de asesinatos, había propiamente puesto sus cartas sobre la mesa. Contó toda su historia a la Policía y al único legítimo representante de Braham Bruce, el millonario, que era su muy activo secretario Mr. Anthony Taylor. El inspector era más comprensivo que el secretario, pero la consecuencia de su comprensión fue la última cosa que Muggleton hubiera normalmente asociado al consejo de la Policía. El inspector, después de alguna reflexión, sorprendió mucho a Mr. Muggleton aconsejándole que consultara a un hábil aficionado, de quien sabía que se encontraba en la ciudad. Mr. Muggleton había leído narraciones y novelas acerca de grandes criminalistas, sentado en su biblioteca como una araña intelectual lanzando teóricos filamentos de una tela vasta como el mundo. Estaba preparado a ser conducido al solitario castillo donde el experto viste una bata color de púrpura, a la buhardilla donde aquél vive entre opio y jeroglíficos, o al amplio laboratorio en la torre olvidada. Ante su asombro fue llevado a la misma orilla de la concurrida playa, cerca del puerto, para conocer a un clérigo pequeño y rechoncho, con un amplio sombrero y una amplia cara, quien estaba en aquel momento en la arena, con una multitud de pobres rapazuelos, esgrimiendo, excitado, una pequeña pala de madera.

Cuando el clérigo criminalista, cuyo nombre parecía ser Brown se hubo desprendido de los niños, aunque no de la pala, le pareció a Muggleton cada vez menos simpático. Haraganeaba irremediablemente entre estúpidos espectáculos del

paseo, charlaba a tontas y a locas y se aficionaba de un modo particular a esas ruidosas máquinas automáticas que se instalan en esos lugares. Gastaba solemnemente penique tras penique, se divertía en vicariales juegos de golf, fútbol y criquet, conducido por figuras mecánicas y, finalmente, se complacía con una exhibición en miniatura de una carrera en que un muñeco de metal aparecía corriendo y saltando detrás de otro. Y al mismo tiempo, y además estuvo escuchando atentamente la historia que el detective le contó. Sólo que su manera de no dejar que su mano derecha supiera lo que su mano izquierda hacía con el dinero, sacaba de quicio al detective.

—Podemos sentamos en alguna parte —propuso Muggleton impaciente—. He recibido una carta que usted ha de leer si es que quiere de veras saber algo de este asunto.

El padre Brown dejó de contemplar los muñecos saltadores y fue a sentarse con su compañero en un banco de hierro del paseo. Aquél había sacado ya la carta de su bolsillo y se la entregaba.

El padre Brown pensó que era una carta brusca y extraña. Vio que el millonario no siempre hacía gala de buenos modales, especialmente al tratar con dependientes como el detective, por ejemplo. Pero parecía haber algo más que brusquedad en aquella carta.

Apreciado Muggleton:

Nunca creí que había de llegar a la necesidad de auxilios de esta clase; pero ya no puedo más… Durante estos dos últimos años se me ha hecho más y más intolerable. Adivino que todo lo que usted necesita saber acerca de la historia es lo siguiente: existe un asqueroso granuja y me avergüenza el decirlo, que es primo mío. Ha sido reclutador de clientes para hoteles, curandero, actor y otras cosas; incluso tuvo la desgracia de actuar en mi nombre y hacerse llamar Bertran Bruce. Creo que ha obtenido algún trabajillo en un teatro de aquí o trata de obtenerlo. Pero usted debe enterarse por mí que éste no es su verdadero trabajo. Su trabajo real es agobiarme y quitarme de en medio si puede. Es una vieja historia que a nadie importa. En otro tiempo los dos empezamos a correr tras la fortuna y eso que llaman amor. ¿Fue culpa mía que él fracasara y yo triunfase en todo? Pero el asqueroso diablo juró que él aún triunfaría… Y se fugó con mi… Bien, dejémoslo. Supongo que es una especie de loco que muy pronto tratará de ser una especie de asesino.

Le daré cinco libras semanales si usted viene a mi encuentro en el pabellón, al final del muelle, esta noche, después de la hora de cerrar, y se pone a mi disposición. Es el único sitio seguro para entrevistarnos, si hay

algo seguro en estos tiempos.

J. Braham Bruce.

—Dios mío —dijo el padre Brown—. Dios mío, es una carta que denota cierta intranquilidad.

Muggleton asintió y, después de una pausa, comenzó a relatar su propia historia con una voz extraordinariamente refinada, contrastando con su hosca apariencia. El sacerdote apreció el abandono de una criatura oculta, como ocurre en muchos hombres de clase media y baja. Pero también fue sorprendido por una excelente elección de palabras, sólo que éstas aparecían envueltas en una pequeña sombra de pedantería. Aquel hombre hablaba como un libro.

—Llegué ante la casita redonda al final del paseo marítimo, antes de que hubiera signo alguno de mi distinguido cliente. Abrí y entré, pensando que él preferiría no ser notado de nadie y menos en mi compañía. Esto tiene mucha importancia, porque el embarcadero era demasiado largo para que alguien nos hubiese visto desde la playa o desde el paseo. Dando una ojeada a mi reloj vi que aquella era la hora en que el embarcadero estaría cerrado. Era lisonjero, en cierto modo que se asegurara así de que estaríamos solos los dos en la entrevista, mostrando que él realmente fiaba en mi asistencia y protección. Sea lo que fuere, fue idea suya que debíamos vemos en el embarcadero después de la hora de cerrar. Así es que accedí a ello con prontitud. Había dos sillas dentro del pequeño pabellón o como quiera usted llamarlo. Cogí una y esperé. No hube de aguardar largo rato. Era famoso por su puntualidad y, en efecto, miré hacia la pequeña y redonda ventana y le vi pasar como si quisiera asegurarse de la soledad del sitio.

»Sólo había visto retratos suyos de hacía mucho tiempo. Naturalmente era más viejo que en los retratos, pero no podía equivocarme en el parecido. El perfil del que pasó ante la ventana era de esos llamados aquilinos, a la manera del pico del águila. Pero más bien sugería una águila gris y venerable, una águila en reposo, una águila que hacía tiempo que había plegado las alas. Sin embargo, no había duda en la mirada de autoridad u orgullo silencioso, en el hábito de mandar que siempre ha marcado a los hombres que, como él, han organizado grandes sistemas y han sido obedecidos. Estaba cuidadosamente vestido, por lo que pude ver de él, especialmente comparándole con la muchedumbre de concurrentes a la playa que había colmado mi día. Pensé que su abrigo era de una clase más que elegante, que había sido cortado como siguiendo las líneas de su figura. Recuerdo que tenía una banda de astracán forrando las solapas. Claro está, todo esto lo vi en una sola ojeada, porque ya me había puesto de pie y me dirigía a la puerta. Hice girar el picaporte y entonces recibí el primer choque de aquel terrible anochecer. La puerta había sido cerrada. Alguien me había encerrado.

»Por un momento quedé aturdido y todavía con los ojos fijos en aquella ventana circular por donde había pasado ya el móvil perfil; y entonces vi de pronto la explicación. Otro perfil, agudizado como el de un sabueso perseguido, pasó como un relámpago dentro del círculo de visión, como en un espejo circular. En el mismo momento que lo divisé supe quién era. Era el vengador, el asesino o presunto asesino que había perseguido por tanto tiempo al millonario a través de la tierra y el mar, que ahora pisaba sus huellas en el callejón sin salida de un muelle de hierro que colgaba entre el mar y la tierra. Y comprendí que fue el asesino el que había cerrado la puerta.

»El hombre que vi primero era alto, pero el perseguidor lo era más. Este defecto aparecía disminuido por el hecho de ser cargado de espaldas y tener los hombros muy altos, y llevaba su cuello y su cabeza tendidos hacia delante, como un verdadero animal de presa. El efecto de la combinación le daba el aspecto de un gigantesco jorobado. Pero algo concerniente con la consanguinidad en los perfiles, pasando ante el círculo de cristal, relacionaba a este rufián con su famoso pariente. El perseguidor tenía también una nariz como el pico de un pájaro, aunque su aspecto general de degradación sugería al buitre más bien que al águila. Iba sin afeitar, hasta el punto de parecer barbudo, y el giboso contorno de sus espaldas aparecía acrecentado por los pliegues de su gruesa bufanda de lana. Todo esto son trivialidades y no pueden dar una impresión de la atroz energía de este bosquejo, el sentido de la vengativa determinación de aquella encorvada y zancuda figura.

»¿Ha visto usted alguna vez el dibujo de Guillermo Blake, llamado unas veces, y con cierta ligereza, «El espectro de una pulga», pero también con mayor lucidez «Una visión de delito de sangre» o algo así? Esto es precisamente como la pesadilla de un furtivo gigante, con altas espaldas, llevando cuchillo y capa. Aquel hombre no llevaba ni lo uno ni lo otro, pero al pasar ante la ventana la segunda vez vi, con mis propios ojos, que sacaba un revólver de entre los pliegues de la bufanda y lo empuñó, apuntando. Sus ojos alterados brillaban a la luz de la luna y esto de un modo serpeante. Parecía proyectarlos hacia delante y hacia atrás con luminosos saltos, como si pudiera lanzarlos fuera de sí, cual los luminosos tentáculos de ciertos reptiles.

»Tres veces el perseguido y el perseguidor pasaron en sucesión ante la ventana, acortando el estrecho círculo de su persecución antes de que se despertara en mí con plenitud el deseo de actuar, desde luego desesperadamente. Sacudí la puerta con impetuosa violencia. Cuando vi otra vez el rostro de la inconsciente víctima golpeé la ventana, furioso. Traté de romperla. Pero era una doble ventana de vidrio de excepcional grosor y era tan profunda la abertura, que dudé de si hubiera podido alcanzar la ventana exterior. Desde luego mi distinguido cliente no hizo caso alguno ni de mi ruido ni de mis señales. Y la sombría pantomima de los revólveres, de aquellas dos máscaras del destino, continuaron dando vueltas a mi alrededor, hasta

sentir el vértigo y mareo. De pronto dejaron de aparecer. Esperé y comprendí que ya no volverían. Conocí que la catástrofe se había producido.

»No es necesario que le cuente más. Usted imaginará el resto casi tan bien como yo, sentado allí, trataba de imaginármelo, o de no hacerlo. Basta decir que en aquel horrible silencio, en el cual el resonar de los pasos se había extinguido, se oyeron sólo dos ruidos además del ronquido profundo del mar. El primero fue el ruido seco de un disparo y el segundo el sordo ruido de la caída de un cuerpo en el agua.

»Mi cliente había sido asesinado a pocas yardas de mí y sin poder hacerle ni una señal. No quiero afligirle explicándole mi estado de ánimo. Me he recobrado de la impresión del crimen, pero continúo aún enfrentándome con el misterio.

—Sí —dijo el padre Brown muy amable—. ¿Qué misterio?

—El misterio de cómo pudo salir el asesino —contestó el otro—. A la mañana siguiente, tan pronto como el embarcadero fue abierto al público, fui liberado de mi prisión y me dirigí rápido a la entrada de la valla para inquirir quién había abandonado el embarcadero desde que había sido abierto. Sin molestarle en de talles, le explicaré que las puertas son de hierro y de gran tamaño y que por una disposición especial no permiten entrar ni salir sin abrirlas. Los oficiales no habían visto a nadie parecido al asesino. Y éste era una persona inconfundible, y aun cuando se hubiera disfrazado de alguna manera, no podía ocultar su alta talla ni libertarse de su nariz de familia. Es extraordinariamente difícil que tratara de ganar la costa nadando, porque el mar estaba muy agitado. Y, además no hay trazas de arribada. Y habiendo visto la cara de ese demonio una vez, y fueron nada menos que seis veces las que yo la vi, creo estar en lo cierto al decir que no se arrojó al mar en la hora de lo que él debe considerar su triunfo.

—Entiendo perfectamente lo que quiere usted decir con esto —replicó el padre Brown—. Además, que sería muy inconsecuente con el tono de la original y teatral carta en la cual se promete toda clase de beneficios después del crimen… Hay otro punto que sería bueno verificar. ¿Qué hay de la estructura del puente por debajo? Los muelles están frecuentemente hechos por una red de soportes de hierro, por la que un hombre puede trepar como un mono trepa por los árboles del bosque.

—Sí, ya pensé en esto —replicó el investigador privado—, pero, desgraciadamente, este muelle está construido de un modo nada común. Es desmesuradamente largo, y tiene columnas y todo un embrollo de vigas todas de hierro. Están muy separadas y no puedo concebir cómo ningún hombre podría trepar de una a otra.

—Sólo lo mencioné —dijo el padre Brown con aire de duda— porque ese raro pez con largos bigotes, el viejo que predica en la playa, a menudo trepa hasta la viga más próxima. Creo que se sienta allí a pescar cuando la marea sube. Y me resulta un raro pez para pescarlo.

—¿Qué es lo que quiere usted decir?

—Bien —dijo el padre Brown lentamente, jugando con un botón de su sotana y mirando abstraído hacia las verdes aguas brillantes en la última luz de la tarde, después de la puesta del sol—. Bueno… bien… traté de charlar con él familiarmente en un sentido no demasiado alegre por cierto…, como usted comprenderá, acerca de su manera de combinar los antiguos trabajos de pescar con la predicación. Hago, me parece, una clara alusión al texto que se refiere a pescar almas vivas. Y me dijo, extraña y ásperamente, volviéndose de un salto a su pértiga de hierro: «¡Bien, al fin yo pesco muertos!».

—¡Santo Dios! —exclamó el detective mirándolo con asombro.

—Sí —dijo el sacerdote—, me pareció una rara contestación, hecha de un modo charlatán, a un desconocido que juega con los chiquillos en la playa.

—No querrá usted decir que cree que tenga que ver con la muerte.

—Lo creo —contestó el padre Brown—. Él puede arrojar alguna luz en todo esto.

—Bueno. Esto es más de lo que yo puedo comprender —dijo el detective—. Está más allá de mis alcances creer que alguien pueda arrojar alguna luz sobre todo esto. Es como la salpicadura de embravecidas aguas en una oscuridad de azabache; esa especie de aguas en las que él… en las que él cayó. Es una pura tontería. Un hombre como aquél, desaparecido como una burbuja. Posiblemente nadie podría… ¡Mire! —se detuvo de pronto, mirando al sacerdote, que no se había movido, pero que estaba todavía dándole vueltas al botón y contemplando los rompientes—. ¿Qué quiere decir? ¿Por qué está usted mirando así? No pretende decir que usted…, que usted puede encontrar algún sentido en ello.

—Sería mucho mejor si continuara sin sentido —dijo el padre Brown en voz baja. Después alzó la voz—: Bien; si decididamente me lo pregunta usted… sí, creo que puedo darle sentido.

Hubo un silencio y, entonces, el agente dijo con singular brusquedad:

—¡Oh! Aquí viene el secretario del viejo caballero. Debo marcharme. Voy a hablar con el pescador loco.

—*Post hoc propter hoc*? —preguntó el sacerdote con una sonrisa.

—Creo —repuso el otro con forzado candor— que al secretario no le agrado, y pienso que él a mí tampoco. Ha estado metiéndose en todo, con una porción de preguntas que no me parece que nos lleven a otra cosa que a reír. Tal vez está celoso de que el viejo haya llamado a alguien más y no esté satisfecho de los consejos de su elegante secretario. Le veré más tarde.

Y se marchó surcando la arena hacia el sitio donde el excéntrico pescador había montado ya su nido marítimo y miraba el verde crepuscular del agua casi como un enorme pólipo o un pez-jalea, lanzando sus filamentos venenosos al mar fosforescente. Entretanto el sacerdote estaba esperando serenamente la aproximación

del secretario, visible hasta de lejos, en medio de aquella muchedumbre, por la clerical pulcritud y sobriedad de su chistera y de la levita. Sin sentirse dispuesto a tomar parte en la contienda entre el secretario y el agente preguntón, el padre Brown tuvo un débil sentimiento de irracional simpatía hacia los prejuicios de este último. Mr. Anthony Taylor, el secretario, era un joven más que presentable, tanto por su continente como por su traje. Su continente era tan firme e intelectual como agradable su figura. Pálido, con el cabello negro descendiendo por ambos lados de su cabeza como si apuntara hacia posibles bigotes, mantenía sus labios apretados, más que la mayoría de las gentes. La única cosa que la fantasía del padre Brown podía imaginar para explicarse el hecho parecía más extraña de lo que realmente era. Tuvo la sensación de que el hombre hablaba por los agujeros de la nariz. En efecto, la fuerte compresión de su boca le daba a los movimientos de las aletas de la nariz algo de anormalmente sensible y flexible a la vez como si se entrara en contacto con la vida aspirando y oliendo, con la cabeza levantada, como hacen los perros. Y si algo se ajustaba a sus facciones, era que, cuando hablaba, lo hacía con una brusca e impetuosa rapidez, como una ametralladora, lo cual resultaba chocante en una tan pulida y bruñida figura.

Por una vez fue él quien inició la conversación diciendo:

—Me figuro que no ha entrado en el puerto ningún cuerpo.

—Ciertamente, no ha sido anunciado ninguno —repuso el padre Brown.

—Ningún gigantesco cuerpo de asesino con bufanda de lana —añadió Mr. Taylor.

—No —contestó el padre Brown.

La boca de Mr. Taylor no se movió más por el momento, pero sus narices hablaron por él con tan rápido y tembloroso desdén que hubiérase podido afirmar que eran dos vocales.

Cuando habló otra vez, después de algunos corteses lugares comunes del sacerdote, fue para decir brevemente:

—Aquí viene el inspector. Supongo que habrá estado escudriñando toda Inglaterra por una bufanda.

El inspector Grinstead, un hombre moreno con barba gris en punta, se dirigió al padre Brown más respetuosamente que como lo había hecho el secretario.

—Pensé que le gustaría saber, señor —dijo—, que no hay trazas en absoluto del hombre descrito como el que escapó del muelle.

—O mejor no descrito como escapado del muelle —afirmó Taylor—. Los guardas, los únicos que pudieran haberlo descrito, nunca tienen a nadie a quien describir.

—Bien —dijo el inspector—; hemos telefoneado a todas las estaciones y vigilado todas las carreteras y ha de serle casi imposible escapar de Inglaterra. En realidad, lo que a mí me parece es que no ha ido por ese camino. No parece estar en parte alguna.

—Nunca estuvo en parte alguna —repuso el secretario con brusca y ofensiva voz, que sonó como el disparo de un fusil en la soledad de la playa.

El inspector parecía desconcertado, pero la cara del sacerdote se iluminaba gradualmente, y dijo al fin con cierta ostentosa indiferencia: ¿Pretende usted que el hombre es un mito o posiblemente una mentira?

—¡Ah! —dijo el secretario por sus altaneras narices—. Al fin ha pensado en ello.

—Lo pensé al principio —comentó el padre Brown—. Es lo primero que cualquiera hubiera pensado, ¿no es eso?, al oír una historia sin fundamento de un desconocido a propósito de un desconocido asesino en un muelle solitario. Hablando llanamente: usted quiere decir que el pobre Muggleton lo asesinó él mismo.

—Para mí —dijo el secretario— Muggleton tiene el aspecto de un deslucido tipo raro y no hay otra historia sino la suya acerca de lo que pasó en el embarcadero, y ésta consiste en un gigante que desaparece. Un cuento de hadas. No es una historia muy de creer, ni aún como él la cuenta. Según su propio informe, pierde su oportunidad y deja matar a su amo a pocas yardas de él. Es un pícaro loco y fracasado, según su propia confesión.

—Tengo una debilidad por las gentes locas y fracasadas, según su propia confesión —dijo el padre Brown.

—No sé qué quiere usted decir —añadió el otro.

—Quizá —dijo el padre Brown atentamente— porque existen muchas gentes que son locos y fracasados sin haberlo confesado. —Y, después de una pausa, continuó—: Pero aunque fuera un loco y un fracasado, esto no probaría que es un embustero y un asesino. Usted ha olvidado que existe una prueba de excepcional evidencia que realmente apoya su historia. Me refiero a la carta del millonario, contándole todo lo que concierne a su primo y a su venganza. A menos que pueda probar que este documento es una falsedad, deberá admitir que hay alguna probabilidad de que Bruce fuese perseguido por alguien que tenía un motivo real o más bien un motivo actualmente admitido y usado.

—No estoy seguro de entenderle —dijo el inspector— en lo que dice referente al motivo.

—Querido amigo —repuso el padre Brown por primera vez picado por la impaciencia pero dentro de la mayor familiaridad— todo el mundo tiene a su manera un motivo. Considerando la manera como Bruce hacía el dinero, considerando el modo como la mayoría de los millonarios lo hacen, casi todo el mundo hubiera hecho una cosa tan natural como es tirarlo al mar. En muchos es posible que hubiera sido también algo automático. Para casi todos había de ocurrir un día u otro. Mr. Taylor pudo haberlo hecho.

—¿Qué es eso? —exclamó Mr. Taylor, y las aletas de su nariz se hincharon visiblemente.

—Hasta puede haberlo hecho —continuó el padre Brown— *nisi me constringeret ecclesiae auctoritas*; podía haberlo hecho yo, usted, o el hombre de las tortas. El único hombre en la tierra en quien podía pensarse que probablemente no lo había hecho es el agente privado y preguntón a quien Bruce contrató por cinco libras semanales y que no ha percibido absolutamente nada de su dinero.

El secretario se mantuvo en silencio por un momento. Dio un bufido y dijo:

—Si la oferta está en la carta haríamos ciertamente mejor considerándola como una falsedad. En realidad no sabemos si toda la historia no es tan falsa como una falsificación. Ese mismo individuo admite que la desaparición del gigante jorobado es absolutamente increíble e inexplicable.

—Sí —dijo el padre Brown—, esto es lo que me gusta de Muggleton. Que admite las cosas.

—Razón de más —insistió Taylor, y sus narices vibraron de excitación—. El principio y el fin de todo esto es que él no puede probar que ese hombre alto con la bufanda haya existido o exista. Un hecho cualquiera de los que la Policía y los testigos han puesto al descubierto prueba que no existe. No, padre Brown. Sólo en un sentido puede usted justificar a ese tiñoso bufón de quien parece tan prendado; en el de haber inventado a su hombre imaginario; exactamente lo que no podía hacer.

—A propósito —dijo el sacerdote como distraído—, supongo que venía del hotel en que Bruce tenía habitaciones, Mr. Taylor.

Taylor miró de soslayo y pareció casi tartamudear.

—Bien, siempre las tuvo; precisamente eran suyas. Actualmente llevaba ya mucho tiempo sin ver a Mr. Bruce.

—Creía que había venido en automóvil con él —observó Brown—. ¿O vinieron en tren?

—Vine en tren y me traje el equipaje —dijo impaciente el secretario—. Algo le retuvo, creo yo. No le he vuelto a ver desde que lo dejé en Yorkshire, ocupado en sus cosas, hace una o dos semanas.

—Según parece —dijo el sacerdote suavemente—, si Muggleton no fue el último que vio a Bruce junto a las salvajes olas, usted fue el último que lo vio en los igualmente salvajes pantanos de Yorkshire.

Taylor había palidecido, pero forzó su ingrata voz a calmarse.

—Nunca dije que Muggleton no viera a Bruce en el muelle.

—No; ¿y por qué no? —preguntó el padre Brown—. Si fabricó un hombre en el muelle, ¿por qué no podía fabricar dos? Claro está que nosotros no sabemos que Bruce existió, pero tampoco parece que sepamos qué le ha pasado en varias semanas. Tal vez fue dejado atrás en Yorkshire.

La estridente voz del secretario subió hasta gritar. Su tono de social suavidad desapareció.

—Usted está tramando algo. ¡O simplemente eludiendo! Trata de deslizar extravagantes insinuaciones, sencillamente porque no puede contestar a mi pregunta.

—Déjeme pensar —dijo el padre Brown reminiscente—. ¿Cuál era su pregunta?

—Demasiado sabe usted cuál era: está anonadado por ella. ¿Dónde está el hombre de la bufanda? ¿Quién lo ha visto? ¿Quién ha oído algo de él o le ha hablado, excepto su pobrecito embustero? Si quiere convencernos, tendrá que fabricarlo. Si ha existido alguna vez, debe de estar escondido en las Hébridas, más allá del Callao. Ha tenido necesidad de forjárselo, aunque yo bien sé que no existe. ¡Y bien! ¿Dónde está?

—Creo que debe de estar por ahí —dijo el padre Brown señalando hacia las olas más cercanas que rompían contra los pilares de hierro del muelle, donde las dos figuras, la del agente y la del viejo pescador y predicador, aparecían oscuras contra el verde fulgor del agua—. Me refiero a esa especie de cosa parecida a una red.

Mientras el inspector Grinstead se lanzaba a correr como un rayo hacia la playa, le gritó:

—Lo que quiere decir es que el cuerpo del asesino está en la red del viejo.

El padre Brown asintió con un signo de cabeza. Y se apresuró a seguirle por aquella cuenta formada con cascotes. Y el pobre Muggleton, el agente, volvía hacia ellos por aquella misma cuesta, como una oscura silueta de sorpresa y revelación.

—Es cierto, pues, lo que hablamos —dijo sofocado—: el asesino trató de ganar la playa nadando y se ahogó, como no podía suceder de otro modo con aquel temporal. A no ser que se suicidara. Sea lo que fuere, ha ido a parar a la red del viejo Azufre, y esto es lo que aquel maniático quiso decir cuando hablaba de pescar muertos.

El inspector corrió hacia la playa con una agilidad que dejó atrás a todos. Se le oyó dando órdenes a gritos. En pocos momentos el pescador y algunos espectadores, ayudando a los policías, habían rastreado la red hasta la playa, dejando su carga sobre la mojada arena que reflejaba la luz del crepúsculo. El secretario contempló lo que había tendido sobre la playa y las palabras murieron en sus labios. Porque lo que había tendido sobre la arena era, realmente, el cuerpo de un hombre gigantesco vestido de andrajos, con enormes espaldas algo gibosas, cara huesuda de águila y una gran bufanda roja de lana, desgarrada, extendida bajo la luz de la puesta del sol como una mancha de sangre, Pero Taylor no contemplaba con tanta fijeza la ensangrentada bufanda o la fabulosa estatura del muerto, sino su rostro; y su propio rostro era un conflicto entre la incredulidad y la sospecha.

El inspector se volvió rápido hacia Muggleton con aire de simpatía.

—Esto en realidad confirma su historia —dijo.

Hasta que oyó el tono de estas palabras, Muggleton no hubo adivinado que su historia no había sido creída. Nadie la creyó. Nadie, excepto el padre Brown. Viendo que éste se separaba del grupo, hizo un movimiento para unirse a él, pero desistió al descubrir que el sacerdote se iba a hundir otra vez en las mortales atracciones de las

maquinillas automáticas. Y hasta vio cómo hurgaba en sus bolsillos buscando un penique. Se detuvo con el penique entre su índice y su pulgar porque el secretario habló por última vez con su aguda y discordante voz.

—Y supongo que podemos añadir que los monstruosos e imbéciles cargos contra mí han terminado.

—Mi estimado señor —repuso el sacerdote—, nunca formulé cargos contra usted. No soy tan loco para suponer que usted pudiera asesinar a su amo en Yorkshire y después venirse aquí a despistar con el equipaje. Todo lo que dije es que yo no podía componer un caso mejor contra usted que el que usted estaba componiendo contra el pobre Muggleton. Por esto, si usted desea conocer la verdad sobre este asunto (y le aseguro que la verdad no ha sido todavía alcanzada), puedo sugerirle algo incluso para sus propios negocios. Es un poco extraño y significativo que Mr. Bruce, el millonario haya estado oculto de sus habituales y de sus íntimos durante semanas antes de ser asesinado. Como usted parece ser un excelente aficionado a la investigación detectivesca, le aconsejo trabaje en esa dirección.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Taylor agriamente.

Pero no obtuvo respuesta. El padre Brown, una vez más, se había concentrado en el manejo de la manecilla de la máquina que hacía saltar un muñeco y otro alternativamente.

—Padre Brown —dijo Muggleton con su vieja preocupación avivada de nuevo—, ¿quiere explicarme por qué le gusta tanto esta tontería?

—Por una razón —replicó el sacerdote apuntando al cristal de la caja de los muñecos—, porque contiene el secreto de toda esta tragedia.

Y enderezándose de pronto miró muy serio a su compañero.

—Me di cuenta en seguida —dijo— de que usted me había contado la verdad y lo opuesto a la verdad.

Muggleton lo miró sin comprender.

—Es muy sencillo —añadió el sacerdote bajando la voz—. El cadáver con la bufanda roja que estaba ahí es el cadáver de Braham Bruce, el millonario. Allí no podía haber otro.

—Pero los dos hombres… —dijo Muggleton boquiabierto.

—Su descripción de los dos hombres era admirablemente viva —repuso el padre Brown—. Yo le aseguro que no soy hombre para olvidarlo. Si me lo permite, le diré que tiene usted talento literario. Tal vez el periodismo le proporcionará más éxito que su profesión actual. Creo recordar perfectamente cada detalle acerca de cada persona. Sólo que, vea usted, y ello es bastante extraño, cada punto le afecta a usted en un sentido y a mí en otro exactamente opuesto. Empecemos con el primero que mencionó. Dijo usted que el primer hombre que vio tenía un indescriptible aire de autoridad y dignidad. Y usted se dijo: «Éste es el verdadero magnate, el gran príncipe

mercader, el señor de los mercados». Pero cuando yo oí lo del aire de dignidad y autoridad me dije: «Es el actor; todo en él es de actor». Usted no hubiera recibido esa impresión si él hubiera sido el presidente de la Compañía de Bazares reunidos. La citada impresión pudo aprenderla representando el papel de Hamlet, el del espectro del padre, el del Julio César o el del Rey Lear. Y nunca se desprendió usted de ella enteramente. No le fue posible ver sus vestidos suficientemente para decir que estaban ajados realmente, sino que vio una banda o forro de astracán y una clase de corte aparentemente a la moda. Y entonces yo me dije otra vez: «El actor». Ahora, antes de entrar en detalles acerca del otro hombre, noté una cosa en él, evidentemente ausente en el primero. Dijo que el segundo personaje no sólo era andrajoso, sino que iba sin afeitar hasta el punto de aparecer barbudo. Ahora bien, hemos visto actores afeitados, actores sucios, actores borrachos, actores desacreditados y sin reputación. Pero un actor con la barba como un estropajo, trabajando o buscando trabajo, raramente ha sido visto en este mundo. Además, que afeitarse es la primera cosa que deja de hacer un caballero o excéntrico hacendado cuando se decide a disfrazarse. Ahora tenemos todas las razones para creer que su amigo el millonario se había disfrazado. Pero no era sólo la negligencia lo que hacía aparecer pobre y con la cara barbuda. ¿No comprende que el hombre estaba prácticamente escondido? Por esto no fue al hotel y su secretario no le había visto desde hacía varias semanas. Era un millonario, pero todo su deseo era ser un millonario disfrazado. ¿Ha leído alguna vez *La mujer de blanco*? ¿No recuerda al elegante y atildado conde Fosco huyendo para salvar su vida de la acción de una sociedad secreta y que luego es encontrado asesinado, vistiendo la blusa azul de un vulgar obrero francés? Volvamos por un momento a la conducta de nuestros dos hombres. Usted vio al primer hombre tranquilo y sereno y usted se dijo: «Ésta es la víctima inocente», aunque la cara de la víctima inocente no era tranquila ni serena. Oí que estaba tranquilo y sereno y me dije: «¡Éste es el asesino!». ¿Por qué había de estar de otra manera sino tranquilo y sereno? Sabía lo que iba a hacer. Por largo tiempo estuvo haciéndose a su idea. Y si alguna vez hubiera tenido alguna duda o remordimiento se hubiese endurecido contra ellos antes de salir a escena… que en su caso podría decirse su escenario. No empuñó su pistola ni la esgrimió. ¿Por qué iba a hacerlo? La guardó en su bolsillo hasta que la necesitó y muy probablemente dispararía desde su bolsillo. El otro hombre sacó su pistola porque era cobarde como un gato y es muy posible que nunca hubiera tenido una pistola hasta entonces. Lo hizo por la misma causa que su mirada giraba en derredor. Y recuerdo que aun en su propia inconsciente evidencia dejó usted particularmente establecido que la volvía *hacia atrás*. El hecho es que miraba hacia atrás. En meras matemáticas o mecánicas cada uno corría detrás del otro… justamente como los otros.

—¿Qué otros? —inquirió el deslumbrado detective.

—Pues éstos —gritó el padre Brown golpeando la máquina automática con la pequeña pala de madera, la cual había continuado incongruentemente en sus manos a través de todos aquellos sangrientos misterios—, estos pequeños muñecos mecánicos que se cazan uno a otro girando y girando constantemente. Llamémoslos Mr. Azul y Mr. Rojo, por el color de sus chaquetas. Ocurrió que empecé con Mr. Azul y así los chiquillos dicen que Mr. Rojo está corriendo tras él. Pero hubiera parecido exactamente lo contrario de haber empezado con Mr. Rojo.

—Sí, empiezo a ver claro —repuso Muggleton—. Y supongo que el resto concuerda con lo demás. El parecido de familia confundió naturalmente los caminos y de este modo los guardianes no vieron salir del muelle al asesino.

—Porque nunca buscaron al asesino saliendo del muelle —dijo el otro—. Nadie les dijo que buscaran al tranquilo y bien rasurado caballero con el abrigo de astracán. Todo el misterio de su desaparición gira alrededor de un individuo que vestía un gabán y una bufanda roja. Pero la simple verdad es que el actor con el abrigo de astracán mató al millonario vestido de harapos y allí está el cadáver del pobre individuo. Es justamente como los muñecos rojos y azul; sólo que porque vio usted primero a uno, adivinó, equivocadamente, cuál vestía el rojo de la venganza y cuál el azul del miedo.

En este momento dos o tres niños empezaron a vagabundear por la arena y el sacerdote agitó su pala para llamarlos, golpeando teatralmente en la máquina automática. Muggleton presumió que lo más importante era impedir que se desviasen hacia el horrible bulto de la playa.

—Otro penique más perdido en el mundo —dijo el padre Brown—. Ahora debemos ir a casa para el té. ¿Sabes, Doris, que me gustan estos juegos giratorios? Dar vueltas y más vueltas como si jugáramos al *Mulberry-Bush*[2]. Después de todo. Dios hizo los soles y las estrellas para jugar al *Mulberry-Bush*. Pero esos otros juegos donde uno debe cazar al otro, donde los dos corredores son rivales, alcanzándose y adelantándose uno al otro… Cosas peores parecen haber pasado. Me gusta pensar en Mr. Rojo y Mr. Azul saltando siempre con libre e irreductible espíritu; los dos iguales, sin hacerse nunca daño el uno al otro… «¡Apasionado amante, nunca, nunca se marchitan tus besos… hasta la muerte!». ¡Feliz, feliz Mr. Rojo!

Él no puede cambiar aunque no tenga tu ventura Sakarás eternamente y él será azul.

Recitando estas nobles palabras de Keats con cierta emoción, el padre Brown se puso la pequeña pala de madera bajo el brazo y, dando las manos a dos de los chiquillos, dejó la playa, renqueando, para ir a tomar el té.

El crimen del comunista

Tres hombres pasaron bajo el arco Tudor de la armoniosa fachada del Colegio de Mandeville, hacia la cruda luz de la tarde de un día de verano. De un día que pareció que no había de acabar nunca; y ya en la luz del sol vieron algo que los hería como un relámpago. Algo a propósito para ser la mayor sorpresa de su vida.

Aun antes de que ellos hubieran realizado nada en sentido de la catástrofe, tuvieron la sensación del contraste. Ellos mismos, de un modo curioso y plácido, eran armónicos con lo que los rodeaba. Aunque los arcos Tudor, que se extienden como un claustro alrededor de los jardines del Colegio, habían sido levantados hacía cuatro siglos, en aquel momento, cuando el gótico cayó del cielo y se inclinó o casi se abatió sobre la amable sociedad del Humanismo y del Renacimiento, aunque ellos iban con vestidos, con trajes modernos (o sea trajes cuya fealdad hubiera llenado de estupefacción a uno cualquiera de los cuatro siglos), algo del espíritu del lugar los acordaba. Los jardines habían sido amorosamente cuidados como para que alcanzasen el triunfo final de parecer descuidados. Las flores parecían hermosas por casualidad, como si fueran elegantes vestidos, y ya se sabe que esta nota pintoresca y atractiva sólo se consigue a fuerza de desaliño.

El primero de los tres, alto, calvo, barbudo, semejante a una cucaña, era una figura familiar en el Quad, con su birrete y su toga, y ésta deslizábase siempre por sus oblicuos hombros. El segundo, de espaldas cuadradas, bajo y macizo, con una expresión más bien alegre y, por lo común vestido de americana y la toga al brazo. El tercero era más bajo todavía y modesto en su atuendo y con ropas negras y clericales. Pero todos ellos parecían estar a tono con Mandeville College y con la indescriptible atmósfera de las dos únicas Universidades de Inglaterra. Ellos se ajustaban a ella y se marchitaban en ella, lo cual era considerado allí como lo más idóneo.

Dos hombres sentados en sillas de jardín, junto a una pequeña mesa, eran como un brillante borrón en este paisaje gris.

Vestían casi enteramente de negro y brillaban de la cabeza a los pies, desde sus bruñidas chisteras a sus botas perfectamente relucientes. Era tenido como un ultraje que cualquiera pudiese ir tan bien vestido en la bien educada libertad de Mandeville College. Eran forasteros y esto era su única excusa. Uno, americano: un millonario llamado Hake, vestido sin tacha, según la deslumbrante y caballerosa manera conocida sólo de los ricos de Nueva York. El otro, que a todo ello añadía el ultraje de un abrigo de astracán (sin hablar, de unos floridos bigotes), era un conde alemán de gran fortuna, siendo la parte más corta de su nombre Von Zimmern. El misterio de esta historia no es, sin embargo, el misterio del porqué estaban allí. Estaban allí por aquella razón que comúnmente explica el encuentro de cosas incongruentes; se

proponían dar algún dinero al colegio. Habían acudido en apoyo de un plan patrocinado por varios financieros y magnates de muchos países para fundar una nueva Cátedra de Economía en Mandeville College. Inspeccionaron el colegio con incansable y consciente afán de curiosidades del cual ningún hijo de Eva es capaz, a excepción del alemán y del americano. Y ahora estaban descansando de sus solemnes tareas en los jardines del colegio.

Los tres hombres, que ya los conocían, pasaron haciéndoles un leve saludo, pero uno de ellos se paró. El más pequeño de los tres, el del vestido negro y clerical, dijo con aire de conejo asustado:

—No sé por qué; no me gusta el aspecto de esos hombres.

—¡Santo Dios! ¿Qué encuentra en ellos? —exclamó el hombre alto, que resultó ser el rector de Mandeville—. Al fin y al cabo nosotros tenemos hombres ricos que no van por ahí vestidos como si fueran maniquíes de sastre.

—Sí —murmuró el pequeño clérigo—, eso es lo que quiero decir. Como maniquíes de sastre.

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó de súbito el más bajo de los otros.

—Quiero decir que parecen horribles figuras de cera —repuso el sacerdote con débil voz—. Quiero decir que no se mueven. ¿Por qué no se mueven?

De pronto, saliendo de su sombreado retiro, se lanzó a través del jardín y tocó en el hombro al conde alemán. El conde alemán cayó al suelo junto con la silla que ocupaba. Sus piernas quedaron levantadas tan rígidas como las patas de aquélla. Mr. Gedeon P. Hake continuaba contemplando los jardines del colegio con ojos de cristal, y el paralelo con las figuras de cera confirmó la impresión de que eran como ojos hechos de cristal. La rutilante luz del sol y el color del jardín aumentaban la callada impresión de un rígido muñeco vestido; una marioneta en un escenario italiano. El pequeño hombre vestido de negro, que era un sacerdote llamado Brown, tocó con tiento el hombro del millonario y éste cayó hacia un lado, horriblemente, de una pieza, como si estuviera hecho de madera.

—*Rigor mortis* —dijo el padre Brown—; ¡y tan pronto! Pero esto no hace variar las cosas.

La razón de que el primero de los tres hombres se hubiera juntado a aquéllos, tan tarde (por no decir demasiado tarde), no será mejor entendida si hablamos de lo que ha ocurrido dentro del edificio, tras el arco Tudor, un momento antes de salir. Habían comido juntos en el salón, en la mesa de las solemnidades. Pero los dos filántropos forasteros, esclavos del deber en materia de verlo todo, habían vuelto solos a la capilla, de la cual uno de los claustros y una de las escaleras quedaban sin escudriñar, «prometiendo reunirse con los demás en el jardín para examinar con la misma honestidad los cigarros del colegio». Los demás, con más reverente y más justo espíritu, permanecieron como de costumbre alrededor de la larga y estrecha mesa, en

la que había circulado el vino de sobremesa de la época en que fue fundado el colegio, en la Edad Media, por Sir John Mandeville, para estímulo de los aficionados a contar historias. El rector —gran barba rubia y calva frente— se puso a la cabecera de la mesa y el hombre rechoncho con la ajustada chaqueta se sentó a su izquierda, porque él era el tesorero u hombre de negocios del colegio. Seguía, en ese lado de la mesa, un hombre de aspecto extraño, de quien sólo podía decirse que tenía el rostro torvo; los oscuros penachos de su bigote y de sus cejas, sesgados en ángulos contrarios, hacían una especie de zigzag, como si la mitad de su cara estuviera arrugada o paralizada. Su nombre era Byles; era el lector de Historia Romana y sus opiniones políticas estaban fundadas en las de Coriolano, para no mencionar a Tarquino *el Soberbio*. Este acerbo *torismo* y reaccionaria apreciación de todos los problemas corrientes no era enteramente conocido entre las más anticuadas clases de dignidades y señorías. Pero el caso de Byles sugería que era más bien que la causa, el resultado de su acerbidad.

Más de un agudo observador había recibido la impresión de que algo iba mal en Byles, que algún secreto o alguna gran desgracia le habían amargado, como si esa media cara disecada hubiese sido herida como el árbol por el rayo. Más allá se sentaba el padre Brown y, al final de la mesa, un profesor de Química, grueso, rubio y calvo, con ojos que estaban dormidos o tal vez en acecho. Era bien conocido que ese filósofo naturalista miraba a los otros filósofos, de más clásica tradición, como si fueran viejas brumas.

Al otro lado de la mesa, frente al padre Brown, un silencioso joven moreno, con una barba negra en punta, introducido porque alguien había insistido en que hubiera una cátedra de persa. Opuesto al siniestro Byles había un pequeño capellán de aspecto dulce y con la cabeza como un huevo. Frente al tesorero, y a la derecha del rector, había una silla vacía. Y, al parecer muchos de los presentes estaban contentos de verla vacía.

—No sé si Chaken viene o no —dijo el rector, no sin una mirada nerviosa a la silla, lo que contrastó con la siempre usual y lánguida despreocupación de su conducta.

Y añadió:

—Creo que estoy dando a la gente mucha importancia, pero confieso que he llegado al punto de estar contento cuando él está aquí, simplemente porque no está en otra parte cualquiera.

—No se sabe nunca a lo que llegará la próxima vez —dijo el tesorero alegremente—, sobre todo cuando está instruyendo a la juventud.

—Un individuo brillante, pero fogoso —dijo el rector con una brusca recaída en su reservada actitud.

—Los fuegos artificiales son fogosos y también brillantes —gruñó el viejo Byles

—, pero yo no quiero ser quemado en mi cama, ya que ese Craken puede figurar como un real Guy Fawkes.

—¿Cree usted realmente que tomaría parte en una revolución si hubiera alguna? —preguntó el tesorero sonriendo.

—Él cree que lo haría —repuso Byles maliciosamente—. El otro día dijo en una sala llena de estudiantes que nada podía evitar que la guerra de clases se convirtiera en una guerra real con muertos en las calles de la ciudad.

—La guerra de clases —musitó el rector con una especie de disgusto suavizado por la distancia. Había conocido a William Morris mucho tiempo y había convivido bastante con los más artísticos y desocupados socialistas—. Nunca pudo entender eso de la guerra de clases. Cuando era joven, socialismo era un supuesto que significaba que no había clases.

—Otra manera de decir que los socialistas no son una clase —dijo Byles con amargo acento.

—Naturalmente, usted debiera estar más en contra de ello de lo que lo estoy yo —manifestó el rector pensativo—. Pero supongo que el socialismo es por lo menos tan anticuado como su torismo. Sorprende lo que sus jóvenes amigos realmente piensan. ¿Qué opina usted, Baker? —dijo de pronto al tesorero, que estaba a su izquierda.

—¡Oh, yo no opino, como vulgarmente se dice! —dijo el tesorero riendo—. Debe recordar que yo soy una persona vulgar. No soy un pensador. Sólo soy un hombre de negocios y como tal creo que todo esto es una necedad. No se pueden fabricar hombres iguales y es un maldito negocio pagarles igual, especialmente porque la mayoría de ellos no merecen ni ser pagados. Sea como fuere, debe seguirse el camino práctico, porque es el único para salir con bien. No es culpa nuestra si la naturaleza lo dispuso todo como una lucha.

—Ahora estoy de acuerdo con usted —dijo el profesor de Química hablando con un ceceo que parecía infantil en un hombre tan grueso—. El comunismo pretende ser moderno, pero no lo es. Retrocede a las supersticiones de monjes y tribus primitivas. Un gobierno científico, con una real y ética responsabilidad ante la posteridad, debe seguir siempre el camino de la promisión y del progreso. No nivelándolo y aplanándolo todo para volver al limo otra vez. Socialismo es sentimentalismo, y más peligroso que la pestilencia, porque en éste al menos el adaptado puede sobrevivir. El rector sonrió con tristeza. —Ya sabe usted que nosotros dos no podemos estar de acuerdo en lo que se refiere a diferencias de opinión. ¿No dijo alguien aquí, a propósito de un paseo por el río con un amigo: «No diferimos mucho, excepto en opiniones»? ¿No es éste el lema de la Universidad? Tener cientos de opiniones y no ser un hombre de opinión. Si la gente fracasa aquí es por lo que ellos sean, no por lo que piensen. Tal vez yo soy una reliquia del ochocientos, pero me inclino ante la vieja

herejía sentimental: «Por formas de fe deja que los réprobos fanáticos luchen; no puede estar en el error aquel cuya vida está en lo justo». ¿Qué piensa usted acerca de esto, padre Brown?

Miró con algo de malignidad al sacerdote y quedó débilmente sorprendido. Había encontrado siempre al sacerdote muy alegre, amable y bien dispuesto para charlar: y en su cara redonda brillaba siempre el buen humor. Pero por alguna razón el rostro del clérigo en este momento estaba nublado por un ceño más sombrío que el que ninguno de los comensales había visto nunca en él. Tanto que por un momento aquel vulgar semblante aparecía más oscuro y más siniestro que el rostro feroz de Byles. Un momento después la nube pareció haber pasado; pero el padre Brown habló con sobriedad y firmeza.

—Sin embargo, no creí en eso —dijo brevemente—. ¿Cómo su vida puede estar en lo justo si toda su apreciación de la vida es un error? Ésa es la moderna confusión, que aumenta porque las gentes no saben lo mucho que las apreciaciones de la vida pueden diferir entre sí. Baptistas y metodistas sabían que no diferían mucho en moralidad, pero entonces ellos no diferían mucho en religión y filosofía. Es totalmente distinto cuando se pasa de los baptistas a los anabaptistas o de los teósofos a los thugs. La herejía afecta siempre a la moralidad si es suficientemente herética.

—¡Diablo! —exclamó Byles con una feroz contorsión de su semblante, que muchos creyeron que equivalía a una amistosa sonrisa—. De ahí mi protesta por la existencia en este colegio de una Cátedra de Robo Teórico.

—Bien, están todos ustedes muy preocupados con el comunismo —dijo el rector —. Pero ¿es que realmente hay motivo para estarlo tanto? ¿Es alguna de sus herejías lo bastante grande, realmente, para ser peligrosa?

—Pienso que han crecido tanto —repuso el padre Brown con gravedad— que en algunos círculos se ha dado como admitido. Son actualmente inconscientes. O sea: sin conciencia.

—Y el final de esto —comentó Byles— será la ruina de nuestro país.

—El final será algo peor —añadió el padre Brown.

Una sombra se disparó o se deslizó rápidamente a lo largo de la pared opuesta, tan prontamente seguida por la figura que fue arrojada por ésta de allí. Era una figura alta, pero encorvada, con un vago contorno de ave de presa, acentuado por el hecho de que su pronta aparición y su peso lanzado eran como los de un pájaro saliendo en vuelo de un matorral. Era solamente la figura, de alargadas y altas espaldas, con largos bigotes caídos, en realidad muy familiar a todos ellos. Pero algo del oscurecer, de la luz de una vela, de la veloz y surcada sombra, se enlazaba extrañamente con las inconscientes palabras de mal agüero del sacerdote. Para todos eran como si estas palabras hubiesen sido, en verdad, un augurio en el viejo sentido romano, con el signo del vuelo de un pájaro. Quizá Mr. Byles hubiera podido dar una lección sobre

ese presagio romano y, sobre todo acerca de aquel pájaro de mal agüero. El hombre alto cruzó a lo largo de la pared, como su propia sombra, hasta que llegó a sentarse en la silla vacía, a la diestra del rector, y miró alrededor suyo, hacia el tesorero y hacia los demás, con huecos y cavernosos ojos. Su cabello lacio y sus bigotes eran rubios, pero sus ojos estaban colocados tan profundamente que parecían negros. Todos conocían o podían adivinar quién era el recién llegado, pero se produjo un incidente que aclaró más aún si cabe, esta clara situación. El profesor de Historia Romana se levantó rígido sobre sus pies y salió de la sala, indicando con esta pequeña *finesse* cuáles eran sus sentimientos acerca de estar sentado en la misma mesa con el profesor de Robo Teórico; en otras palabras, el comunista Mr. Craken.

El rector de Mandeville procuró salvar la embarazosa y dificilísima situación con una gracia nerviosa:

—Estaba defendiéndole a usted o algunos de sus aspectos, querido Craken —dijo, sonriendo—, aunque estoy seguro de que usted me encuentra a mí indefendible. Después de todo, no puedo olvidar que los viejos socialistas, amigos míos de juventud, tenían una fina idea de la fraternidad y la camaradería. William Morris la resumió en esta sentencia: «Camaradería es cielo, y la falta de camaradería, infierno».

—Tan señores como los demócratas; eso es lo que son —dijo Mr. Craken, muy cerca de parecer desagradable—. Y es que el difícil caso Hake, ¿va a dedicar la nueva cátedra comercial a la memoria de William Morris?

—Bien —dijo el rector, haciendo todavía un desesperado esfuerzo—. Espero poder decir que en cierto sentido todas nuestras cátedras son cátedras de camaradería.

—Sí; ésa es la versión académica de la máxima de Morris —gruñó Craken—. Camaradería es el cielo y falta de camaradería es el infierno.

—No se enfade tanto, Craken —intervino el tesorero vivamente—. Tome un poco de oporto. Tenby, pase el oporto a Mr. Craken.

—¡Oh!, gracias; tomaré una copa —dijo el profesor comunista un poco malhumorado—. En realidad, vine para fumar en el jardín. Miré por la ventana y vi a sus preciados millonarios que están ahora floreciendo en el jardín; frescos e inocentes pimpollos. Después de todo, hubiera valido la pena haberles dado, entretanto, un poco de la amargura que atenaza mi pobre espíritu.

El rector se levantó al abrigo de su última convencional cordialidad, sintiéndose más que contento de dejar al tesorero arreglándose lo mejor posible con el hombre salvaje. Otros se habían levantado y los grupos empezaron a dispersarse. De este modo el tesorero y Mr. Craken se quedaron casi solos al otro extremo de la mesa. Únicamente el padre Brown continuó sentado, mirando al vacío con una expresión más bien sombría.

—¡Oh!, en cuanto a eso —dijo el tesorero—, yo estoy completamente cansado de ellos; si he de decirle la verdad, estuve con ellos la mayor parte del día viendo unas

cosas y otras, y todo lo referente al asunto del profesorado. Pero, óigame, Craken —dijo, apoyándose en la mesa y hablando con una especie de amable énfasis—, no necesita cortar tan por lo sano acerca del nuevo profesorado. No se inmiscuyen en su cátedra. Usted es el único profesor de Economía Política en Mandeville, y aunque no pretendo estar de acuerdo con sus opiniones, todos saben que usted ha alcanzado una reputación europea. A esta asignatura especial la llamarán Economía Aplicada. Bien, hasta hoy mismo, como ya le dije, tuve que soportar esa Economía Aplicada. En otras palabras, he tenido que hablar de negocios con esos negociantes. ¿Querría hacerlo usted? ¿Desea intervenir? ¿Es que quiere ocuparse usted en ello? ¿No es evidente hasta la suficiencia que se trata de una materia aparte y, por lo tanto, de una cátedra aparte?

—¡Santo Dios! —gritó Craken, con la profunda invocación del ateo—. ¿Cree que yo no quiero aplicar la Economía? Únicamente que cuando nosotros la aplicamos, ustedes la llaman ruina roja y anarquía. En cambio, si son ustedes los que la aplican, es posible que la gente tenga algo que comer. Por esto han tenido necesidad de esos grasientos capitalistas para abrir una nueva cátedra; justamente porque yo he dejado el gato fuera del saco.

—Un gato salvaje, ¿no? —dijo el tesorero sonriendo—; eso es lo que ha dejado usted fuera del saco.

—Más bien es un saco de oro, ¿no? —repuso Craken—, donde quieran meter al gato otra vez.

—Bien, no espero estar de acuerdo con usted —dijo el otro—. Pero esos individuos han salido ya de su capilla en dirección al jardín. Y si quiere fumar allí, lo mejor es que vaya.

Contemplaba con cierta diversión a su compañero, hurgando en todos sus bolsillos en busca de tabaco con que llenar la pipa. Mirándola con aire abstraído, se levantó, y al hacerlo parecía estar fuera de sí otra vez.

Mr. Baker, el tesorero, finalizó la escena con una festiva risa de reconciliación.

—Sí, son ustedes gentes prácticas y volarán la ciudad con dinamita. Sólo que probablemente olvidarán la dinamita, como ha olvidado el tabaco. Déjelo y llénela del mío. ¿Cerillas?

Le tiró la tabaquera y sus accesorios a través de la mesa, los cuales fueron recogidos por Mr. Craken con la destreza propia de un jugador de cricket, aún cuando hubiera adoptado opiniones consideradas generalmente como no formando parte del cricket. Los dos hombres se pusieron de pie a la vez, pero Baker no pudo evitar el decir:

—¿Son ustedes, en realidad, los únicos hombres prácticos? ¿No habría algo que añadir, a propósito de la Economía Aplicada, que recordara el llevar la tabaquera a la vez que la pipa?

Craken le miró con ojos apagados y dijo al fin, después de apurar lentamente el final de la copa:

—Yo creo que el espíritu práctico no acaba ahí. Me permito proponerle que olvide los detalles y aun lo demás. Lo que quiero que comprenda es esto —y devolvió automáticamente la tabaquera a su dueño, mientras sus ojos miraban lejos, inflamados y casi terribles—; porque el interior de nuestro intelecto ha cambiado, porque nosotros tenemos, evidentemente, una nueva idea del derecho, nosotros debemos hacer cosas que ustedes tienen por malas. Y que serán muy prácticas.

—Sí —dijo el padre Brown, saliendo de pronto de su éxtasis—. Esto es exactamente lo que yo pienso.

Miró a Craken con una fría y casi lúgubre sonrisa, diciendo:

—Mr. Craken y yo estamos enteramente de acuerdo.

—Bueno —dijo Baker—. Craken va a fumar una pipa con los plutócratas, pero dudo que sea una pipa de paz.

Se volvió bruscamente y llamó a un viejo criado. Mandeville era uno de los últimos entre los más antiguos colegios y Craken era uno de los más avanzados comunistas, situado más allá del bolchevismo de hoy.

—Esto me hace recordar ahora —decía el tesorero— que si usted no quiere pasar la pipa de la paz, debemos mandarles cigarros a nuestros distinguidos huéspedes. Si son fumadores deben estar deseosos de fumar. Porque han estado husmeando por la capilla desde la hora de comer.

Craken estalló en una risa salvaje y discordante:

—¡Oh!, les llevaré los cigarros —dijo—. Sólo soy un proletario.

Baker, Brown y el criado fueron testigos da que el comunista salió furioso al jardín a enfrentarse con los millonarios, pero no volvió a ser visto ni oído hasta que, como ya se ha relatado, el padre Brown los encontró muertos en sus sillas.

Se convino que el rector y el sacerdote permanecerían guardando la escena de la tragedia, mientras el tesorero, más joven y más rápido en sus movimientos, corría a buscar a los médicos y a la Policía. El padre Brown se acercó a la mesa, en la que uno de los cigarros se había quemado casi todo, menos una o dos pulgadas. El otro había caído de la mano y desapareció a medio apagar sobre el descuidado pavimento. El rector de Mandeville sentóse tembloroso en una silla suficientemente distante, apoyando su calva entre sus manos. Después, levantó la mirada fatigosamente, y, estremecido, quebró la quietud del jardín con una palabra que era una débil expresión de horror.

Existía una cualidad en el padre Brown que podía llamarse algunas veces sangre fría. Siempre pensaba en lo que estaba haciendo y nunca en lo que ya estaba hecho: podía hacer lo más feo, horrible y humillante con la misma calma que un cirujano. Reinaba alguna confusión en su simple entendimiento ante todas esas cosas que

comúnmente se asocian con supersticiones y sentimentalismos. Se sentó en la silla de donde había caído el cadáver, recogió el cigarro que había sido fumado parcialmente, desprendió la ceniza con cuidado, examinó la punta y después se lo puso entre los dientes y lo encendió. Parecía un obsceno y grotesco bufón haciendo mofa de la muerte. Un salvaje sacrificio o idolatría. Pero para el padre Brown aparecía como un hecho evidente por sí mismo que la mejor manera de saber cómo es un cigarro es fumárselo. No aminoraba el miedo del rector de Mandeville el hecho de que un oscuro, pero astuto adivino como era el padre Brown arriesgase su vida…

—No; creo que todo está bien —dijo el sacerdote, dejando el cigarro—. Buenos cigarros sus cigarros. Ni americanos ni alemanes. No creo que haya nada extraño en el cigarro en sí mismo, pero hubieran hecho mejor teniendo cuidado con las cenizas. Estos hombres fueron envenenados de algún modo, con una especie de sustancia que deja el cuerpo rígido rápidamente… A propósito, por aquí se mueve alguien que sabe más de esto que nosotros.

El rector se puso de pie de un curioso e incómodo salto; una larga sombra había caído atravesando el sendero, precediendo a una figura que, aunque pesada, pisaba por lo menos tan blando como una sombra. El profesor Wadham, eminente titular de la cátedra de Química, se había movido siempre tan ligeramente, a pesar de su tamaño y su manera de andar ahora por el jardín era la usual en él. Y cuando se mencionaba la Química parecía haber algo artificiosamente limpio en su apariencia.

El profesor Wadham se enorgullecía de su quietud; alguien diría de su insensibilidad. No movió un cabello de su cabeza alisada y rubia, pero permaneció inclinado mirando a los muertos con un vestigio de algo como indiferente: una larga cara de rana. Entonces, al parecer, estaba más tranquilo que antes, pero en la sombra de su cara, los ojos, por un instante, parecían tenderse hacia fuera telescópicamente semejante a uno de sus propios microscopios.

Había descubierto algo, pero nada dijo.

—No sé por dónde se puede empezar en este asunto —dijo el rector.

—Yo empezaría —repuso el padre Brown— por preguntar dónde han pasado hoy estos dos desgraciados la mayor parte del tiempo.

—Estuvieron revolviéndolo todo en mí laboratorio durante mucho rato —dijo Wadham hablando por primera vez—. Baker viene a menudo a charlar, y esta vez trajo a sus dos patronos a inspeccionar mi departamento. Pero creo que estuvieron en todas partes; verdaderos turistas. Sé que fueron a la capilla y aun al túnel bajo la cripta, donde hay que alumbrarse con candelas…, en vez de digerir su comida como hombres sensatos. Parece que Baker los llevó por toda la casa.

—¿Estaban particularmente interesados en algo de su departamento? —preguntó el sacerdote—. ¿Qué estaba usted haciendo entonces?

El profesor de Química murmuró una fórmula que empezaba con la palabra

sulfato y terminaba con otra que sonaba como silencio, ininteligible para ambos oyentes. Después vagó por el jardín hasta cansarse y se sentó en un banco alejado, al sol, cerrando sus ojos y levantando su largo rostro abstraído.

Al llegar a este punto, por un agudo contraste, cruzó el prado una figura vivaracha que avanzaba tan rápida y tan rectamente como una bala. El padre Brown reconoció los limpios vestidos negros y la sagaz cara de perro del sargento de Policía, al que había conocido en los distritos pobres de la ciudad. Del contingente oficial fue el primero en llegar.

—Atienda —dijo el rector al sacerdote antes de que el médico pudiera oírle—. Necesito saber algo. ¿Querría usted repetir lo que dijo a propósito de ser el comunismo un peligro real que conduce al crimen?

—Sí —contestó el padre Brown, sonriendo amargamente—. Me he enterado de la propagación de algunas maneras e influencias comunistas; y en cierto sentido, esto es un crimen comunista.

—Gracias —repuso el rector—. Ahora debo salir; estaré de vuelta dentro de diez minutos.

El rector había desaparecido bajo uno de los arcos Tudor, justamente en el momento en que el médico de la Policía había llegado a la mesa y reconocía con un gesto alegre al padre Brown. Al oír que debían sentarse todos alrededor de la mesa trágica, el doctor Blake lanzó una mirada agria y dudosa al grueso, calvo y al parecer somnoliento químico, que ocupaba un lejano banco. Estaba perfectamente informado de la identidad del profesor, y conocía también desde algún tiempo su valía. Mientras hacía el examen preliminar de los cadáveres escuchaba en silencio. Naturalmente, parecía más concentrado en el examen de los cuerpos que en la supuesta importancia del doctor, hasta que un detalle lo distrajo de pronto de la observación anatómica.

—¿En qué dijo el profesor que estaba trabajando? —inquirió.

El padre Brown repitió pacientemente la fórmula química que él no entendía.

—¿Qué? —exclamó el doctor Blake. Su voz sonó como un pistoletazo—. ¡Eso es espantoso!

—¿Por qué? ¿Es un veneno? —demandó el padre Brown.

—Porque es una filfa —repitió el doctor Blake—. Es sencillamente una tontería. El profesor es un químico famoso. ¿Por qué un químico famoso dice tonterías deliberadamente?

—Creo conocer la razón —contestó amablemente el padre Brown—. Dice tonterías porque está diciendo mentiras. Oculta algo. Y necesitaba ocultarlo de esos hombres y de sus representados.

El médico levantó los ojos y miró hacia la figura un poco extraña del gran químico. Debía de estar casi dormido; una mariposa del jardín se posó sobre él y parecía convertir su tranquilidad en la de un ídolo de piedra. Los anchos pliegues de

su cara de rana le recordaban al doctor la piel colgante de los rinocerontes.

—Sí —dijo el padre Brown en voz muy baja—. Es un mal hombre.

—¡Dios los maldiga a todos! —gritó el doctor, conmovido de pronto desde sus profundidades—. ¿Quiere usted decir que un gran hombre de ciencia como ése trafica con asesinatos?

—Críticos impertinentes podían quejarse de su tráfico —dijo el sacerdote sosegadamente—. No digo que sienta una inclinación por las gentes que trafican con asesinatos. Pero, concretando más… Estoy seguro de que estos pobres individuos estaban entre sus críticos impenitentes.

—¿Que ellos sorprendieron su secreto y él los ha dejado en silencio? —dijo Blake, ceñudo—. Pero ¿cuál era su secreto? ¿Cómo pudo un hombre asesinar así en gran escala en un lugar como éste?

—Le he contado a usted el secreto —repuso el cura—. Es el secreto de un alma. Es un hombre perverso. ¡Por el amor de Dios! No piense si yo le hablo así es porque él y yo pertenecemos a tradiciones opuestas. Tengo una multitud de amigos científicos, y muchos de ellos son heroicamente desinteresados. Pero siempre puede dar usted con uno que sea un materialista en el sentido de la bestia. Repito que es un hombre malo. Peor que… —y el padre Brown pareció titubear antes de decir una palabra.

—¿Quiere usted decir peor que el comunista? —sugirió el otro.

—No; quise decir peor que el asesino —contestó el padre Brown.

Se estremeció y apenas pudo darse cuenta de que su amigo le estaba mirando.

—Pero ¿usted no quiso antes dar a entender que ese Wadham es el asesino? —preguntó Blake, al fin.

—¡Oh, no! —dijo el padre Brown, más tranquilizado—. El asesino es una persona mucho más simpática y comprensible. Él, al menos, estaba desesperado. Y tenía sus razones para sentirse encolerizado y desesperado.

—Pero ¿es que fue el comunista?

En este mismo momento, lo bastante apropiado por cierto, los oficiales de la Policía llegaron con la noticia de que, al parecer, concluía el caso de la más decisiva y satisfactoria manera. Se habían retrasado en llegar a la escena del crimen por el simple hecho de que habían capturado ya al criminal. Realmente, lo detuvieron en las mismas puertas de la oficina de Policía. Tenían ya razones para sospechar de las actividades de Craken, el comunista, durante algunos desórdenes en la ciudad. Cuando oyeron hablar del delito consideraron prudente arrestarlo, y encontraron que el arresto estaba plenamente justificado. Porque, como el inspector Cook explicaba radiante a las dignidades y doctores en los prados del jardín de Mandeville, tan pronto como el notorio comunista fue registrado se le encontró una caja de cerillas envenenadas.

Al oír el padre Brown la palabra cerillas saltó de su asiento, como si ardiera una debajo de él.

—¡Ah! —gritó, con una especie de resplandor universal—. Ahora todo está claro.

—¿Qué quiere usted decir con que todo está claro? —preguntó el rector de Mandeville, que había vuelto con toda la pompa de su propio oficialismo a encontrar la pompa de los oficiales de la Policía que ocupaban el Colegio como un ejército victorioso—. ¿Que el caso contra Craken está claro?

—Quiero decir que el caso de Craken está aclarado —repuso el padre Brown con firmeza—. El caso contra Craken está listo del todo. ¿Creen ustedes, realmente, que Craken es hombre para ir envenenando a las gentes con cerillas?

—Todo está muy bien —replicó el rector con la turbada expresión que no le había abandonado desde que ocurrió el suceso—. Pero fue usted, usted mismo, el que dijo que los fanáticos con falsos principios podían hacer cosas perversas. Por esta razón fue también usted mismo quien dijo que el comunismo estaba recogiendo su cosecha en todas partes y que los usos comunistas se propagaban. El padre Brown rió como si estuviese verdaderamente avergonzado.

—A fin de cuentas —dijo—, creo que le debo una explicación. Parece que siempre estoy produciendo confusiones con mis chanzas tontas.

—¡Chanzas! —repitió el rector, indignado.

—Bueno —explicó el sacerdote, bajando la cabeza—. Cuando hablé de que los hábitos comunistas se propagaban me refería al que yo había observado dos o tres veces hoy mismo. Es un hábito comunista que no está de ningún modo confinado en los comunistas. Es frecuente el hábito en muchos hombres, especialmente ingleses, de meterse en sus bolsillos las cajas de cerillas sin acordarse de devolverlas. Naturalmente parece una grandísima nonada hablar de ellos. Pero aconteció que por culpa de uno de esos actos se ha cometido el crimen.

—Me parece todo una tremenda insensatez dijo el doctor.

—Bueno, si algún hombre podía olvidarse de devolver las cerillas, puede apostar sus botas a que Craken sería ese hombre. Así, el envenenador que las había preparado se deshizo de ellas dándoselas a Craken, por el sencillo procedimiento de prestárselas y no hacérselas devolver. Realmente, es un procedimiento admirable para librarse de responsabilidades, porque Craken es perfectamente incapaz de recordar de dónde las había sacado. Y cuando las usó, del todo inocente, para encender los cigarros que ofreció a los visitantes, quedó cogido en una trampa manifiesta. Una de esas trampas demasiado manifiestas. Él quedaba así como el temerario y perverso comunista que asesina a dos millonarios.

—Bien, ¿y quién más podía asesinarlos? —gruñó el médico.

—¡Ah! ¿Quién, en realidad? —replicó el sacerdote, y su voz adoptó un acento de mayor gravedad—. Llegamos a otro asunto, se lo confieso. Y esto, permítame que se

lo diga, no es una broma. Dije que las herejías y falsas doctrinas se han convertido en comunes y en asuntos de conversación que todo el mundo usa sin reparar en ellas. ¿Creyó usted que quería decir precisamente comunismo cuando lo nombré? Todo lo contrario. Están asustados como gatos del comunismo, y por eso vigilan a Craken como a un lobo. Claro está que el comunismo es una herejía. Es el capitalismo lo que dan por admitido, o mejor, los vicios del capitalismo disfrazado de darwinismo muerto. ¿Se retractan de lo que estaban diciendo en la Sala de Reuniones acerca de si la vida es una lucha, si la naturaleza impone a los mejor preparados, y como no tiene importancia el que los pobres sean o no pagados con justicia? Porque aquélla es la herejía a que se han acostumbrado, amigos míos, y es en todo tan herética como el comunismo. Es la anticristiana moralidad, la inmoralidad que aceptan como la cosa más natural del mundo. Y ésta es la inmoralidad que ha llevado a un hombre a cometer un crimen.

—¿A qué hombre? —gritó el rector, y su voz se rompió bruscamente.

—Aproximémonos a ello por otro camino —dijo el clérigo, plácidamente—. Todos hablan como si Craken hubiera huido, pero él no huyó. Cuando los dos hombres se abatieron, corrió a la calle, llamó al médico a través de su ventana y, rápido, se dirigió en busca de la Policía. Así fue como lo arrestaron. Pero ¿no le choca, ahora que caigo en ello, que Mr. Baker, el tesorero, haga buen rato que esté buscando a la Policía?

—¿Qué es lo que está haciendo, si no? —preguntó el rector.

—Me imagino que destruyendo papeles, o registrando las habitaciones de estos dos señores por si nos hubieran dejado alguna carta. O tal vez tenga algo que hacer con nuestro amigo Wadham. ¿Por dónde anda? La cosa es muy simple y, a la vez, parece una pesada broma. Mr. Wadham está haciendo experimentos con venenos para la próxima guerra, y algo ha logrado: el vapor de una llama que produce la rigidez y mata. Evidentemente, él no tiene nada que ver con el asesinato de estos dos hombres. Él ocultaba su secreto químico por una sencilla razón. Uno de ellos era un yanqui puritano y el otro un judío cosmopolita, y ambos tipos suelen ser pacifistas fanáticos. Le hubieran objetado que estaba planeando un crimen, y hasta denegar toda ayuda al Colegio. Pero Baker era amigo de Wadham, y fue una cosa muy fácil para él impregnar las cerillas con la nueva sustancia.

Otra particularidad del pequeño clérigo era que su pensamiento fuese de una sola pieza y al mismo tiempo el realizador inconsciente de muchas incongruencias. Podía cambiar el tono de su peroración desde algo completamente público a algo enteramente privado, sin ninguna dificultad particular. En esta ocasión obligó a la mayor parte de los reunidos a mirarse con cierta sorpresa. Se dirigía a una persona cuando realmente estaba hablando a diez, indiferente del todo al hecho de que uno solo era el que podía tener noción de lo que estaba diciendo.

—Siento, doctor, que le haya desorientado con esta pobre digresión metafísica sobre el nombre del pecado —dijo disculpándose—. Realmente, no tenía nada que ver con el crimen, pero la verdad es que ya me había olvidado de todo lo referente a él. Todo lo había olvidado menos una especie de visión de aquel individuo con su ancha e inhumana cara, agazapado entre las flores, como un ciego monstruo de la Edad de Piedra. Y pensé que algunos hombres son monstruos semejantes a hombres de piedra; ¡pero era todo tan poco concluyente! Siendo malo por dentro, tiene poco que ver con el cometer crímenes por fuera. Los peores criminales no han cometido crimen alguno. El punto práctico es: ¿por qué el criminal cometió este crimen? ¿Por qué el tesorero quería matar a estos dos hombres? Esto es algo que nos concierne a nosotros ahora. La respuesta es la misma respuesta a la pregunta que he hecho dos veces. ¿Dónde estuvieron estos hombres la mayor parte del tiempo, aparte de meter sus narices en capillas y laboratorios? Por el propio informe del tesorero, estuvieron tratando de negocios con él. Ahora, con todo el respeto a los difuntos, yo no me arrodillaría ante la inteligencia de estos dos financieros. Sus puntos de vista en economía eran paganos y pusilánimes, de un pacifismo de fanáticos. Como catadores de oporto eran aún más deplorables. Pero en una cosa entendían; esto es, en negocios. Y necesitaron muy poco tiempo para descubrir que el hombre de negocios encargado de administrar los fondos de este colegio era un estafador. O mejor dicho, un verdadero seguidor de la doctrina de la ilimitada lucha por la vida y la supervivencia de los más aptos.

—¿Quiere usted decir que iban a denunciarle y que él los asesinó antes de que hablaran? —preguntó el doctor con el mismo ceño de antes—. Hay un gran número de detalles que no entiendo.

—Existen algunos de ellos sobre los que no estoy muy seguro —dijo el sacerdote, con franqueza—. Sospecho que todo ese embrollo de las candelas en los subterráneos fue algo para sustraer las cerillas a los millonarios o quizá para estar seguro de que no las llevaban. Pero de lo que sí estoy seguro es del más importante gesto, alegre y descuidado: el gesto de Baker dándole las cerillas a Craken. Aquel gesto fue un gesto de muerte.

—Hay una cosa que no comprendo —dijo el inspector—. ¿Cómo sabía Baker que Craken no encendería su cigarro entonces, y allí mismo, en la mesa, convirtiéndose por ese acto, tan simple, en un indeseable cadáver?

La expresión del rostro del padre Brown se tornó dura, y su voz tenía un triste, aunque generoso ardor.

—Bueno, cuélguelo todo —exclamó—; él era sólo un ateo.

—Me temo que no le haya entendido —dijo el inspector, correctamente.

—Él sólo quería abolir a Dios —explicó el padre Brown en tono templado y razonable—. Sólo quería destruir los Diez Mandamientos y desarraigar la religión y

la civilización que le había formado a él, barriendo todo lo que es el sentir común acerca de la propiedad y de la honradez; dejar que su cultura y su patria fueran arrasadas por salvajes venidos de los confines de la tierra. Esto es lo que quería. Y no tienen ustedes derecho a acusarle de otras cosas más allá de esto. ¡Cuélguelo todo! Pero todo el mundo traza una línea en cualquier parte, de la que no se pasa. Y usted viene a sugerir que un hombre de Mandeville, perteneciente a la vieja generación (porque Craken es de la vieja generación, no importa cuáles fueran sus opiniones), hubiese empezado a fumar, o aun a frotar una cerilla, mientras estaba todavía bebiendo el oporto del colegio, de la cosecha de 1908. No…, no; los hombres no carecen tan por completo de leyes y límites. Yo estaba allí… y le vi. ¡No había terminado su vino y usted me pregunta por qué no fumaba! Una pregunta tan anárquica hubiese hecho bambolear los arcos de Mandeville College… Gracioso lugar Mandeville College… Gracioso lugar Oxford… Gracioso lugar Inglaterra.

—Pero ¿usted no tiene nada que ver con Oxford? —preguntó el médico, con curiosidad.

—Tengo que ver con Inglaterra —repuso el padre Brown—. He nacido en ella. Y la cosa más graciosa de todas es que aunque se la ame y se pertenezca a ella, todavía no puede uno jugársela a cara o cruz.

La punta del alfiler

El padre Brown dijo siempre que había resuelto este problema durante sus horas de sueño. Y esto era verdad, aunque de un modo más bien extraño. Porque ocurrió en horas en que su sueño fue turbado. Diariamente era turbado muy temprano, al empezar el martilleo en el enorme edificio, o semiedificio, que estaba en construcción frente a sus habitaciones, un colosal montón de pisos, muchos de ellos todavía cubiertos con andamios y con cartelones que anunciaban a los señores Swindon y Sand como constructores y propietarios. El martilleo se renovaba a intervalos regulares, y era fácilmente reconocible, porque los señores Swindon y Sand estaban especializados en cierto nuevo sistema de pavimentos de cemento, el cual, a despecho de sus subsiguientes trabazón, solidez, impenetrabilidad y permanente confort (como lo describían en los anuncios), tenía que ser encajado en ciertos puntos con la ayuda de pesadas herramientas. El padre Brown se esforzaba, sin embargo, en extraer de ello una exigua comodidad, diciendo que le despertaban siempre a tiempo para su misa y que tenía algo de la naturaleza del carillón. «Después de todo, se decía, es por lo menos tan poético que a los cristianos les despierten los martillazos como las campanas…» En realidad, los trabajos de aquel edificio le alteraban un poco los nervios, pero por otra razón: porque existía suspendida como una nube, sobre el semivacío rascacielos, la posibilidad de una crisis de trabajo que los periódicos insistían en presentar como una huelga. A decir verdad, si llegaba a ocurrir, sería un *lockout*. Pero lo que le preocupaba era lo que pudiese ocurrir. Y se podía preguntar si el martilleo era un canto acorde, porque podía continuar para siempre o porque podía pararse en un minuto.

—Como una sencilla muestra de imaginación y de buen gusto —dijo el padre Brown, mirando hacia lo alto del edificio con sus lentes de búho—, yo más bien preferiría que se parase. Desearía que todas las edificaciones se pararan cuando todavía tienen sus andamios puestos. Da pena que las casas lleguen a acabarse. Aparecen tan frescas y prometedoras su afiligranada decoración a medio acabar, sus maderas luminosas y brillantes al sol… Los hombres suelen, a menudo, terminar una casa para convertirla en una tumba.

Cuando se alejaba del objeto de su meditación estuvo a punto de chocar contra un hombre que había cruzado la calle, como un dardo, en dirección a él. Era un hombre a quien conocía ligeramente, pero lo suficiente para mirarlo (en aquellas circunstancias) como algo parecido a un pájaro de mal agüero. Mr. Mastyk era un hombre con una cabeza cuadrada que apenas si parecía europea, y que vestía con una recargada elegancia quizá demasiado europea. El padre Brown lo había visto últimamente hablando con el joven Sand, de la firma constructora, y no le gustó. Este hombre, Mastyk, era el jefe de una organización nueva en la política industrial

inglesa, producida por los extremistas de los dos extremismos. Un significado ejército de contrarios a la Unión y de trabajadores forasteros alquilados por cuadrillas a varias empresas. Y él estaba tanteando, visiblemente, con la esperanza de alquilárselos a aquélla. En resumen, planeando un modo de maniobrar desde fuera las Trade Unions e inundar los trabajos de *blacklegs*.

El padre Brown se había sumergido en algunos debates, siendo, en cierto sentido, considerado por ambos extremos. Mientras los capitalistas declaraban que, según su positivo conocimiento, se trataba de un bolchevique, y los bolcheviques testimoniaban todos que era un reaccionario rígidamente afecto a las ideologías *bourgeois*, él podía haber contestado que hablaba con cierta cantidad de buen sentido sin causar ningún efecto apreciable en los demás. Las noticias traídas por Mr. Mastyk estaban calculadas para empujar a cualquiera fuera de su ordinaria ruta de discusión.

—Requieren su presencia allá arriba en seguida —dijo Mr. Mastyk con tosco acento inglés—; tenemos un candidato asesino.

El padre Brown siguió a su guía en silencio, subiendo por escaleras y escalas de mano hasta una plataforma del inacabado edificio, en la cual estaban agrupadas las figuras más o menos conocidas de la dirección de la empresa de construcción.

Estaban incluidas aquellas que lo habían sido alguna vez, aunque la cabeza de la empresa hubiera estado durante algún tiempo en las nubes. Era, al fin, una cabeza con una corona que ante los humanos aparecía como envuelta en una nube. Lord Stanes no sólo se había retirado de los negocios, sino que había sido atrapado por la Cámara de los Lores, desapareciendo. Sus raras reapariciones eran lánguidas y algo asombrosas. Pero ésta, en conjunción con Mastyk, no parecía una de las menos amenazadoras. Lord Stanes era un hombre flaco, de cabeza alargada, ojos cavernosos, con el cabello ralo, rubio, declinando hacia la calvicie, y la más evasiva persona que jamás había conocido el sacerdote. No tenía rival en el manejo del talento de Oxford, que consiste en decir: «No dudo que está usted en lo justo», lo que también suena a: «No dudo que usted cree que está en lo justo», o, «Usted cree», lo que implica la amarga adición: «Usted quisiera». Pero el padre Brown se imaginó que el hombre no estaba sencillamente molesto, sino también débilmente amargado, como si hubiera bajado del Olimpo para inspeccionar aquellas riñas de trabajo, o meramente por no poder fiscalizarlas por más tiempo. Lo que fuese, era cosa difícil de adivinar.

En conjunto, el padre Brown casi prefería el grupo de empresarios más *bourgeois*, Sir Hubert Sand y su sobrino Henry, aunque particularmente dudaba de si tenían alguna ideología. La verdad era que Sir Hubert Sand había obtenido una considerable celebridad en los periódicos como un entusiasta del deporte y como patriota en muchos momentos críticos durante y después de la Gran Guerra. Había ganado notables distinciones para un hombre de sus años, y después había sido presentado como un triunfante capitán de industria, salvando dificultades con los obreros de

municiones. Se le llamaba el Hombre Fuerte, pero no era culpa suya, Era, en realidad, un inglés grave y vigoroso, un gran nadador, un buen caballero y un admirable aficionado al papel de coronel. Verdaderamente, algo que sólo puede llamarse compostura militar penetraba su apariencia. Había engordado, pero conservaba sus espaldas rectas. Su cabello rizado y su bigote eran aún morenos, mientras que el color de su rostro aparecía como marchito. Su sobrino tenía una vigorosa juventud de emprendedor o más bien del atleta, ajustada a una cabeza pequeña que se combaba hacia delante, apoyada sobre un grueso cuello, como si embistiera las cosas con ella; una apariencia que hacían perniciosos y pueriles los anteojos que se balanceaban en su pendenciera nariz roma.

El padre Brown había contemplado estas cosas antes, y en este momento todos contemplaban algo enteramente nuevo. En el centro del enmaderamiento de la ensambladura estaba clavado un trozo de papel en el cual habían garrapateado algo con mayúsculas informes y maltrechas, como si el escribiente fuera un medio analfabeto o afectara serlo. El escrito decía: «El consejo de los trabajadores advierte a Hubert Sand que en el caso de bajar los jornales o despedir a los trabajadores tendrá que atenerse a las consecuencias. Si mañana vuelven a aparecer estas noticias, morirá por la justicia del pueblo».

Lord Stanes, abandonando el examen del papel, miró a su consocio y dijo con una entonación algo curiosa:

—Bueno, es a usted a quien quieren matar. A mí no me consideran bastante notable para asesinarme.

Uno de esos eléctricos golpes de imaginación que a veces sacudían el cerebro del padre Brown de una manera casi imperceptible se disparó en aquel preciso instante. Tuvo la extraña idea de que el hombre que hablaba no podía ser asesinado porque ya estaba muerto. Era —lo admitía alegremente— una perfecta idea sin sentido. Pero había algo que siempre surgía en su imaginación a propósito de la fría y desencantada indiferencia del consocio noble, de su color cadavérico y de sus inhospitalarios ojos. «Este sujeto —pensaba con la misma malignidad— tiene ojos verdes y parece como si también tuviera sangre verde.»

Ahora bien, lo que sí era cierto es que Sir Hubert Sand no tenía sangre verde. Su sangre era bastante roja en todos sentidos; le subía a las mejillas resecas y fatigadas con la ardorosa plenitud de vida propia de la natural e inocente indignación de las personas bien nacidas.

—En toda mi vida —dijo con voz fuerte y vibrante— no me habían dicho o hecho una cosa semejante. Puedo haber disentido…

—No podemos ninguno de nosotros estar en desacuerdo a propósito de esto —interrumpió su sobrino, impetuoso—. He intentado entenderme con ellos, pero esto es demasiado.

—¿No piensa usted que, realmente —empezó el padre Brown—, sus obreros…?

—Digo que debemos haber disentido —dijo el viejo Sand todavía un poco trémulo—. Dios sabe que nunca me agradó la idea de amenazar a los obreros ingleses con rebajar los jornales…

—A ninguno de nosotros nos gusta —dijo el joven—, pero si yo le conozco a usted, tío, esto ya está decidido.

Después de una pausa, añadió:

—Supongo que, como usted dice, no estamos de acuerdo en los detalles, pero en cuanto a la política real…

—Mi querido amigo —dijo el tío, amablemente—, espero que no habrá nunca un verdadero desacuerdo.

De lo cual, quienquiera que conozca la nación inglesa debe deducir rectamente que había existido un considerable desacuerdo. Verdaderamente, el tío y el sobrino se diferenciaban, por lo menos, tanto como un inglés y un americano. El tío tenía el ideal inglés de quedar en la parte de fuera de los negocios y establecer una especie de coartada, viviendo como un señor del campo. El sobrino tenía el ideal americano de quedar en la parte de dentro de los negocios, dentro de cada mecanismo, como un mecánico. Y, efectivamente, había trabajado en la mayor parte de los mecanismos y le eran familiares la casi totalidad de los procesos y trucos del trabajo. Y era, además, americano en el hecho de que, como empleado, mantenía a sus hombres por encima de lo usual, pero de cierta vaga manera, como un igual, o al menos, con el orgullo de mostrarse a sí mismo como un obrero. Por esta razón había aparecido con frecuencia casi como un representante de aquéllos en asuntos técnicos en los cuales estaba a cientos de miles de la popular eminencia de su tío en política o deporte. El recuerdo de aquellas ocasiones, cuando el joven Henry había salido, prácticamente en mangas de camisa a demandar alguna concesión en las condiciones de trabajo, concedía una fuerza peculiar y hasta violenta a esta reacción actual en sentido opuesto.

—Esta vez se han despedido ellos mismos —gritó—. Después de una amenaza como ésta, la única cosa que se puede hacer es desafiarlos. No queda más que echarlos a todos ahora, al instante, en el acto. De otra manera, seríamos el hazmerreír de todo el mundo.

El viejo Sand mostró el mismo enojo que su sobrino, pero habló más despacio:

—Seré muy criticado…

—¿Criticado? —dijo el joven con aspereza—. ¿Criticado si desafía una amenaza de muerte? ¿Tiene usted idea de cómo sería criticado si no la desafía? ¡Cómo le divertirían los grandes titulares: «Gran capitalista aterrorizado», «Empresario amenazado de asesinato»!

—Particularmente —dijo Lord Stanes, con cierta displicencia en el tono—, cuando se ha visto ya en tantos titulares frases como «El hombre fuerte de la

edificación en acero…»

Sand había enrojecido otra vez y su voz brotó gruesa y enronquecida de debajo de su grueso mostacho:

—Naturalmente, en esto tienen ustedes razón. Si esos brutos creen que tengo miedo…

En este punto la conversación fue interrumpida; un esbelto joven fue hacia ellos rápidamente. La más notable cosa acerca de él era que se trataba de uno de esos hombres de quien éstos, y a menudo las mujeres también, piensan que justamente es demasiado bien parecido para parecer bien. Tenía un hermoso cabello negro rizado y un sedoso bigote. Hablaba como un caballero, pero con acento demasiado refinado y exactamente modulado. El padre Brown lo reconoció en seguida como Rupert Rae, el secretario de Sir Hubert, y a quien había visto bufoneando en casa de Sir Hubert. Pero nunca con tanta impaciencia en sus movimientos o con tales arrugas en su frente.

—Perdone, señor —dijo a su amo—. Pero hay un hombre rondando por arriba. Hice todo lo posible para librarme de él. Trae sólo una carta que insiste en dársela a usted personalmente.

—¿Significa esto que fue primero a mi casa? —dijo Sand, mirándole—. Supongo que usted estuvo allí toda la mañana.

—Sí, señor —repuso Mr. Rupert Rae.

Hubo un corto silencio, y después Sir Hubert Sand insinuó lacónicamente que sería mejor que hiciesen acudir al hombre de la carta; y el hombre apareció.

Nadie, ni aun la más fastidiosa dama, hubiera dicho que el recién llegado parecía demasiado bello. Tenía las orejas muy largas y una cara como una rana. Quedóse mirando a Sir Hubert con vidriosa fijeza, la cual el padre Brown atribuyó a que podía tener un ojo de cristal. De hecho, su fantasía le hubiera equipado con un par de ojos de cristal, tan cristalinos como los de un estornino. No otra cosa parecían los de aquel hombre contemplando a los reunidos. Pero la experiencia del sacerdote, tan distinta a su fantasía, era capaz de sugerir diversas causas a su irreal mirada de figura de cera; una de ellas era el abuso del divino don del licor fermentado. El hombre era pequeño y mezquino, y llevaba un sombrero hongo en una mano y una carta cerrada en la otra.

Sir Hubert Sand lo miró, y después dijo con bastante tranquilidad, pero con voz que parecía extrañamente débil dada la plenitud y corpulencia de su persona.

—¡Oh…! Es usted.

Alargó la mano hacia la carta, y entonces miró a su alrededor, como excusándose antes de abrirla y leerla. Cuando la hubo leído la guardó en su bolsillo interior, y dijo precipitadamente y con cierta aspereza: Bien, creo que este asunto está terminado, como tú dices. No son posibles más negociaciones; no podemos pagar los salarios que piden. Pero necesitaré verte otra vez, Henry, para arreglar las cosas en general.

—Está bien —dijo Henry un poco descontento quizá, como si hubiera preferido

arreglarlas por sí mismo—. Estaré en el número 188 después del almuerzo. Hace falta saber hasta donde han llegado allí.

El hombre del ojo del cristal, si era un ojo de cristal, se fue renqueando con cierta rigidez, y el ojo del padre Brown, que no era un ojo de cristal precisamente, lo siguió atentamente a través de las escaleras de mano hasta que desapareció en la calle.

Fue a la mañana siguiente cuando el padre Brown hizo la desusada experiencia de quedarse dormido, o por lo menos de despertarse con la subjetiva convicción de que debía de ser tarde. Esto era en parte debido a que recordaba, como un hombre puede recordar un sueño, el hecho de haber estado medio despierto a una hora usual y haberse dormido otra vez; un acontecimiento lo bastante común para muchos de nosotros, pero nada común para el padre Brown. Y después quedó extrañamente convencido gracias a aquel lado místico suyo con el cual salía normalmente de este mundo, que en el alejado y oscuro islote del país de los sueños, entre uno y otro despertar, allí estaba, como un tesoro enterrado, la verdad de esta historia.

Así es que saltó de la cama con prontitud, se enlutó en sus vestidos, asió su nudoso paraguas y se lanzó a la calle, donde la lívida mañana se abría, como el hielo al henderse, más allá del gigantesco edificio oscuro que tenía enfrente. Quedó sorprendido al encontrar la calle casi vacía bajo la fría luz cristalina; cada aspecto de ella le decía que difícilmente podía ser tan tarde como había temido. Pero pronto la quietud fue quebrada por el rápido paso de un automóvil gris que se detuvo delante del edificio desierto. Lord Stanes se abrió él mismo la portezuela desde el interior y se acercó a la puerta llevando dos maletas. En el mismo momento se abrió la puerta y pareció que alguien esperaba dentro en vez de esperar fuera, en la calle, Stanes llamó dos veces al hombre del interior antes de que aquella persona apareciese en el umbral. Después, mantuvieron los dos un breve coloquio, terminando el aristócrata por llevarse las maletas arriba, y el otro, saliendo a la luz del día, reveló las fuertes espaldas y la cabeza vencida hacia delante del joven Henry Sand.

El padre Brown no pensó más en este extraordinario encuentro hasta que dos días después el joven llegó en su coche y rogó al sacerdote que subiese a él.

—Ha sucedido algo horrible —dijo—; he preferido contárselo a usted antes que a Lord Stanes. Usted sabe que Stanes vino el otro día con la insensata idea de acampar en uno de los pisos recién acabados. Por eso tuve que ir temprano por la mañana para abrirle la puerta. Pero todo esto es otra cuestión. Necesito que suba a casa de mi tío en seguida.

—¿Está enfermo? —inquirió el sacerdote.

—Creo que está muerto —contestó el sobrino.

—¿Qué quiere decir con esto de que cree que está muerto? —preguntó el padre Brown vivamente—. ¿Ha llamado al médico?

—No —contestó el otro—. No tengo ni médico ni paciente… No sirve de nada

llamar al médico para examinar el cadáver, porque el cadáver se ha ido… Pero me figuro que sé adonde; la verdad es que hemos ocultado el hecho durante dos días…, pero ha desaparecido.

—¿No sería mejor —dijo el padre Brown suavemente— que me contara desde el principio lo que en realidad ha sucedido?

—Sé —contestó Henry Sand— que es una infernal desvergüenza hablar con tanta locuacidad acerca del pobre hombre, pero la gente hace esto cuando está… No soy a propósito para ocultar cosas; para decirlo en una palabra…, no quiero prolongarlo más tiempo. Es lo que la gente llamaría disparar al aire, arrojando sospechas al azar, pero creo que mi tío se ha suicidado.

Durante todo este tiempo cruzaron en automóvil las últimas alineaciones de la ciudad, las primeras franjas de bosques y después el parque; las puertas de la cerca del pequeño dominio de Sir Hubert Sand estaban alrededor de media milla más lejos, en medio de la espesa arboleda. Este dominio consistía, principalmente, en un pequeño parque y un amplio jardín ornamental, el cual descendía en terrazas, de una cierta pompa clásica, hasta la misma orilla del principal río del distrito. Así que llegaron a la casa, Henry condujo al sacerdote apresuradamente a través de las antiguas salas georgianas para salir al otro lado de la misma, desde donde descendieron en silencio, la pendiente, más bien una escalonada pendiente, con terraplenes de flores, desde la cual se podía ver el pálido río extenderse ante ellos tan llano como si fuera a vista de pájaro. Estaban justamente doblando una curva del sendero, bajo una enorme urna clásica con una guirnalda de geranios, un tanto incongruentes, cuando el padre Brown vio moverse algo entre la maleza y los esbeltos árboles, al pie de la cuesta, con la rapidez de pájaros asustados.

En la maraña formada por aquellos árboles junto al río dos figuras parecían separarse o dispersarse; una de ellas se deslizó ligera en la sombra, y la otra vino hacia ellos. Quedaron en un quieto y brusco silencio casi inexplicable. Después, Henry Sand dijo, con la voz grave de costumbre:

—Creo que ya conoce al padre Brown…, Lady Sand.

El padre Brown la conocía, pero en aquel momento casi pudo haber dicho que no la conocía. La palidez y la contrición de su rostro eran como una máscara de tragedia; indudablemente mucho más joven que su marido, en aquel instante parecía mucho más vieja que cualquier cosa de aquel viejo caserón. Y el sacerdote recordaba, con un estremecimiento inconsciente, que era, en realidad, más vieja en tipo y linaje. Y la verdadera propietaria de aquel lugar. Su familia lo poseía como aristócratas empobrecidos antes de que ella hubiera restaurado su fortuna casándose con un próspero hombre de negocios. De este modo permaneció allí, como si hubiese sido un retrato de familia o un espíritu familiar. Su cara pálida era puntiaguda y ovalada, como la que se ve en algunos retratos de María, reina de Escocia, y su expresión

pareció haber excedido la natural anormalidad de la situación, en la cual su esposo había desaparecido bajo la sospecha de un suicidio. El padre Brown, con la misma subconsciente agitación de espíritu, se preguntaba con quién habría estado hablando la dama entre los árboles.

—Le supongo enterado de estas horribles noticias —dijo con desasosiego—. ¡Pobre Hubert! Toda esa persecución revolucionaria lo debió abatir hasta el punto de enloquecerlo y quitarle la vida. No sé si usted puede hacer algo, ni si a esos horribles bolcheviques puede hacérseles responsables de haberlo obligado a darse muerte.

—Estoy terriblemente afligido, Lady Sand —dijo el padre Brown—. Y aun debo confesarle que un poco desconcertado. Usted habla de persecución; ¿cree usted que alguien pudo inducirle a darse muerte sólo con fijar un papel en la pared?

—Me imagino —dijo la dama, con gesto sombrío— que había otras persecuciones además del papel.

—Esto muestra los errores que uno comete —dijo tristemente el sacerdote—. Nunca me hubiese imaginado que él fuera tan poco lógico como para quitarse la vida queriendo evitar la muerte.

—Ya sé —contestó ella, mirándolo gravemente—. Nunca lo hubiera creído tampoco si no lo hubiera escrito con su propia mano.

—¿Qué? —gritó el padre Brown, dando un pequeño salto, como el de un conejo al que se le ha disparado.

—Sí —dijo Lady Sand con calma—. Dejó una carta confesando que se suicidaba; así es que me temo que no haya duda acerca de esto.

Una figura había cruzado su campo visual. Una figura alta y oscura que se deslizó de un grupo de árboles a otro, como si siguiera los pasos de la desaparecida dama. No dudó de que era el compañero del cual se había separado aquélla últimamente. Y pensó que debía de ser el secretario del muerto, Mr. Rupert Rae.

—Claro está que tuvo que haber una segunda intención al dejar el mensaje —dijo el padre Brown sin levantar la vista, examinando el rojo y dorado vestido—. Todos hemos oído hablar de mensajes de amor escritos en los árboles; y supongo que habrá mensajes de muerte escritos también en los árboles.

—No debía de tener nada en los bolsillos de la bata, supongo —afirmó el joven Sand—. Y un hombre, naturalmente, ha de grabar sus mensajes en un árbol si no tiene pluma, tinta o papel.

—Parece un ejercicio de francés —repuso el sacerdote tristemente—. Pero no pensaba en eso ahora.

Después de un silencio dijo con voz más bien alterada:

—A decir verdad, estaba pensando que un hombre que tenga montones de plumas, litros de tinta y resmas de papel ha de grabar, forzosamente, su mensaje en un árbol.

Henry lo miró con aire asustado, con los anteojos torcidos sobre su roma nariz.

—Y, ¿qué es lo que quiere decirme con eso? —preguntó, agriamente.

—Pues bien —dijo el padre Brown, lentamente—. No quiero decir precisamente que el cartero lleve las cartas en forma de leños o que usted mande unas líneas a un amigo pegando un sello en un piano. Debió de existir una situación especial, o mejor, debió de haber una persona que prefería, en realidad, este medio arbóreo de correspondencia. Pero dadas la situación y la persona, repito lo que he dicho. Él escribiría en un árbol, aunque, como dice la canción, toda la tierra fuera papel y todo el mar fuera tinta, aunque este río rebosara de tinta inacabable y estas arboledas fueran bosques de plumas de ganso o estilográficas.

Era evidente que Sand percibió que algo se escurría por debajo de la fantástica imaginación del clérigo; ya porque lo encontrara incomprensible, ya porque empezara a comprenderle.

—Vea usted —dijo el padre Brown, volviendo la bata del revés con lentitud mientras hablaba—, no se puede esperar que un hombre escriba con su mejor buena letra cuando araña un árbol. Y si el hombre no era el hombre… Creo que me explico con claridad… ¡Hola!

Estaba mirando la bata roja, y por un momento pareció como si algo rojo hubiese pasado a sus dedos mordiéndoles; los rostros de ambos palidecieron ligeramente.

—Sangre —dijo el padre Brown.

Durante un instante reinó un silencio profundo; sólo se oían los melodiosos ruidos del río.

Henry Sand despejó su garganta y sus narices con ruidos que no tenían nada de melodiosos. Después dijo, con voz ronca.

—¿Sangre de quién?

—¡Oh, mía! —dijo el padre Brown, y no sonrió.

Un momento después dijo:

—Había un alfiler en esta bata y me he pinchado. Pero no creo que haya usted apreciado la punta…, la punta del alfiler como yo.

Y chupó su dedo como un niño.

—Vea usted —dijo después de otro silencio—; la bata estaba plegada y prendidos los pliegues con un alfiler; nadie podía desplegarla sin arañarse. Hablando claro. Hubert Sand nunca llevó puesta esta bata. Como tampoco escribió en el árbol ni pudo ahogarse en el río.

Los anteojos colocados sobre la interrogadora nariz de Henry saltaron de ella y él se quedó perplejo y rígido de sorpresa.

—Lo cual nos lleva a estudiar de nuevo —continuó el padre Brown animadamente— la marcada afición que cierta persona siente por escribir su correspondencia privada en los árboles, como Hiawatha y sus escrituras con figuras.

Sand, dondequiera que se encontrase, dispuso de algún tiempo antes de ahogarse. ¿Por qué no dejó una nota a su esposa como un hombre cuerdo? O diremos: ¿Por qué el otro individuo no dejó una nota para la esposa, como un hombre cuerdo? Porque hubiera tenido que imitar la letra del marido, una astucia por la cual los expertos sienten tanta curiosidad. Pero no puede esperarse que nadie imite ni aún su propia escritura, y no hablemos de la de otro cualquiera, cuando graba letras mayúsculas en la corteza de un árbol. Esto no es un suicidio, Mr. Sand. Es otra cosa muy distinta: es un asesinato.

Los helechos y las matas moviéronse, crujiendo, cuando el joven salió de ellos como un leviatán amenazador, con su grueso cuello hacia delante.

—No soy hombre para ocultar las cosas —dijo—. Yo medio llegué a sospechar algo así; lo esperaba, usted perdone, hacía mucho tiempo. Si he de serle franco, apenas podía mostrarme civil con ese sujeto… en realidad, con ninguno de los dos.

—¿Qué quiere usted decir en concreto? —preguntó el sacerdote, mirándolo de lleno a la cara.

—Quiero decir —dijo Henry Sand— que usted me ha mostrado el asesinato, y creo que yo podré mostrarle a los asesinos.

El padre Brown se mantuvo en silencio mientras el otro continuaba atropelladamente.

—Dijo usted que las gentes suelen escribir mensajes de amor en los árboles. En efecto, hay algunos en estos árboles; hay dos clases de monogramas entrelazados allí bajo las hojas… Supongo que ya sabe que Lady Sand era la heredera de esta casa antes de casarse, y ya por aquel tiempo conocía a ese maldito petimetre de secretario. Presumo que solían encontrarse aquí y escribir sus juramentos sobre esos árboles novelescos. Más tarde parece que usaron estos mismos árboles para otros propósitos. Sentimentales, no hay duda, o económicos.

—Deben de ser una gente atroz —dijo el padre Brown.

—¿No han existido gentes perversas en la historia de los sucesos policíacos? —preguntó Sand, algo excitado—. ¿No han existido amantes que han hecho del amor algo más horrible que el odio? ¿No recuerda a Bothwell y todas las sangrientas leyendas de aquellos amores?

—Conozco la leyenda de Bothwell —contestó el sacerdote—, y sé también que es una completa leyenda. Pero, en verdad, que los maridos han sido algunas veces suprimidos de un modo parecido. A propósito, ¿dónde ha sido suprimido? Quiero decir, ¿dónde han escondido el cadáver?

—Supongo que lo ahogaron o lo arrojaron al agua después de muerto —replicó el joven, con impaciencia.

El padre Brown pestañeó, pensativo, y después dijo con firmeza:

—Un río es un buen sitio para ocultar un cadáver imaginario: Es un mal sitio para

ocultarlo siendo real. Quiero decir que es fácil decir que se ha arrojado a él porque debe ser arrastrado hacia el mar. Pero si realmente se arrojó al río, sólo una vez de cada ciento sucede eso; la probabilidad de ser arrojado a la orilla en cualquier punto es enorme. Creo que deben de haber tenido algún modo mejor de esconder el cadáver o éste hubiera sido encontrado ya. Y si hubiesen aparecido señales de violencia…

—¡Oh! Molestarse en esconder el cadáver —dijo Henry, con irritación—; ¿no tenemos testimonio suficiente con lo escrito en ese endiablado árbol?

—El cuerpo es el principal testimonio de todo asesinato —respondió el otro—. De cada diez veces, nueve el problema práctico por resolver es ocultar el cadáver.

Hubo un silencio. El padre Brown continuó dándole vueltas a la bata roja, y la extendió sobre el brillante césped de la soleada orilla. No levantó la vista. Pero hacía tiempo que tenía tal conciencia de que todo el paisaje había cambiado para él por la presencia de un tercero, que se mantenía tan inmóvil como una estatua de jardín.

—A propósito —dijo, bajando la voz—, ¿cómo se explica usted la presencia de aquel espantajo del ojo de vidrio que trajo una carta para su pobre tío? Me pareció muy excitado al leerla; por eso no me sorprendió lo del suicidio cuando creía que lo era. O mucho me equivoco o aquel mozo era un vulgar detective particular.

—Porque —dijo Henry, excitándose—, porque él debía ser… Los maridos confían a veces sus tragedias domésticas a detectives como ése, ¿no cree? Supongo que obtuvo la prueba de su intriga, y así ellos…

—No debemos hablar tan alto —dijo el padre Brown—, porque su detective está vigilándonos en este momento, una yarda más allá de la maleza.

Miraron hacia allí, y, en efecto, el duende de ojos de cristal los estaba observando con su desagradable óptica, apareciendo más grotesco aún de pie bajo el blanco y risueño florecer del jardín clásico.

Henry Sand se irguió de nuevo con una rapidez que parecía sofocante para uno de su corpulencia. Preguntó al hombre con enfado y brusquedad qué estaba haciendo, y le ordenó que se marchara en seguida.

—Lord Stanes —dijo el duende del jardín— quedaría muy obligado si el padre Brown quisiera subir a la casa para entrevistarse con él.

Henry Sand se volvió furioso, pero el sacerdote atribuyó su furia a la antipatía existente entre él y el noble en cuestión. Mientras subía la cuesta, el padre Brown hizo una pausa, como si trazara signos en la lisa corteza de los troncos, miró hacia arriba otra vez, a los oscuros y ocultos jeroglíficos considerados como el récord de lo romántico, y después se fijó en las anchas y abiertas letras de la confesión o supuesta confesión del suicidio.

—¿Le recuerdan algo estas letras? —preguntó, y cuando su obstinado compañero movió la cabeza, añadió—: A mí me recuerdan la escritura de aquel aviso con la amenaza de los huelguista.

—Éste es el enigma más difícil y la más extraña historia con que he tropezado en mi vida —dijo Lord Stanes en el cuarto recién amueblado del último piso de la casa número 188, terminado antes del interregno entre la fecha de la disputa industrial y la del traspaso de las obras que efectuaban las Trade Unions.

Lord Stanes se encontraba cómodamente sentado entre vasos de grog y humo de cigarros cuando el sacerdote hizo su confesión. Lord Stanes se había vuelto sorprendentemente cordial, pero de un modo casual y frío.

—Ya sé que es mucho afirmar teniendo en cuenta su récord —dijo Stanes—; pero, ciertamente, los detectives, incluyendo a nuestro encantador amigo, el del ojo de cristal, no parece que sean capaces de ver la solución.

El padre Brown dejó su cigarrillo y dijo enfáticamente:

—No es que no puedan ver la solución. Es que no pueden ver el problema tampoco.

—Verdaderamente —dijo el otro—, quizá sea que yo tampoco puedo ver el problema.

—El problema es distinto de los otros problemas por esta razón —dijo el padre Brown—. Parece como si el criminal hiciera dos cosas distintas y dispares pudiendo triunfar en cualquiera de las dos; pero ambas cosas hechas conjuntamente, la una hace fracasar a la otra. Presumo, y lo creo firmemente, que el mismo asesino clavó la proclama amenazando con una especie de asesinato bolchevique y escribió en el árbol confesando un suicidio corriente. Ahora bien, se podría afirmar que la proclama, era una proclama proletaria; que algunos extremistas quisieron matar a su amo, y hasta que lo hicieron. Pero aun siendo esto verdad, permanecería en el misterio el porqué ellos lo dejaron, o por qué alguien lo dejó, en el camino opuesto de la autodestrucción. Pero ciertamente no es verdad. Ninguno de esos obreros, por malo que sea, hubiese hecho una cosa así. Los conozco bien y también a sus cabecillas. Suponer que gentes como Hogan o Tom Bruce quisieran asesinar a alguien a quien podían combatir en los periódicos y perjudicar de muy diversos modos, es de una psicología a la cual las personas sensatas llamarían lunatismo. No; hubo alguien que no era un obrero indignado, que fue el primero en hacer el papel de obrero indignado y después de amo suicida. Pero ¿por qué? Si pensó que podía hacerlo pasar tan llanamente como un suicidio, ¿por qué lo echó a perder, desde el principio, publicando una amenaza de muerte? Usted puede objetar que fue una idea ulterior presentarlo como una historia de suicidio, menos llamativa que una historia de asesinato. Pero no era menos llamativa después de la historia del crimen. Es muy probable que se diera cuenta de que había orientado nuestras ideas hacia el asesinato, cuando su total propósito era, precisamente, mantenernos apartados de ellas. Si fue un segundo pensamiento era el segundo pensamiento de una persona muy pensativa. Y tengo la convicción de que el asesino es una persona muy pensativa. ¿Puede usted

interpretarlo de otro modo?

—No; pero veo lo que quiere usted insinuar —dijo Stanes— cuando dice que no ha visto el problema. No es solamente quién mató a Sand; es por qué alguien ha acusado a otro de haber matado a Sand y después acusa a Sand de haberse matado.

El rostro del padre Brown estaba intrigado y su cigarro colgaba de sus dientes. El extremo de éste se iluminaba y oscurecía rítmicamente, como la señal de alguna ardiente pulsación. Después, habló como si fuera consigo mismo:

—Hemos de seguirlo de cerca y claramente. Es como destrenzar un pensamiento o algo así. Porque la acusación de asesinato destruye, en realidad, la acusación de suicidio; él no hubiera hecho normalmente una acusación de asesinato. Pero la hizo; luego tuvo una razón para hacerlo. Era una razón tan fuerte que incluso le decidió hasta a debilitar su otra línea de defensa: que era un suicidio. En otras palabras: la acusación de asesinato no era una acusación de asesinato. Quiero decir que no la usaba como tal, y no la hacía para cargar sobre algún otro la culpabilidad de asesinato. La hacía por alguna otra razón propia. Su plan contenía un aviso de que Sand sería asesinado, lanzara o no sospechas sobre otras gentes. De una manera u otra el aviso era necesario. Pero ¿por qué?

Durante cinco minutos permaneció fumando y avivando con el aire de sus pulmones la volcánica concentración de humo de su cigarro; después, habló:

—¿Qué podía hacer más el aviso de muerte aparte de hacer creer que los huelguistas eran asesinos? ¿Por qué lo hizo? Una cosa está clara: hizo inevitable lo contrario de lo que dijo. Le aconsejó que no despidiera a sus hombres y era tal vez la única cosa en el mundo que hubiera querido que hiciese. Había que pensar en la clase de persona y en la clase de reputación. Cuando un hombre ha sido llamado un hombre fuerte en nuestros estúpidos y sensacionalistas periódicos, cuando está profundamente considerado como un deportista por los más distinguidos ases de Inglaterra, no puede retroceder porque haya sido amenazado con una pistola. Hubiese sido como pasearse por Ascot con una pluma blanca en un absurdo sombrero blanco. Hubiese roto el ídolo interior, o el ideal de sí mismo, que todo hombre que no sea un desarraigado cobarde prefiere a su propia vida. Y Sand no era un cobarde; era valiente y hasta impulsivo. Actuó instantáneamente de un modo maravilloso; su sobrino, que había estado más o menos mezclado con los obreros, gritó en el acto que la amenaza debía ser, absoluta e inmediatamente, desafiada.

—Sí —dijo Lord Stanes—. Ya me di cuenta.

Se miraron el uno al otro por un momento y después Stanes añadió:

—Así, usted cree que lo que realmente quería…

—¡El *lock-out*! —gritó el sacerdote enérgicamente—, la huelga, o como quiera usted llamarla; el paro, en una palabra. Quería que cesara el trabajo en seguida; o que vinieran en seguida los *blacklegs*. Es decir, expulsar a los tradeunionistas. Esto es lo

que evidentemente deseaba. Sólo Dios sabe por qué. Y se desembarazó de ellos realmente sin preocuparse, creo yo, de las otras complicaciones que la existencia de asesinos bolcheviques podían producir. Pero, después… Después, creo que algo no marchó bien. Sólo estoy tratando de adivinar, andando a tientas. Pero la única explicación que se me ocurre es algo que empezó a encauzar mi atención hacia el fondo real del conflicto: al motivo que le impulsaba a querer que los trabajos se suspendiesen en el edificio. Más tarde, desesperado y casi inconscientemente, trató de tender la otra pista, la que conducía al río, simple y únicamente porque alejaba del edificio.

Miró a través de sus gruesos lentes, absorbiendo todas las cualidades y detalles del fondo y del moblaje; el lujo discreto de un hombre de mundo, en contraste con las dos maletas que su propietario había llevado al novísimo y desamueblado piso. Después dijo:

—En resumen, el asesino se sentía atemorizado por algo o por alguien en los pisos de la casa. A propósito, ¿por qué vino usted a vivir a este piso…? Refiriéndose a este hecho, el joven Henry me dijo que usted le había citado temprano cuando se mudó aquí. ¿Es verdad?

—No, en absoluto —repuso Stanes—. Obtuve la llave de manos de su tío la noche antes; no tengo idea de por qué Henry vino aquí aquella mañana.

—¡Ahí! —dijo el padre Brown—. Entonces creo que tengo una idea de por qué vino… Pensé que usted lo había sorprendido entrando en el preciso momento que él salía.

—Estoy por decir —manifestó Stanes, mirándolo con cierto brillo en sus ojos de un verde gris— que usted piensa que yo soy también un misterio.

—Pienso que es usted dos misterios —dijo el padre Brown—. El primero porque usted al principio se retiró de los negocios de Sand. El segundo porque después ha vuelto para vivir en el edificio de Sand.

Stanes fumó reflexionando, sacudió la ceniza y, a la vez que apretaba el botón del timbre que había en la mesa, dijo:

—Perdone. Llamaré a dos más a consejo. Jackson, el pequeño detective que usted conoce ya, se presentará a la llamada. Y he rogado a Henry Sand que viniera un poco más tarde.

El padre Brown se levantó de la silla, atravesó la sala y miró, frunciendo el ceño, dentro del hogar.

—Entretanto —continuó Stanes— no tengo inconveniente en contestar a ambas preguntas. Dejé los negocios de Sand porque estaba seguro de que había alguien aprovechado en ellos, y que ese alguien se quedaba con el dinero. Volví y ocupé este piso porque quería descubrir sobre el terreno la verdad acerca de la amenaza de muerte de Sand.

El padre Brown se volvió al entrar el detective y luego permaneció mirando el felpudo del hogar y repitiendo «sobre el terreno».

—Mr. Jackson le dirá —dijo Stanes— que Sir Hubert le comisionó para encontrar al ladrón que robaba en la empresa; y trajo una nota de sus descubrimientos el día de la desaparición del viejo Hubert.

—Sí —afirmó el padre Brown— y yo sé ahora dónde desapareció. Sé dónde está el cadáver.

—Quiere usted decir que… —exclamó su huésped.

—Está aquí —exclamó el padre Brown, y golpeó sobre el felpudo del hogar—. Aquí, debajo de este elegante felpudo persa, en esta cómoda habitación.

—Pero ¿cómo diablos lo encontró?

—Acabo de recordar —dijo el padre Brown— que lo encontré en mis sueños.

Cerró los ojos, como tratando de reproducir el sueño, y continuó:

—Ésta es la historia de un crimen en la que todo el problema se reduce a cómo esconder el cadáver, y lo encontré durmiendo. Siempre me despertaba, cada mañana, el martilleo en la edificación. Aquella mañana medio me desperté y volví a dormirme, para despertar otra vez suponiendo que ya sería tarde; pero no lo era. ¿Por qué? Porque había habido martilleo aquella mañana, aunque todo el trabajo había cesado brevemente; un martilleo apresurado en las primeras horas de la madrugada. Automáticamente, a un hombre que duerme le despierta ese sonido familiar. Pero vuelve a dormirse porque el ruido usual no es a una hora usual. Ahora bien, ¿por qué un misterioso criminal quería que cesase todo el trabajo de pronto y vinieran nuevos obreros? ¿Por qué? Pues porque si los antiguos obreros hubieran venido al día siguiente, hubieran encontrado que durante la noche se había realizado una nueva parte de las obras. Los antiguos obreros sabían cómo las dejaron y se hubiesen encontrado con que el nuevo pavimento de esta sala había sido colocado del todo. Clavado por un hombre que sabía cómo hacerlo, que se había mezclado mucho con los obreros, aprendiendo sus procedimientos.

Mientras hablaba así, la puerta se abrió, y asomó una cabeza confiada, una cabeza pequeña al extremo de un grueso cuello y un rostro que pestañeaba a través de los lentes.

—Henry Sand afirmó una vez —observó el padre Brown mirando al techo— que no era hombre para ocultar nada. Pero creo que cometió una injusticia consigo mismo.

Henry Sand se volvió y huyó por el pasillo.

—No sólo ocultó sus robos en los negocios con entero éxito durante años —continuó el clérigo con aire distraído—, sino que cuando su tío lo descubrió, ocultó su cadáver de una manera enteramente nueva y original.

Al mismo tiempo Stanes tocaba el timbre con un largo y estridente sonido; y el

hombrecillo del ojo de cristal se lanzaba a lo largo del corredor detrás del fugitivo, con algo de la rotaria idea de una figura mecánica de zoótropo.

Y el padre Brown miró por la ventana, inclinado sobre un pequeño repecho, y vio que cinco o seis hombres salían de detrás de los matorrales y de las rejas, vociferando y abriéndose también mecánicamente, como un abanico, detrás del fugitivo que había pasado como una bala por la puerta principal. El padre Brown vio sólo el molde de la historia que nunca había salido de aquella habitación. Donde Henry había estrangulado a Hubert y ocultado su cadáver bajo el impenetrable pavimento, paralizando todo el trabajo en el edificio para poder hacerlo. Un pinchazo había iniciado las sospechas; pero sólo para decirle que había sido conducido a la larga escapatoria de una mentira. La punta de un alfiler fue lo puntiagudo.

Se imaginó que había entendido a Stanes al fin y le gustaba coleccionar gentes extrañas difíciles de entender. Descubrió que este cansado caballero, a quien una vez había acusado de tener sangre verde, poseía en verdad una especie de fría llama verde de concienzudo o convencional honor que le hizo primeramente abandonar un oscuro negocio y después sentirse avergonzado de haberlo abandonado a otro.

Y volvió como un obstinado y laborioso detective, estableciendo su campo en el mismo terreno donde el cadáver había sido enterrado. De esta manera el asesino, al encontrarlo husmeando tan cerca del cadáver, tuvo que decidirse por el drama de la bata y el ahogado. Todo estaba claro, pero antes de dejar el aire de la noche y las estrellas, el padre Brown lanzó una mirada hacia el vasto bloque oscuro del ciclópeo edificio, altísimo en la noche, y se acordó de Egipto y Babilonia y de todo lo que es a la vez eterno y efímero en el trabajo del hombre.

—Tenía razón cuando al principio decía: «Me recuerda un poema de Coppée acerca del faraón y la pirámide». Esta casa está construida para ser un centenar de casas y toda la montaña del edificio es solamente la tumba de un hombre.

El problema insoluble

Este extraordinario incidente, en algún sentido quizás el más extraño de cuantos le habían sucedido, le ocurrió al padre Brown por aquel tiempo en que su amigo el francés Flambeau se había retirado de la profesión del crimen para entrar con gran energía y éxito en la profesión de investigadores del crimen. Coincidían ambos, ladrón y atrapador de ladrones, en la persona de Flambeau, que se había especializado en materia de robos de joyas, y en la cual se le consideraba un experto, no sólo en la identificación de joyas sino en la identificación de ladrones de joyas. Y en conexión con este especial conocimiento del asunto y con una comisión especial que se le había escapado, una determinada mañana llamó al sacerdote y empezó entonces esta historia.

El padre Brown se mostró muy complacido de oír la voz de su viejo amigo, hasta por teléfono, pero en general y especialmente en ese preciso momento, el padre Brown no estaba muy prendado del teléfono. Era una de esas personas que prefieren observar la cara de las gentes y percatarse de la atmósfera social en que se mueven, y sabía bien que sin estas cosas los mensajes verbales son muy propensos a desorientar, especialmente cuando proceden de desconocidos. Y parecía como si en aquella determinada mañana un enjambre de completos desconocidos hubiese estado zumbando en sus oídos mensajes verbales más o menos aclaratorios; el teléfono parecía estar poseído por el demonio de la trivialidad. Tal vez la voz más distinta fue una preguntándole si había o no extendido unos permisos para asesinar y robar mediante el pago de una regular tarifa de precios colgada en las paredes de su iglesia; y cuando el desconocido fue informado de que no había tal cosa, cortó el coloquio con una risa hueca que hacía presumir que no quedaba convencido. Después, una inquieta e inconsecuente voz de mujer lo llamó requiriéndole para que fuera en seguida a cierto hotel del que él había oído decir que se encontraba a unas cuarenta y cinco millas, en la carretera de la vecina ciudad, donde estaba la catedral más próxima; el ruego fue seguido inmediatamente por la contradicción de la misma voz, inquieta y más inconsecuente todavía, diciendo que no importaba que fuese, porque ya no era necesario. Después vino el intermedio de una agencia periodística preguntándole si tenía algo que decir a propósito de lo que una actriz del cinema había dicho sobre los bigotes de los hombres, y, finalmente, una tercera llamada de la inquieta e inconsecuente dama del hotel insistiendo en que se le necesitaba, a pesar de todo. Supuso vagamente que todo aquello denotaba alguna de las excitaciones y pánicos nada raros que se producen en los que andan a la deriva buscando direcciones en la lista. Pero confesaba que le alivió considerablemente oír la voz de Flambeau por encima de toda la serie de llamadas, con el cordial aviso de que iba inmediatamente a tomar el almuerzo con él.

El padre Brown prefería charlar con su amigo, sentado cómodamente y fumando una pipa, pero se dio cuenta pronto de que su visitante venía en son de guerra, lleno de energía y con la sana intención de llevarse cautivo al pequeño cura a alguna importante expedición de las suyas. En verdad que aquel asunto estaba envuelto en una especial circunstancia, lo cual se suponía había de llamar la atención del sacerdote. Últimamente Flambeau había intervenido con éxito evitando el robo de célebres piedras preciosas; Había devuelto la corona de la duquesa de Dulwich arrebatándola de las mismas manos del bandido en el momento en que éste cruzaba el jardín como una flecha. Preparó una tan ingeniosa trampa para el criminal que planeaba llevarse el celebrado zafiro Necklace, que el artista en cuestión se llevó la imitación que él mismo tenía preparada para dejarla en el lugar de la auténtica.

Éstas eran las razones por las cuales había sido nombrado para custodiar una distinta clase de tesoro; tal vez valiosísimo por sus meros materiales, pero que poseía también otro valor. Un relicario famoso en el mundo entero, en el que había una reliquia de santa Dorotea, mártir, que iba a ser entregada a un monasterio católico de la ciudad episcopal; y se suponía que un ladrón internacional tenía puestos sus ojos en aquél. Más presumible por el oro y los rubíes de su orfebrería que por su pura importancia hagiográfica. Algo en su asociación de ideas movía a Flambeau a creer que el sacerdote estaba particularmente apropiado como compañero de esta aventura. Sea como sea, fue hacia él respirando fuego y ambición, muy voluble acerca de sus planes para prevenir el robo.

Flambeau se acercó al sacerdote como un gigante y en la vieja y fanfarrona actitud del mosquetero, retorciéndose sus grandes bigotes.

—No puede usted —decía, refiriéndose a las sesenta millas hasta Canterbury—, no puede permitir un robo sacrílego como éste, así, ante sus propias narices.

La reliquia no llegaría al monasterio hasta el atardecer, y los que la custodiaban no tenían necesidad de llegar antes. En realidad, el viaje en automóvil les llevaría la mayor parte del día. Además, el padre Brown recordó que casualmente había una posada en la carretera en la cual le gustaría almorzar, ya que le había rogado que fuera allí lo más pronto posible; esto era lo conveniente. Mientras cruzaban el paisaje de espesos bosques y de población tan dispersa que las ventas y edificaciones se hacían cada vez más raras, la luz del día empezó a tomar el color de un crepúsculo tormentoso, a pesar del ardor del mediodía, y nubes de oscura púrpura se amontonaban sobre las grises y oscuras arboledas. Y en la lúgubre quietud de esta luz, el color difundido en el paisaje ganaba cierta incandescencia que le venía de sí mismo, como no se da jamás bajo la plena luz del sol, y hojas doradas, rojas y anaranjadas parecían arder en su propio fuego oscuro. Y en esa media luz rompieron la gran pared gris de los bosques, como desgarrándola, y vieron más allá del límite de la rotura la posada alta y de aspecto extranjero que mostraba el nombre de «El dragón

verde».

Los dos viejos compañeros habían llegado muchas veces juntos a posadas y otras especies de habitaciones humanas, encontrando singulares estados de cosas; pero los signos de singularidad raramente se habían manifestado tan pronto. Porque mientras su coche estaba aún a algunos cientos de yardas de la puerta verde oscuro que hacía juego con los postigos del mismo color en el alto y estrecho edificio, aquélla se abrió de par en par con violencia y una mujer de rojo cabello desordenado se lanzó a su encuentro como si fuera a acometer al automóvil en plena carrera. Flambeau frenó para detenerse, pero, antes de hacerlo, ella pasó su pálido y trágico rostro por la ventanilla, diciendo:

—¿Es usted el padre Brown? —y después, casi con el mismo tono de voz—: ¿Quién es este hombre?

—Este caballero se llama Flambeau —repuso el padre Brown tranquilamente—. ¿Qué desea de mí?

—Entre en la posada —contestó con extraordinaria brusquedad la mujer, posiblemente más allá de lo que requería las circunstancias—. Ha habido un asesinato.

Bajó del coche en silencio y la siguió hacia la puerta verde gris que se abría hacia dentro y daba a una especie de calle verde oscura formada con estacas y pilares de madera, con parras y hierbas entrelazadas, mostrando hojas en negro, rojo y muchos colores sombríos. Ésta conducía a otra puerta interior, hacia una especie de largo recibidor adornado con rústicos trofeos de caballería. El moblaje era antiguo y en la estancia reinaba una gran confusión, como si en realidad se tratase de un cuarto de desahogo. Se asustaron, porque pareció como si uno de los trastos se levantara para ir hacia ellos; tal era de empolvado, raído y torpe el hombre que así abandonaba lo que parecía un estado permanente de inmovilidad.

Y cosa extraña, el hombre mostró cierta agilidad y cortesía una vez que se hubo puesto en movimiento, sugiriendo, como lo hacía, los barrotes de madera de una cortesana escalera de mano o la gualdrapa de un caballo. Ambos, Flambeau y el padre Brown tuvieron la impresión de que nunca habían puesto los ojos en un hombre tan difícil de emplazar. No era lo que se llama un caballero, pues tenía algo del empolvado refinamiento de un escolar, y había algo débilmente irrefutable o *declassé* en él y aún olía a libresco como un bohemio. Era delgado y pálido, con una puntiaguda nariz y una negra barba en punta; la frente era calva, pero su cabello largo por detrás, liso y como fibroso. La expresión de sus ojos estaba casi enteramente disimulada por un par de lentes azules. El padre Brown tuvo la sensación de que había visto algo así en alguna parte, hace mucho tiempo, pero no pudo encontrar un nombre que lo precisara. El trasto estaba sentado en otro trasto ampliamente literario; concretamente, un montón de folletos y libelos del siglo XVII.

—¿Entendimos bien a la señora —preguntó Flambeau con gravedad— cuando dijo que ha habido un asesinato aquí?

La señora afirmó con su roja y alborotada cabeza. Excepto en sus desordenados y flamígeros cabellos, en lo demás había perdido aquel aire furioso; su vestido negro era de una cierta dignidad y elegancia. Sus facciones eran fuertes y hermosas y algo había en ella que sugería la doble fortaleza, de cuerpo y de alma, que hace a las mujeres poderosas, particularmente en contraste con los hombres como aquel de las gafas azules. No obstante, fue él quien dio la única respuesta articulada, interviniendo con cierta añeja gallardía.

—Es verdad que mi desgraciada cuñada —explicó— ha sufrido el más aterrador golpe, que todos hubiéramos deseado evitarle. Hubiera preferido haber sido yo mismo el que hubiese hecho el descubrimiento y sufrir solo la ulterior aflicción de dar la terrible noticia. Desgraciadamente, fue la propia señora Flood quien encontró a su anciano abuelo, ya hacía tiempo enfermo y postrado en cama, muerto en el jardín de este hotel, en circunstancias tales que hacen suponer que ha habido violencia y asalto. Curiosas circunstancias, puede decirse; muy curiosas circunstancias, en verdad.

Y tosió ligeramente como si se excusara por ellas.

Flambeau se inclinó hacia la señora y le expresó su simpatía; después dijo al hombre:

—Me pareció, señor, que usted era el cuñado de la señora Flood.

—Soy el doctor Oscar Flood —replicó el otro—. Mi hermano, el esposo de esta señora, está en la actualidad de viaje en el Continente, obligado por sus negocios, y ella dirige el hotel. Su abuelo estaba parcialmente paralítico y tenía mucha edad. No se sabía que nunca hubiera salido de su dormitorio; así es que las extraordinarias circunstancias…

—¿Ha llamado al médico y a la Policía? —preguntó Flambeau.

—Sí —replicó el doctor Flood— llamamos después del horrible descubrimiento, pero no podrán llegar antes de algunas horas. Esta posada está tan apartada… Sólo acuden a ella gente que van a Canterbury o más allá. Por eso solicitamos su valiosa asistencia hasta…

—Si podemos prestar alguna —dijo el padre Brown abstraído hasta parecer incivil—. Haríamos mejor en ir a ver las circunstancias en seguida.

Se dirigió hacia la puerta y casi tropezó con un hombre que estaba de espaldas. Un grueso y fornido joven con el cabello negro, descuidado, sin peinar. Sin embargo, hubiera podido parecer hermoso, a no ser por la ligera desfiguración de uno de sus ojos, la cual le daba apariencia siniestra.

—¿Qué demonios está usted haciendo —chilló— llamando a Tom, Dick o Harry, si, al fin y al cabo, han de esperar a la Policía?

—Me haré responsable ante la Policía —repuso Flambeau con cierta magnificencia y el aire decidido de haber tomado el mando de todo.

Avanzó hacia la entrada y, como era mucho más grueso que el fornido joven y sus bigotes eran tan formidables como los cuernos de un toro español, el joven fornido se colocó detrás con un inconsciente aire de haber sido adelantado. El grupo salió al jardín y subieron por el enlosado sendero hacia la plantación de moreras. Flambeau oyó que el sacerdote decía al doctor:

—No parece querernos mucho, ¿verdad? A propósito, ¿quién es?

—Su nombre es Dunn —dijo el doctor con cierta reserva—. Mi cuñada le dio el empleo de cuidar del jardín porque perdió un ojo en la guerra.

A través de las filas de moreras se veía el paisaje del jardín presentando ese rico y siniestro efecto propio de los momentos en que la tierra es más brillante que el cielo. Más allá, donde la luz del sol se quebraba, las copas de los árboles parecían pálidas llamas verdes contra un cielo oscurecido por la tempestad y cruzado por franjas púrpuras y violeta. La misma luz parecía desgarrar el prado y los cuadros del jardín y, a pesar de su luminosidad, eran más sombríos y misteriosos bajo aquella luz. Los parterres del jardín estaban adornados con una profusión de tulipanes, que eran como gotas de sangre oscura. De alguno de ellos se hubiera podido afirmar que eran verdaderamente negros. La hilera terminaba, aproximadamente, con un gran árbol el cual, en parte por algún confuso recuerdo, fue asociado por el padre Brown con el llamado árbol de Judas. Lo que promovió esta asociación de ideas fue el hecho de colgar de una de sus ramas, como un fruto maduro, el seco y flaco cuerpo de un anciano con una larga barba que el viento agitaba grotescamente.

Se encontraban ante algo peor que el horror de la oscuridad: el del horror de la luz del sol. Porque aquel fantástico y caprichoso sol pintaba al árbol y al hombre con alegres colores de decoración de teatro. El árbol estaba en flor y el cuerpo colgaba envuelto en una bata verde y llevaba en su oscilante cabeza un casquete escarlata. Calzaba unas babuchas rojas, una de las cuales había caído sobre la hierba como una mancha de sangre.

Pero ni Flambeau ni el padre Brown se fijaban en esto. Estaban ambos con los ojos fijos en un extraño objeto que parecía salir del centro de la contraída figura del muerto, y que gradualmente reconocieron como el oxidado y oscuro puño de una espada del siglo XVII, la cual había traspasado completamente al cadáver. Ambos quedaron inmóviles al contemplarlo, hasta que el inquieto doctor Flood, cuya impaciencia parecía aumentar ante la perplejidad de los otros, dijo, haciendo crujir impaciente sus dedos:

—Lo que más me intriga es el estado actual del cadáver. Y eso que ya tengo una idea…

Flambeau avanzó hacia el árbol e inspeccionó con una lente el puño de la espada.

Por alguna extraña razón, en aquel mismo instante el sacerdote, con inocente malicia, giró sobre sus pies como una peonza, dio la espalda al cadáver y miró a hurtadillas en dirección opuesta. Tuvo tiempo de ver el cabello rojo de la señora Flood en el otro extremo del jardín, vuelta hacia un joven moreno demasiado borroso con la distancia para ser identificado, que en aquel momento montaba en una motocicleta y desaparecía seguidamente, dejando tras de sí sólo el ruido del vehículo amortiguado. La mujer se volvió y empezó a andar hacia ellos, atravesando el jardín, justamente cuando el padre Brown se volvía también y comenzaba una minuciosa inspección del puño de la espada y del cuerpo colgante.

—Entendía que lo habían encontrado hace sólo media hora —dijo Flambeau—. ¿Estuvo alguien aquí anteriormente? Quiero decir alguien en su domicilio, o hacia aquel lado de la casa o en esta parte del jardín… ¿Algo así como una hora antes?

—No —repuso el doctor con precisión—. Éste es el trágico accidente. Mi cuñada estaba en la despensa, una pequeña casita adjunta, al otro lado, y yo me entretenía, con los libros que ustedes han visto, en un cuarto precisamente situado detrás de aquel en que me encontraron ustedes. Hay dos sirvientas; una había ido al correo y la otra estaba en el desván.

—¿Y no estaría alguno entre toda esa gente —preguntó Flambeau, recalcando—, digo alguno de ellos enemistado con el pobre viejo?

—Él era objeto de casi universal estimación —replicó el doctor solemnemente—; si existía algún disentimiento, sería suave, de una especie muy común en los tiempos actuales. El anciano estaba ligado a las viejas costumbres religiosas; y tal vez su hija y su yerno tenían ideas más amplias. Nada de esto tiene que ver con un espantoso y fantástico crimen como éste.

—Depende de qué amplias eran las modernas ideas o qué cerradas —manifestó el padre Brown.

En este momento oyeron a la señora Flood gritar a través del jardín, mientras acudía llamando a su cuñado con cierta impaciencia. Él corrió hacia ella y pronto estuvo fuera del alcance del oído; pero mientras se iba se excusó con un ademán y apuntó con su largo índice hacia el suelo.

—Verán intrigantes huellas de pisadas extrañas —dijo con el aire extravagante de un conductor de coches fúnebres.

Los dos aficionados a detectives se miraron con asombro.

—Hay varias cosas más que encuentro muy intrigantes —dijo Flambeau.

—¡Oh, sí! —repuso el cura, mirando embobado la hierba.

—Estoy pensando —dijo Flambeau— por qué colgarían a un hombre por el cuello hasta hacerlo morir para luego tomarse la molestia de atravesarlo con una espada.

—Yo estaba pensando —añadió el padre Brown— por qué matarían a un hombre

atravesándole con una espada el corazón y después se tomarían la molestia de colgarlo por el pescuezo.

—¡Oh! Está usted llevándome la contraria —protestó su amigo—. Puedo adivinar con una sola ojeada que no le apuñalaron en vida; el cadáver habría sangrado más y la herida no se hubiera cerrado así.

—Yo puedo adivinar de una sola ojeada —dijo el padre Brown alzándose torpemente sobre las puntas de los pies, para mirar con su corta estatura y su vista corta— que no lo colgaron vivo. Si mira usted el nudo del lazo corredizo verá usted que está atada tan groseramente que una vuelta de la cuerda cuelga fuera del cuello; así es que no podía ahogarlo de ninguna manera. Estaba muerto antes de que le pusieran la cuerda al cuello, y lo estaba también antes de clavarle la espada. Y, ¿cómo fue realmente asesinado?

—Creo —anotó el otro— que lo mejor será volver a la casa y dar una ojeada a su dormitorio… y a otras cosas.

—Así lo haremos —dijo el padre Brown—. Pero, entre otras cosas, tal vez sea conveniente observar estas pisadas. Mejor será empezar en el otro extremo, junto a la ventana. Bien; no hay huellas en el piso embaldosado y debiera haberlas; pero asimismo debiera no haberlas. Aquí está, éste es el prado al que da la ventana de su cuarto. Aquí aparecen claramente sus pisadas.

Guiñó un ojo mirando hacia las huellas, como si se tratase de un mal agüero. Siguió las huellas en dirección al árbol; de cuando en cuando bajaba la cabeza de una manera poco airosa, para mirar algo en el suelo. Como por azar, se volvió hacia Flambeau y le dijo con cierta locuacidad:

—Bueno, ¿conoce usted la historia que está escrita ahí con tanta claridad? Aunque no es exactamente una historia clara.

—No me quedaría muy satisfecho llamándola clara —dijo Flambeau—. La llamaría, sobre todo, fea.

—Como guste —repuso el padre Brown—. La historia estampada con toda claridad en la tierra con los moldes exactos de las zapatillas es ésta. El anciano paralítico saltó ágilmente desde la ventana y recorrió las parcelas de tierra paralelas al sendero, ansioso del placer de ser estrangulado y apuñalado; tan ansioso que saltó con una sola pierna y de una sola vez como un gamberro; y hasta ocasionalmente rodó como las ruedas de un carro.

—¡Basta! —gritó Flambeau enfadado—. ¿Qué demonio es esa infernal pantomima?

El padre Brown se limitó a levantar las cejas y señaló amablemente hacia los jeroglíficos en el polvo. Durante la mitad del camino veíase la marca de una sola zapatilla y en algunos sitios la de una mano.

—¿No pudo saltar y caerse? —preguntó Flambeau.

El padre Brown movió la cabeza.

—Por lo menos trató de usar sus manos y sus pies, o sus rodillas y codos para levantarse. Claro está que el embaldosado pasadizo está muy cerca y allí no hay marcas. Aunque debiera haberlas en la hierba de las hendiduras; el pavimento está resquebrajado.

—¡Dios! Nos encontramos ante un resquebrajado pavimento, un resquebrajado jardín y una resquebrajada historia.

Y Flambeau miró melancólico al melancólico jardín herido por la tempestad.

—Y ahora —dijo el padre Brown— subamos a ver su dormitorio.

Entraron por una puerta no lejos de la ventana del dormitorio, y el sacerdote se detuvo para examinar un ordinario palo de escoba de jardín, destinado a barrer las hojas, que estaba apoyado contra la pared.

—¿Ve usted esto?

—Es un palo de escoba —repuso Flambeau con sólida ironía.

—Es un desatino —replicó el padre Brown—, el primer desatino que he visto en este curioso enredo.

Subieron la escalera y entraron en el dormitorio del anciano y una mirada a su alrededor hizo meridianamente claros los principales hechos acerca de la fundación y a la vez de la desunión de la familia. El padre Brown sintió desde el principio que estaba en lo que era o había sido una casa de familia católica; pero ahora, por lo menos en parte, habitada por tibios o enfriados del todo. Las pinturas y las imágenes del cuarto del abuelo ponían en claro que la piedad positiva que quedaba había sido confinada allí y que la parentela, por una razón u otra, se había vuelto pagana. Sin embargo, estaba de acuerdo en que si ya era de por sí una desesperanzadora e inadecuada explicación aún para un crimen corriente, ¿qué sería para un crimen extraordinario como aquél?

—¡Que lo cuelguen todo! —murmuró—. El asesinato es realmente la parte menos extraordinaria.

Y al propio tiempo que repetía aquella frase jocosa su cara empezaba a iluminarse poco a poco.

Flambeau miraba con mal talante y muy pensativo tres o cuatro píldoras o bolitas que había tiradas en una pequeña fuente junto a una botella de agua.

—El asesino o asesinos —dijo Flambeau— tienen una incomprensible razón para esperar que pensemos que el muerto fue estrangulado o traspasado, o ambas cosas a la vez. No fue estrangulado ni apuñalado, ni nada de eso. ¿Por qué necesitarían sugerirlo? La más lógica explicación es que murió de cierto modo especial, el cual podía sugerir por sí mismo la relación con alguna persona. Supongamos que murió envenenado. Y supongamos que está complicado en el asunto alguien que pudiera, naturalmente, parecer un envenenador mejor que otro cualquiera.

—Después de todo —repuso el padre Brown—, nuestro amigo de las gafas azules es un médico.

—Voy a examinar esas píldoras con cuidado —continuó Flambeau—. No quiero desperdiciarlas. Parecen solubles en el agua.

—Le llevará mucho tiempo hacer algo científico con ellas —dijo el sacerdote— y el médico de la Policía puede estar aquí antes. Así es que le aconsejaría no malgastarlas. Esto si realmente piensa esperar al médico de la Policía.

—Me quedaré aquí hasta que haya resuelto este problema —dijo Flambeau.

—Entonces se quedará aquí para siempre —afirmó el padre Brown mirando con calma por la ventana—. Yo no pienso permanecer en esta habitación, desde luego.

—¿Quiere dar a entender que no resolveré el problema? —preguntó su amigo—. ¿Por qué no he de resolver el problema?

—Porque no es soluble en el agua. Ni en la sangre —dijo el clérigo, y bajó la oscura escalera hacia el ensombrecido jardín. Aquí vio otra vez lo que había visto antes desde la ventana.

El calor, la pesadez y la oscuridad parecían presionar más de cerca; el sol, allá arriba, por encima de todo, en un estrecho claro, lucía más pálido que la luna. Había un estremecimiento de truenos en el aire, pero ahora ni la más leve agitación del viento o de la brisa, y hasta los colores del jardín parecían sólo ricos matices de la oscuridad. Sin embargo, un color ardía aún con cierto oscuro brillo; era el cabello rojo de la mujer de la casa que permanecía allí, rígida, con los ojos fijos, mesándose los cabellos. Esta escena de eclipse, junto con algo más profundo en sus propias dudas acerca de su significado, trajo a la superficie el recuerdo de unas líneas místicas y nunca olvidadas. Se sorprendió a sí mismo murmurando:

—Un lugar secreto tan salvaje y encantado como nunca se vio, bajo una luna menguante, era frecuentado por una mujer clamando por su demonio amado. —Su murmullo se hizo más agitado—. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores… Esto es tan terrible como aquello… una mujer clamando por su demonio amado.

Parecía muy excitado y casi temblando cuando se acercó a la mujer; pero habló con su habitual compostura. La miraba con firmeza cuando le dijo gentilmente que no debía trastornarse por los accidentes meramente accesorios de la tragedia, no obstante su atroz insensatez.

—Las estampas de la habitación de su abuelo eran más verdad para él que esta cruel estampa que vemos nosotros —dijo gravemente—. Algo me dice que era un hombre bueno, no tiene importancia lo que sus asesinos hicieran con su cadáver.

—¡Oh, estoy harta de las santas estampas e imágenes! —repuso ella volviendo la cabeza.

—Seguramente —dijo el padre Brown muy suave— no es generoso hacer hasta

de la paciencia de Dios con nosotros un hecho contra él.

—Dios puede ser paciente y el hombre impaciente —contestó ella—. Y suponga que preferimos la impaciencia. Vosotros lo llamáis sacrilegio, pero no podéis evitarlo.

El padre Brown dio un extraño brinco.

—Sacrilegio —dijo, y de pronto se volvió hacia la entrada con nuevo y vigoroso aire de decisión.

Al propio tiempo apareció Flambeau, pálido de excitación, con un trozo de papel en la mano. El padre Brown abrió la boca para hablar, pero su impetuoso amigo lo hizo antes.

—¡Al fin estoy sobre la pista! —gritó—. Estas píldoras parecen todas lo mismo, pero en realidad son diferentes. Y, ¿sabe usted?, en el preciso momento en que yo las examinaba, aquel bruto de un solo ojo, el jardinero, asomó su cara pálida… Llevaba un pistolón en la mano. Se la arrebaté y a él le lancé escaleras abajo… Pero ahora empiezo a entenderlo todo. Si me quedo aquí otra hora o dos acabaré mi trabajo.

—Entonces no lo acabará —dijo el sacerdote con un timbre de voz muy raro en él —. No permaneceremos aquí otra hora, ni siquiera un minuto. ¡Debemos abandonar este sitio en seguida!

—¡Qué! —gritó Flambeau consternado—. ¡Justamente cuando estábamos tan cerca de la verdad…! ¡Podemos decir que estamos cerca porque nos temen!

El padre Brown lo miró con pétreo e inescrutable semblante y dijo:

—No nos temerán mientras estemos aquí. Nos temerán cuando no estemos.

Tenía la seguridad de que la inquieta figura del doctor Flood estaba rondando en la lúgubre oscuridad. En aquel mismo instante se precipitó hacia ellos con ademanes extravagantes.

—¡Alto! ¡Óigame! —gritaba el agitado doctor—. ¡He descubierto la verdad!

—Entonces podrá usted explicarla a su Policía —dijo el padre Brown secamente —. Llegará pronto. Pero nosotros hemos de irnos.

El doctor parecía haber caído en un vértice de emociones que subían a la superficie una y otra vez con un grito desesperado. Abría sus brazos en cruz para cerrarles el paso.

—¡No puede ser! —gritó—. No quiero engañarles ahora diciendo que he descubierto la verdad. Quiero sólo confesar la verdad.

—Confiésela a su sacerdote —repuso el padre Brown y salió a zancadas hacia la puerta del jardín, seguido por su asombrado amigo.

Antes de alcanzar la valla, otra figura se lanzó, como el viento, tras él; era Dunn, el jardinero, que lanzaba ciertos ininteligibles insultos a los detectives que abandonaban su trabajo. El clérigo bajó la cabeza a tiempo de esquivar un golpe de pistolón manejado como una cachiporra. Pero Dunn no tuvo tiempo de esquivar un golpe del puño de Flambeau, el cual era como la maza de Hércules. Lo dejaron atrás,

tendido en el suelo. Y cruzando la puerta de la valla salieron, y sin decir ni una sola palabra subieron al coche. Después Flambeau hizo, una pregunta y el padre Brown respondió solamente: «Canterbury».

Después de un largo silencio, el sacerdote observó:

—Estoy a punto de creer que la tempestad pertenecía sólo al jardín y que nació de una tormenta en el alma.

—Amigo mío —dijo Flambeau—, le conozco desde hace mucho tiempo, y cuando usted da señales de certidumbre, le sigo como a un guía. Pero espero que no vaya a decirme que me ha alejado de un trabajo tan fascinador sólo porque no le gustaba la atmósfera.

—Sí, era ciertamente una atmósfera terrible —replicó el padre Brown—. Espantosa, apasionada y opresiva. Y lo más espantoso de ella es que no había odio ninguno.

—Alguien —sugirió Flambeau— parece haber tenido un pequeño disgusto con el viejo papá.

—Nadie tuvo disgusto alguno con nadie —dijo el padre Brown con un suspiro—. Eso es lo espantoso en aquella oscuridad. Era el amor.

—Curioso modo de expresar el amor: estrangular a uno y atravesarlo con una espada —observó el otro.

—Era el amor —repitió el clérigo— y llenaba la casa de terror.

—No me diga —protestó Flambeau— que aquella hermosa mujer amaba a esa araña con gafas.

—No —dijo el padre Brown suspirando otra vez—. Ama a su marido. Y es triste.

—Es un estado de cosas que he oído recomendar frecuentemente —replicó Flambeau—. No puede llamarlo el amor del desamor.

—No desamor en ese sentido —contestó el padre Brown; giró rígido sobre su codo y habló con nuevo ánimo—: ¿Cree usted que yo desconozco que el amor de un hombre y una mujer fue el primer mandato de Dios y que es glorioso siempre? ¿Es usted de esos idiotas que creen que nosotros no admiramos el amor y el matrimonio? ¿Necesito que me cuenten lo del jardín del Edén o lo del vino de Cana? Precisamente porque la fuerza de las cosas es la fuerza de Dios estalla con terrible energía aun cuando huya de Él, aun cuando el jardín se convierta en una selva, pero que es siempre una selva gloriosa; aun cuando una segunda fermentación convierta el vino de Cana en el vinagre del Calvario. ¿Cree usted que no sé todo esto?

—Estoy seguro de que lo sabe —dijo Flambeau—. Pero yo no sé aún gran cosa del problema del asesinato.

—El del asesinato no puede ser resuelto —dijo el padre Brown.

—¿Y por qué no? —preguntó su amigo.

—Porque no hay asesinato que resolver —dijo el padre Brown.

Flambeau quedó en silencio de puro sorprendido; y fue su amigo quien resumió en un tono tranquilo:

—Le contaré una cosa curiosa. Hablé con esa mujer cuando estaba trastornada por la pena; pero no dijo nada acerca del asesinato ni lo mencionó. Lo que sí mencionó repetidamente fue la palabra sacrilegio.

Entonces, con otro golpe de verbal discontinuidad, añadió:

—¿Ha oído hablar alguna vez de Tigre Tyrone?

—¡Que si he oído! —gritó Flambeau—. ¿Por qué? Ése es el hombre a quien se supone rondando detrás del relicario y también a quien, por comisión especial, he de seguir la pista. Es el más violento y osado gángster que ha visitado este país. Irlandés, desde luego, pero de esa clase que acaba en furioso anticlerical. Tal vez está metido por entero en esas diabólicas sociedades secretas. Como sea, tienen una afición macabra por toda clase de trucos salvajes que parecen más perversos de lo que realmente son. Sin embargo, él no es de los más malvados; a menudo mata y nunca por crueldad. Pero le entusiasma asombrar a las gentes, especialmente a su propia gente, robando iglesias, desenterrando esqueletos y no importa qué.

—Sí —dijo el padre Brown—. Todo esto concuerda. Debía haberlo visto antes.

—No comprendo cómo podía verlo antes, después de una sola hora de investigación —dijo el detective defendiéndose.

—Lo que yo debía de haber visto antes era que allí había algo que investigar —dijo el cura—. Debí saberlo antes de llegar usted, esta mañana.

—¿Qué diablos quiere decir?

—Esto nos demuestra cuán falsas suenan las voces por teléfono —siguió diciendo el padre Brown reflexivamente—. Oí los tres tiempos de este asunto esta mañana y creí que sólo eran bromas. Primero una mujer me llamó pidiéndome que fuera a esa posada lo antes posible. ¿Qué quería decir esto? Naturalmente, quería decir que el viejo abuelo estaba muriéndose. Después llamó para decirme que ya no había necesidad de que fuera. Y esto, ¿qué quería decir? Está claro: que el abuelo había muerto. Murió pacíficamente en su cama; probablemente, un fallo del corazón: de vejez. Después llamó por tercera vez y dijo que, a pesar de todo, debía ir. ¿Qué quería decir ahora? ¡Ah! ¡Esto es algo más interesante! Continuó después de una pausa: —Tigre Tyrone, cuya esposa le adoraba se entregó a una de sus locas ideas, tan astuta como loca. Él había sabido que usted le seguía la pista, que usted le conocía y conocía sus métodos y que venía para proteger el relicario. Pudo también saber que yo algunas veces le he prestado alguna ayuda. Quería detenernos en el camino y su recurso para lograrlo era presentarnos un crimen. Era una cosa horrible, pero no un asesinato. Probablemente embruteció a su esposa con su brutal sentido común diciéndole que solamente podía escapar a la acción de la justicia haciendo uso del cadáver, que no había de sufrir por este uso. Sea lo que fuere, su esposa haría

cualquier cosa por él. Pero sintió todo el natural horror que debe sentirse ante aquella colgante mascarada, y por esto habló del sacrilegio. Pensaba en la profanación de la reliquia, pero también pensaba en la profanación del lecho de muerte. El hermano es uno de esos «científicos» rebeldes que apañan calderos con bombas viejas; un idealista se hubiera apresurado a sembrar. Pero era un devoto del Tigre, como asimismo el jardinero. Tal vez todo esto influye en su favor, ya que tanta gente parece ser también devota de él. Había un pequeño punto que me movió a hacer una conjetura desde el principio. Entre los viejos libros que el médico estaba removiendo había varios panfletos del siglo XVII; cogí uno titulado «*La verdadera declaración del juicio y ejecución de Lord Stafford*». Ahora bien Stafford fue ejecutado por el asunto de una conspiración papista, la cual empezó con una detectivesca novela histórica: la muerte de Sir Edmundo Berry Godfrey. Godfrey fue encontrado muerto en un foso y la parte misteriosa era que tenía señales de estrangulación y estaba atravesado por una espada. Pensé en seguida que alguien de la casa sacó la idea de allí. Pero no la necesitaban como procedimiento para cometer un crimen. La querían tan solo como procedimiento para crear un misterio. Después vi que la aplicaron en todos los otros ultrajantes detalles. Eran bastante diabólicos, pero aquello no era diabólico. Era sólo un jirón de excusa, porque habían de hacer el misterio tan complicado y contradictorio como fuera posible, para asegurarse de que estaríamos mucho tiempo resolviéndolo… o más bien escudriñándolo. Así, sacaron al pobre viejo del lecho de muerte, haciéndolo saltar y dar vueltas como una rueda de carro y aun hacer todo lo que no… podía haber hecho. Tenían que darnos un problema insoluble. Barrieron sus propias huellas del sendero, dejando la escoba. Afortunadamente, lo descubrimos a tiempo.

—Usted lo hizo —dijo Flambeau—; yo me hubiera entretenido un poco más sobre la segunda pista que dejaron, espolvoreada con píldoras adecuadas.

—Bien, sea como sea, nos zafamos —dijo el padre Brown, arrellanándose en su asiento.

—Ésta es la razón, presumo, por la que estoy conduciendo a toda velocidad a lo largo de la carretera de Canterbury.

Aquella noche en el monasterio y en la iglesia de Canterbury habría acontecimientos que habían de ser el asombro del claustro monástico. El relicario de santa Dorotea, colocado en un cofrecillo adornado con oro y rubíes, estaba emplazado, temporalmente, en una habitación cerca de la capilla del monasterio para ser llevado en procesión, siguiendo una especial ceremonia, al final de la Bendición. Lo guardaba, entretanto, un monje que vigilaba con gran atención. Porque él y su comunidad conocían todo lo referente al peligro de que Tigre Tyrone realizase una de sus hazañas. Así es que el monje se puso de pie, ligero como un rayo, cuando vio que una de las ventanas con celosía baja empezaba a abrirse y un objeto oscuro se

arrastraba como una serpiente negra a través de la hendidura. Lanzóse sobre aquello y lo asió, encontrándose con que era un brazo y una manga de hombre, acabada en un hermoso puño de camisa y un elegante guante gris oscuro. Mientras lo agarraba pidió auxilio a voces, al mismo tiempo que un hombre entraba como una flecha por la puerta que estaba a su espalda y arrebataba el cofrecillo que había sobre la mesa. Casi en aquel instante, el brazo, que colgaba de la ventana, cayó en sus manos y quedóse el monje agarrado al embutido miembro de un maniquí.

Tigre Tyrone había hecho esta jugada otras veces, pero el monje era un novato. Afortunadamente, existía por lo menos una persona para quien los trucos de Tigre no eran una novedad. Esta persona apareció con unos mostachos de militar, gigantescamente encuadrado en la entrada en el preciso momento en que Tigre se disponía a escapar. Flambeau y Tigre se miraron uno a otro, fijamente, y cambiaron algo que era casi un saludo militar.

Entretanto, el padre Brown se había deslizado a la capilla para rezar una plegaria por varias personas envueltas en este sin par acontecimiento. Pero estaba más bien risueño, y, a decir verdad, no del todo desesperanzado acerca de Mr. Tyrone y su deplorable familia; y sobre todo algo más esperanzado de lo que estaba por muchas gentes más respetables. Después sus pensamientos se elevaron a impulsos de las grandes perspectivas del lugar y de la ocasión. Contra el mármol negro y verde, al final de la capilla de un estilo más bien rococó, los ornamentos rojo oscuro del festival de un mártir se convertían en el fondo en un rojo encendido, rojo de ascua: los rubíes del relicario, las rosas de santa Dorotea. Y otra vez dirigió sus pensamientos hacia los extraños acontecimientos de aquel día y hacia la mujer que se había estremecido ante el sacrilegio al que ella misma había ayudado. Después de todo, santa Dorotea tuvo un amado pagano, pero no le había dominado ni destruido su fe. Ella murió libre por amor a la verdad y después le había enviado rosas desde el Paraíso.

Levantó sus ojos y vio el velo del humo del incienso y el parpadeo de las luces que la Bendición apuraba hasta el fin, mientras la procesión esperaba; el sentido de las riquezas acumuladas por el tiempo y la tradición que se apretaban en el pasado, como una multitud avanzando fila tras fila hacia los siglos sin fin: y alto, por encima de todo, como una guirnalda de inmarchitables llamas, como el sol de nuestra mortal medianoche, el gran Viril resplandecía contra la oscuridad de las abovedadas sombras, como resplandece contra el oscuro enigma del universo. Porque algunos están convencidos de que este enigma es un insoluble problema y otros abrigan igual certidumbre de que tiene, sin embargo, una solución.

Notas

[1] Apodo que los norteamericanos dan a los españoles, portugueses e italianos. Corrupción del nombre Diego, muy común entre los héroes y aventureros del descubrimiento y conquista de América. <<

[2] Jugar al corro en torno a un moral. <<